

JULIO MARÍN GARCÍA



# EL LEGADO

de **MARCOS RUIZ**



**BILOGÍA DE LOS OJOS VERDES**

**EL LEGADO  
DE MARCOS RUIZ**

**JULIO MARÍN GARCÍA**

**El legado de Marcos Ruiz**

© 2020, Julio Marín García (@julioescritor94)

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol

© Ilustración de portada: Manuel Vidal

Corrección: Marta Gutiérrez

\*Esta es una edición que ofrece Amazon bajo demanda, diferente a la edición elaborada por la Editorial SoldeSol

Prohibida la distribución ilegal de esta obra.

«El mejor juego es aquel  
en el que no te das cuenta  
de que estás jugando»  
**John Katzenbach**

«La mayoría de la gente se pasa  
más tiempo hablando de sueños  
que persiguiéndolos...  
porque hablar es sencillo,  
apenas requiere esfuerzo»  
**Eloy Moreno**

*A mis seguidores,  
que tantas alegrías y fuerza  
me han dado con esta historia.*

*A SoldeSol, por el gran trabajo realizado, el mimo  
y, sobre todo, el cariño y la confianza depositada en mí.*

*A Euge, a Marta, a Fanny, a Laura y a María Ángeles,  
por haber leído este libro como lectores 0  
y haberme transmitido tan buenos consejos  
y opiniones para poder pulir la obra.*

*A mi familia y a mis amigos personales,  
porque son el día a día de este proyecto.*

# Contenido

PRÓLOGO

EL CUENTO QUE NUNCA TERMINÓ

¿QUIÉN SOY?

SENTIMIENTOS

AISLAMIENTO

CONVERSACIÓN AJENA

EL LEGADO DE MARCOS RUIZ

Parte 1

ENCERRADA

LA PSIQUIATRA

UN RECUERDO FUGAZ

LA SEÑORA CARMEN

UNA MANCHA DE SANGRE

PERDIDA

EL NIÑO PERDIDO

RECORDANDO

EMPATÍA

FRAN

EL DÍA DEL PADRE

EL PRIMER SEGUNDO DE VIDA

EL LEGADO DE MARCOS RUIZ

Parte 2

CONVERSACIONES CON UN FANTASMA

MI HIJO

RECORDANDO (2)

ANALIZÁNDOME

DESCONFIANZA

DUDAS

AISLAMIENTO (2)

RECORDANDO (3)

MI HIJO

ÁNGEL O DEMONIO

PERDIENDO EL CONTROL

SECRETO REVELADO

ANSIEDAD

RECORDANDO (5)

CONFESIONES

EL LEGADO DE MARCOS RUIZ

PARTE 3

RECORDANDO(6)

LA HIJA DE LA DOCTORA  
EL HOMBRE DE LA SOMBRA TRISTE  
LA NIÑA  
EL NACIMIENTO  
LA MARCHA DE LA TÍA ÉRIKA  
HERIDAS  
LA LUZ QUE NUNCA SE APAGÓ  
LA LOCURA  
LA ÚLTIMA CONVERSACIÓN  
LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO  
ABRE LOS OJOS  
CERRANDO EL SEMINARIO  
EPÍLOGO



## PRÓLOGO

NO ERA UNA noche destacable ni para bien ni para mal. No era una noche de frío ni de calor. Mucha gente se había metido en su cama con la intención de finalizar un nuevo capítulo de sus vidas.

Pero allí, en esa casa de grandes dimensiones, de gritos nocturnos y palizas inimaginables, había tenido lugar un suceso caótico. Allí sí había sido una noche diferente, pues el coco se había enfurecido tanto que lo había puesto todo patas arriba.

La sangre había embadurnado todo el lugar y había dejado una triste marca en el corazón de ese hogar. Los vecinos, atónitos, miraban cómo la policía y la ambulancia entraban y salían constantemente. Trataban de obtener toda la información que aquella escena les podía brindar.

Y allí, muchos elementos que nada tenían que ver entre sí acabaron unidos por la mancha de la muerte: un arcón, una silla de madera vieja y astillada, una soga, una bolsa de plástico y una niña paralizada que había dejado de moverse. ¡Ah sí!, se me olvidaba; también había muchos muertos.

## EL CUENTO QUE NUNCA TERMINÓ

HABÍA UNA VEZ una mujer cuyos ojos verdes habían presenciado aterradores momentos. Unos ojos grandes y preciosos, con un color similar al de una esmeralda, que se habían corrompido, poco a poco, bajo la mirada de la invisibilidad. Había intentado luchar contra la oscuridad que, durante muchos años, fue su hogar. Había puesto mucho empeño en convertirse en otra cosa, pero, finalmente, el coco apareció de nuevo, más fuerte, más feroz y más coco.

Había una vez una historia que tenía muchos caminos y cuyo final nadie conocía. El primer camino era el de una guerrera de ojos verdes que había sobrevivido, durante años, a un coco de ojos oscuros. El segundo camino, más tortuoso, era el miedo de poder convertirse en aquello a lo que había temido. El tercer camino era el peor. El tercero significaba que no podía convertirse en aquello porque, a su modo, aquello siempre había formado parte de ella y, por tanto, vivía en su interior.

La tercera mujer de ojos verdes abrió sus ojos para contemplar, de nuevo, cómo las cuatro paredes de aquel lugar volvían a apresarla. Hormigón y oscuridad; la cárcel a la que siempre había pertenecido. Salvo que, en ese momento, no pudo darse de cuenta de la verdadera realidad.

La tercera mujer de ojos verdes estaba envenenada por dentro: el peor veneno no es el que mata, sino el que se queda para siempre. El que se queda y silencia. El que se queda y deteriora. El que se queda y rompe. El que se queda y revienta. Sara conocía ese veneno mejor que nadie. Y lo sabía perfectamente porque, ahora, Fran y Marcos siempre estaban a su lado.

Y víctima de nuevos recuerdos, jamás podrá olvidar aquella aterradora noche en la que todo se embadurnó de sangre y el monstruo resurgió más terrorífico que nunca. Aquella noche en la que los sueños quedaron aislados bajo llave.

## ¿QUIÉN SOY?

—¿SABES POR QUÉ estás aquí?

Asentí. ¿Cómo no iba a saberlo?

—¿Quieres hablar conmigo? —me preguntó.

¿Qué otra opción tenía? Me tenían encerrada. Volví a asentir.

—Bien, Sara, eres tú, ¿verdad? —matizó la psiquiatra.

—Sí, soy Sara, ¿quién iba a ser si no? —le contesté.

Me gustaba ser borde, era una manera fácil de quitarse a la gente de encima. Total, tenía muy claro lo que iba a decirme: que al igual que mi padre, yo también estaba loca. Y era cierto, pero la diferencia entre mi padre y yo era que me di cuenta de que algo no iba bien. Supe muy pronto que había otras personas que vivían conmigo. Algunas eran buenas y otras trataban de confundirme. Leí en Internet que las causas del trastorno de identidad disociativo pueden ser ambientales o genéticas, aunque suelen asociarse a un trauma vivido en la infancia. Cuando leí eso me pregunté: ¿cuál de todos? ¿Los maltratos físicos? ¿Los maltratos psicológicos? ¿Las violaciones? ¡O mejor! Uno del que nunca se habla: la manera en la que todo el mundo ignoró la enfermedad de mi padre. ¿Quién tiene la culpa de que los vea? ¿De que se metan en mi cabeza y no me dejen ver la realidad con claridad? ¿Mi padre, su padre o la gente que vive feliz su vida y a la que le importan un bledo los problemas de los demás? Todos tenemos las manos manchadas de sangre, nos guste o no reconocerlo, porque el ser humano es despreciable. Solo había una razón por la que quise salir adelante y poder dejar atrás todo ese caos, solo había una razón por la que decidía tomar cada día las dichas pastillas, sonreír e, incluso, en ocasiones, mostrarme agradecida: mi hijo. Él era la motivación de mi vida. El fuego que mantenía viva mi llama.

—¿Puedes hablarme de las personas a las que ves? ¿Cuándo y cómo las ves? —preguntó, de forma directa. La doctora Eli era así, no se andaba con tapujos y era convincente, aunque lo que más destacaba de ella era su mirada. No sabía explicarlo muy bien en aquel momento, pero era diferente a la del resto de gente. Como si quisiera protegerme.

—Sí, pero ya se lo he contado muchas veces. Son cinco personas: la señora Carmen, que se aparece aleatoriamente en cualquier momento. Es una mujer solitaria, obsesionada con el bingo y tranquila. Ella es inofensiva, solo tacha cartones y habla de sus hijos. Y bueno, a veces parece que intenta protegerme, aunque todavía no sé muy bien de qué o de quién. Luego está Adrián, que solo se aparece los domingos entre las cuatro y las cinco de la mañana. Un niño que siempre está llorando y quiere que le ayude a entrar a casa. Al parecer, sus padres están borrachos y peleándose. Creo que es inofensivo, aunque odia a su padre con todas sus fuerzas, tanto que me hace dudar de sus verdaderas intenciones. Quiere algo de mí, que haga un movimiento, pero todavía no sé muy bien por qué. Los otros dos son Marcos y Fran, supongo que ya los conoce, y al igual que la señora Carmen, vienen y van cuando quieren, aunque hace mucho tiempo que Fran no se manifiesta, así que tampoco hay peligro. Marcos y yo nos necesitamos. Supongo que parezco una loca hablando de necesitar a una persona que me he inventado, pero él me ayuda a estar bien. Él jamás haría daño a nadie. Siempre está protegiéndome, supongo que trata de hacer mi estancia más amena.

La psiquiatra anotaba datos en una *tablet*. Quería encontrar algo, pero tampoco me decía el

qué.

—Bien, Sara, hemos llegado hasta aquí en muchas ocasiones, pero nunca me dices quién es la quinta persona, qué sabes de él o de ella. —Me puse nerviosa, no me gustaba que me preguntaran eso. Podía hablar de cualquier otra persona, pero no de ella. Ella no tenía rostro para mí o, al menos, en ese momento no quería ser consciente de su identidad. Aunque no lo parezca, nuestra mente tiene un mecanismo de defensa que nos ayuda a olvidar aquellas cosas que nos aterran, y yo quería olvidarlo todo.

—Nunca se manifiesta físicamente, solo está en mi cabeza, pero me da la espalda, me manipula y toma decisiones que yo jamás tomaría. Esa persona es un demonio señora Eli, es mejor que se aleje de esa información, podría matarla.

—¿Fue esa persona la que te obligó a matar a aquel hombre en la arena? —me preguntó. Y lo recordé todo: la sangre, sus ojos verdes, sus gritos, su decepción. Recordé todo y, al recordarlo, me asusté tanto que dejé de hablar.

## SENTIMIENTOS

¿TENÍA DERECHO A tener sentimientos? ¿Mis emociones eran reales? Me sentía apresada por mí misma. Todos los médicos me habían dicho que estaba enferma. Sí, tenían razón, yo también lo sabía. Mi padre estaba loco y yo heredé su locura. Pero... ¿por qué lo sabía? ¿Por qué era consciente de ello? Si estaba tan loca... ¿no debería dar por hecho que todo lo que veía era real, gritando como una posesa para que me hicieran caso? No lograba entender la situación, no lograba entenderme a mí misma. Era como si estuviera en un callejón sin salida.

—¡Otra vez que no me toca nada! Joven, siete cartones más —gritó la señora Carmen.

La estaba viendo ahí, sentada sobre la camilla, hablando con alguien invisible al que le pedía una y otra vez cartones de bingo. Y aunque parecía tan real como la verja que coartaba mi libertad, sabía que era producto de mi imaginación, pero ¿por qué? ¿Qué significaban todas esas personas para mí? Era una locura.

—Algún día ganaré el bingo, ganaré algún día, y me compraré una mantita eléctrica para calentarme la espalda. No sabes lo bien que se duerme con eso, niña. Además, tú tienes que cuidarte bien, tienes protegerte de la gente mala —me hablaba a mí, pero ¿qué podía decirle?

Yo solo quería que desaparecieran, todos ellos. Quería poder verme a mí misma y elegir mi propia vida. No quería ser como mi padre, aunque cada vez me sentía más atrapada en ese mundo irreal. Echaba de menos a mi hijo, ¿qué sería de él? ¿Habría entrado a la universidad? ¿Habría conseguido salvarse de ser como nosotros? Ni siquiera tenía idea del tiempo que llevaba encerrada. Esta vida era tan cruel como la que me tocó vivir de niña.

Y más preocupante aún, ¿de quién tenía que cuidarme? ¿Por qué siempre hacía hincapié en ello? ¿Alguien había tratado de dañarme y por eso estaba en ese lugar? Intentar resolver el misterio me producía grandes dolores de cabeza. Tal vez ese era el verdadero síntoma de mi locura.

—Doce cartones por aquí; y cámbiame el rotulador, que este ya no tiene tinta —dijo de nuevo.

—¿Por qué no se marcha? —le grité, indignada. Ya estaba cansada de tanta mentira.

—Aún me quedan cincuenta euros. Voy a jugármelo todo, niña —contestó.

—Quiero que se marche de mi habitación. ¡No ere real, señora Carmen! Es producto de mi imaginación. ¡No van a conseguir separarme de mi hijo! ¡No quiero que siga viniendo aquí! —le grité furiosa.

—Pero niña, ¿por qué me hablas así? Yo solo estoy tratando de entretenerme. Mi hijo nunca viene a visitarme. El bingo es lo único que tengo, déjame quedarme un poco más. Déjame quedarme aquí contigo, yo puedo ayudarte, yo siempre voy a estar protegiéndote. Me necesitas —suplicó con la voz rota. Y la sentí, la sentí tan real que no pude decirle nada más. Estaba ahí: sus ojos, sus arrugas, su apariencia; ¿cómo podía ser eso producto de mis pensamientos? ¿Quién era yo realmente? ¿De qué tenía que protegerme?

—Sabes que siempre serás la tercera mujer de los ojos verdes. Esa siempre ha sido tu identidad, y jamás podrás huir de ella, solo disfrazarla —contestó una voz masculina. Me giré y lo abracé al verlo.

—Marcos, ¿qué me está ocurriendo? ¿Soy como tú? ¿Es esta vida una mentira? ¿Hay un Fran detrás de todo esto? ¿Soy una... asesina? Necesito saber la verdad, por favor. Necesito saber qué

pasó conmigo después de que Gina y Erika cortaran la cuerda de la soga. Siento que mi vida está llena agujeros negros, pero quiero colocar las piezas y saber si realmente he hecho las cosas que dicen que he hecho. ¿Soy tan peligrosa como para estar encerrada aquí? ¿Podré volver a ver a mi hijo algún día? ¡Marcos, necesito respuestas! ¡Necesito saber de qué va todo esto!

—Eso espero, los dos merecemos ver a nuestro hijo, algún día, algún día... algún día... — Sonreía mientras lo repetía una y otra vez.

Y entonces, una voz mucho más oscura y apagada se pronunció. La voz de la muerte había regresado.

—Tal vez, si alguien debe contaros algo, ese tenga que ser yo. Pues soy el responsable de tu legado, Marcos Ruiz.

Sara giró la mirada con repugnancia y lo contempló con mucho odio.

—Tú no eres más que un loco. —Fran se rio.

—Tiene gracia escuchar eso de ti, ¿aún no te has dado cuenta de dónde estás metida, idiota? Sara, yo soy el creador de todos vosotros. Yo soy el único que sabe la verdad. Esa que tanto temes. ¿Quieres saber por qué estás aquí? ¿Quieres saber las cosas que hiciste? ¿Quieres descubrir el monstruo que tienes dentro? —Se rio con placer. Disfrutaba viéndome sufrir, siempre lo había hecho —. Entonces tienes que conocer a alguien.

—No le escuches. Él siempre ha traído oscuridad a mi vida. Jamás tratará de ayudarnos. Si todos estamos aquí es por su culpa —dijo Marcos.

—Marcos, solo quise ser tu amigo, pero jamás me diste la oportunidad y decidiste colocarte en el bando de los que matan en silencio. Ya te lo dije una vez, pero te lo repetiré: Marcos Ruiz, tienes los ojos más tristes que jamás he visto —añadió el loco.

¿Quería saber las cosas que había hecho? ¿Quería descubrir lo que había detrás de la mujer de ojos verdes? ¿Cómo había sido el mundo conmigo? Me aterraban todos esos pensamientos. ¿Por qué lo único que recordaba, una y otra vez, era a mi bebé? ¿Tan malo era aquello que mi cerebro lo había suprimido?

Era como si estuviéramos en una serie de esas policiacas en las que, al final, el bueno es el malo y el malo el bueno. Solo que esto no era ficción, era la vida real.

—¿A quién tengo que conocer? —dije decidida, con un terror indescriptible abrasándome por dentro, pero con ganas, de una vez por todas, de entenderme. Si había hecho cosas horribles, tenía que ser consciente de ello y pagar el precio, pero si no las había hecho, también necesitaba ser consciente para liberarme y poder empezar una nueva vida o, al menos, intentarlo.

Todos necesitamos, a veces, empezar de cero.

Respiré y supe que estaba a punto de empezar una aventura peligrosa a través de mi mente.

—Bueno, realmente ya lo conoces, aunque solo una parte. Tienes que conocer al coco, pero debes saber primero que el coco también fue un niño, y necesitas conocer cómo fue su vida para que puedas entender la tuya —dijo el chico de los ojos verdes—, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque, ahora, el coco vive dentro de ti —Y volvió a sonreír.

—¿Vendrá mi hijo hoy? Tengo que contarle que he cantado línea, seguro que se sentirá muy orgulloso de mí —dijo la señora Carmen con los ojos brillantes de felicidad, ajena a lo que sucedía. O eso creía en ese momento, pero lo cierto era que la señora Carmen estaba pendiente de lo que pensaba.

¿Dónde estaba? Todos ellos se movían en mi mente, pero no eran reales, eso era lo que los médicos me habían dicho, aunque ¿y si me estaban mintiendo? ¿Y si querían hacerme sentir que

estaba volviéndome loca? ¿Y si tras descubrir lo que Fran tenía que contarme conseguía entender el porqué de todo?

—Quiero que me cuentes la verdad, desde el principio —afirmé. Fran sonrió. Marcos me miró asustado. Muy asustado, ¿por qué me miraba así?

—Sarita, yo siempre te protegeré. No puedo dejar que te cuente la verdad, porque la verdad acabará contigo.

Marcos se lanzó, de forma brusca, en dirección a Fran, propinándole un fuerte golpe en la cabeza. La señora Carmen se levantó nerviosa de la cama y comenzó a gritar. Yo contemplaba la caótica situación sin entender nada. ¿Quiénes eran todos ellos y por qué, de repente, estaban en mi habitación?

—Si hacéis tanto ruido mi hijo se asustará y no vendrá a verme. Tenéis que callaros. ¿Ves cómo me necesitas, niña? Tengo que protegerte de estos hombres. Son malvados, los dos, no te dejes engañar por ellos. Ni el bueno es tan bueno ni el malo tan malo. Ambos buscan confundirte y alejarte del camino de la verdad. Pero la verdad es imparabile: una vez que empieza, no hay vuelta atrás. ¡Bingo, bingo, bingo...! —terminó diciendo la vieja.

—Fran, has arruinado demasiadas vidas, no te dejaré seguir haciendo lo que te da la gana —gritó Marcos mientras le golpeaba la cara.

La sangre escurría por el suelo como si fuera un río desbordándose por los adoquines de un paseo.

Si no eran reales, ¿por qué el suelo se manchaba de rojo? ¿Era la sangre también producto de mi imaginación? ¿Querían volverme loca?

—¿Qué queréis de mí? Decidme, ¿qué queréis de mí?

Empecé a perder los estribos y a golpear los barrotes con todas mis fuerzas.

—¿Cuándo saldré de aquí? Estoy tomando la medicación, ¿por qué no mejoro? ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está la tía Erika que prometió cuidar de mí? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Las lágrimas se desplazaban en todas las direcciones. Eran lágrimas de impotencia, directamente fabricadas desde el corazón—. Por favor, si alguien me escucha, necesito ayuda. Necesito un poco de ayuda. —Y me desvanecí.

## AISLAMIENTO

ABRÍ LOS OJOS con cierta molestia. ¿Cuántas horas llevaba dormida? Tenía el brazo vendado y me dolía al intentar forzarlo, ¿qué me había pasado? No estaba en mi habitación. Ese cuartucho era mucho más pequeño. Tampoco estaba la señora Carmen, ni Marcos, ni Fran. Solo el silencio y yo. Pude sentir, por un instante, cómo esa música invisible acariciaba mi piel. De hecho, sonreí. Pero pronto recordé lo que ocurrió. Mis demonios se habían peleado entre sí. Era irónico, yo era su creadora, pero no podía tener ningún control sobre ellos. Supongo que así son los dioses: nos crean y, después, nosotros actuamos como nos da la gana. ¿Qué habría sido de él? Del verdadero Fran, del hombre que me arruinó la vida y me convirtió en esto. No conseguía ni siquiera recordar esa parte. Fui feliz, lo sé. Hubo un tiempo en el que soñé. Tuve un camino para curar aquel trauma vivido, pero, de repente, esa felicidad se desvaneció y aparecí aquí. ¿Fue eso también una mentira? ¿Estaba ahí realmente? Si mis monstruos eran imaginarios, ¿por qué no estaban conmigo? Quería creer a los médicos, pero algo en mi cerebro, en la parte racional que aún quedaba, me decía que esos hombres y mujeres de batas blancas lo único que querían era volverme más loca. Aunque precisamente esa es la característica principal de un loco: negar su locura y creer que el mundo conspira contra él. Eso fue lo que pasó con Fran, y eso fue lo que hizo que Marcos y él vivieran en un mismo cuerpo de forma paralela. Nadie se podía imaginar lo duro que era vivir entre dos mundos. A veces, sentía que estaba cuerda, caminando hacia un mundo real, acercándome a mi hijo para poder darle un abrazo, pero otras, me veía en un pozo tan oscuro como la noche, perdida entre las estrellas, sin saber ni siquiera quién estaba dentro de mí. A veces, y me daba pavor reconocerlo, sentía que la pesadilla nunca terminó y que seguía encerrada en aquella habitación donde fui vejada hasta límites inimaginables. Tal vez, incluso, estuviera muerta. La idea de estar muerta me pasaba mucho por la cabeza, pero... ¿podía un muerto pensar? No lo sé, no tenía idea alguna de nada. Solo sabía con certeza que cada día estaba más perdida.

—Estás viva —dijo una voz. Una voz que creía no haber escuchado nunca, aunque, en cierto modo, me sonaba familiar.

—¿Quién eres? —le pregunté intrigada.

—¿Qué importa? Decías que no sabías si estabas muerta y he querido aclarar tus dudas. — ¿Por qué era tan borde? La voz provenía de la habitación contigua.

—¿Dónde estamos? ¿Eres un interno?

—Sí, soy otro loco, como tú. Aunque lo tuyo es muy curioso, nunca había escuchado a un paciente replantearse su propia cordura. Suena interesante. Tal vez deba empezar a hacerlo. —Se rio.

¡Qué hombre tan misterioso!

—Mi nombre es Sarita. —¿Por qué le dije eso? Hacía mucho tiempo que había dejado de llamarme así. Sarita era la tercera mujer de ojos verdes, yo era Sara, a secas, ¿por qué no era capaz de controlar mis propias palabras? Era como si, constantemente, alguien manipulara mi mente. Tal vez ese era mi problema, había vivido toda mi vida bajo las directrices de un loco y sentía que su voz seguía sonando y hablando por mí. Me estremecí al pensarlo, al plantearme que la esencia de ese violador seguía intacta entre mis venas.



—Mi nombre es Pedro, aunque si quieres puedes llamarme Pedrito —bromeó. ¿Pedro? ¿Sería real o habría creado a otro personaje? Lo curioso es que ese nombre me sonaba familiar.

—Supongo que estarás pensando que soy producto de tu imaginación. Tu enfermedad es un tanto curiosa..., es como si tu trastorno disociativo estuviera a medio camino; sabes que lo tienes, pero no puedes evitar padecerlo. O tal vez hay una parte de ti que quiere mantenerlo porque has hecho algo muy grave y prefieres cargar ese muerto a alguna de tus personalidades. También, y déjame decirte, eres un poco egocéntrica pensando que todas las personas giran en torno a ti. No todos somos producto de tu imaginación. Y para que puedas confirmar que estoy diciendo la verdad, te diré algo más: cuando te dejen salir, verás que la habitación en la que estoy tiene el número 224. Si fuera producto de tu imaginación, teniendo en cuenta que nunca has estado aquí, no podría saber dicho número. Por cierto, no sé si te lo han dicho ya, pero estás en aislamiento.

—¿En aislamiento? —pregunté sorprendida mientras analizaba todas las palabras que me había dicho. Parecía un hombre inteligente, ¿qué haría en aislamiento? Y, peor aún, ¿por qué estaría internado? Tenía mucha curiosidad por saber más sobre él. Era el primer contacto humano que tenía, exceptuando los médicos y la doctora Eli, al menos que yo recordara.

—Sí, aquí es donde llevan a las chicas malas y las azotan con una soga deshilada —bromeó, de nuevo. Pero yo no pude evitar estremecerme al imaginar la soga. Él no podía saber lo que significaba para mí esa soga que estuvo, durante años, riéndose de toda mi familia. Riéndose de mí.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté, de forma tajante.

—Si te lo cuento, jamás querrás conocerme. Déjame mostrarte lo que soy y después te contaré las cosas que hice y por qué las hice. —Ahora sí empezaba a sonar como un loco, pero, aun así, una parte de mí se había sentido cómoda hablando con él. Quizá había tenido la sensación, después de mucho tiempo, de hablar con alguien que no fuera un psiquiatra o invenciones propias.

—Está bien, pero debes saber que yo no soy la más indicada para juzgar a nadie. Supongo que ya bastante nos juzgamos nosotros mismos. A mí también me gustaría decirte por qué estoy aquí, pero para eso, primero tendría que recordar quién era. O mejor dicho, quién soy.

—Tal vez aquí podamos encontrar la verdad los dos.

¿La verdad? ¿Qué era la verdad? ¿Existía una única verdad? Había intentado recordarla muchas noches, pero jamás conseguía pasar del momento en el que metía mi cabeza dentro de la soga. Mis pensamientos desaparecían ahí, excepto para recordar a mi bebé entre mis brazos. Eso era lo único que recordaba. Y después, solo palabras sin sentido, momentos desordenados, como la tía Erika abrazándome, diciéndome que jamás se separaría de mí, que me cuidaría y me ayudaría a superar las cosas que me pasaron; pero no fue así, la tía Erika no me ayudó. Eso sí lo recuerdo. También recuerdo ligeramente la sangre. Estaba por todos lados. La navaja, la bolsa, el sótano, el arcón...

## CONVERSACIÓN AJENA

VOLVÍ A ABRIR los ojos. Seguía en el mismo lugar. En el cuartucho incómodo que me recordaba, más que nunca, a la habitación en la que experimenté la muerte de mi alma. Me levanté del colchón, o lo que fuera eso que tenía por cama, y contemplé todo el lugar esperando encontrar a Carmen o a Marcos, pero seguía completamente sola. La soledad me asfixiaba y me hacía echarlos de menos. Una parte de mí quería oír a la señora Carmen cantar un bingo. Pero entonces lo escuché, no estaba sola, aunque tampoco eran mis amigos imaginarios. La voz masculina procedía de la habitación contigua. Justo ahí lo recordé; no había sido un sueño. Realmente había estado hablando con el hombre de la habitación 224. El hecho de poder recordar algo real me produjo cierta satisfacción. Quizá a vosotros os pueda sorprender algo tan simple como eso, pero para mí, el hecho de recordar o de hablar con alguien de verdad era un placer indescriptible, un canto a mi cordura.

—Marcos, tienes que mejorar tu comportamiento o nunca podrás salir de aislamiento —dijo una voz que, intuí, era de un médico. ¿Por qué lo había llamado Marcos? Me dijo que se llamaba Pedro. No entendí nada. De nuevo, comencé a creer que todo era producto de mi imaginación. Solo había una forma de comprobarlo: verificar que el número del cuarto se correspondía con el que me dijo. Pero, ¿por qué Marcos? ¿Me querían volver loca? ¿No había más nombres para elegir?

—No quiero tomar esas pastillas. No quiero jugar a vuestro juego. ¿Creéis que podéis hacer con nosotros lo que os da la gana? No os lo pienso poner fácil, ¿acaso crees que no sé lo que pasa aquí? Queréis volvernos locos a todos, pero vosotros sois los verdaderos locos. Yo solo contemplo la belleza del mundo desde otra perspectiva —dijo el hombre de la habitación de al lado.

—¿Eres tonto o qué te pasa? Yo solo trato de ayudarte. ¿Crees que te dejarán salir de aquí si no tomas las pastillas? Eres uno de los internos más peligrosos. Estuviste a punto de ir a la cárcel, pero el juez te dio la oportunidad de ingresar aquí. Tienes un problema grave y solo queremos ayudarte a superarlo —dijo el médico—. Además, has cumplido con aquello que más anhelabas —bajó la voz. Yo pegué la oreja a la pared, no podía perderme esa información—; estás cerca de Sarita —dijo finalmente.

¿Cerca de Sarita? ¿Cerca de mí? ¿Por qué iba a querer estar cerca de mí? ¿Sería ese loco el psicópata que me tuvo encerrada durante tantos años? ¿Habrían sido capaces de trasladarlo a la habitación de al lado? Sentí cómo un frío aterrador me recorría las entrañas, sentí también cómo una furia incontrolable emanaba de mi boca con ansias de venganza. Sentí una mezcla de emociones: algunas me trasladaban hacia la derrota, la debilidad, hacia Sarita, la tercera mujer de los ojos verdes; pero otras, otras mucho más oscuras y peligrosas me trasladaban frente a él, con un cuchillo en la mano y con la intención de utilizarlo para sacarle sus malditos ojos. No podía ser él, no podía ser él de verdad. ¿Qué cojones estaba pasando conmigo? ¿Por qué todo iba a peor? ¿Qué hacía en aislamiento? ¿Qué puto sentido tenía mi vida? Todas esas preguntas me agotaban, acababan conmigo.

—Marcos, ¿vas a colaborar? Si no pones de tu parte, te alejaremos de Sarita, ¿eso es lo que quieres? ¿Volver a estar lejos de ella? Si no recuerdo mal, tú mismo dijiste que era la persona que más amabas del mundo. Es más, si mejoras tu comportamiento, algún día te dejaremos entrar a su

habitación —dijo el médico.

¿Pero qué clase de médico era ese? Ese sitio no estaba formado por personas calificadas, solo por ineptos. ¿Cómo iba a compartir habitación con el hombre que me violó cuando solo tenía siete años? Era una niña y me despojó de mi inocencia, me arrebató la posibilidad de tener una infancia y una vida decentes. Todo lo que era, toda esa locura, todo mi sufrimiento siempre sería culpa de Marcos y de Fran. Rompí a llorar en silencio, como bien aprendí de niña para no molestar a nadie. Dejé que las lágrimas me empaparan mientras, de nuevo, me sentí atrapada en esa pesadilla que me tocó vivir, recordando de forma concreta las cicatrices que marcaron mi vida, recordando cosas que nadie debería haber tenido que vivir nunca.

**EL LEGADO  
DE MARCOS RUIZ**

**Parte 1**

*Algunos dejan tierras, otros mensajes para la posteridad, pero mi legado iba mucho más allá de eso. Mi legado era la inmortalidad de mi ser, porque mi ser, a diferencia de cualquier otro, no necesitaba un corazón propio, sino que podía alimentarse de cualquiera. De este modo, mi legado sobreviviría para siempre y haría justicia en mi nombre. Pero, antes de nada, no creáis que siempre fue así, quiero decir, que nunca tuve corazón. Claro que sí, lo tuve, y ¿sabéis qué pasó? Lo machacaron tanto que lo único que quedó de ese órgano vital fue oscuridad. Así que no, ¡no me pidáis compasión ahora! Porque no tendrá efecto alguno.*

## ENCERRADA

ESTUVE DURANTE DÍAS dándole vueltas a la conversación que, sin querer, escuché. Aquellas personas me mantenían en aislamiento sin darme razones de por qué estaba ahí. Se limitaban a traer comida y medicación. ¿Me estaban drogando? O, mejor dicho, ¿alguna vez habían dejado de hacerlo? Después de no sé cuánto tiempo obedeciendo, decidí que iba a dejar de tomar las pastillas. Las escupí en cuanto salieron por la puerta. Temía que quisieran dormirme para meter en mi cuartucho al loco que me arruinó la vida. Una parte de mí no podía dejar de pensar que era él. Reproducía, lentamente, todo lo que me tocó vivir, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué cuando lo veía en mis pensamientos no me producía esa sensación? ¿Sería que, en cierto modo, sabía que era producto de mi imaginación? Llevaba días sin verlos, a ninguno. Era como si se los hubiera tragado la tierra. Si formaban parte de mi imaginación, ¿por qué habían desaparecido? Era incomprensible. ¿Cómo podía comportarme como una persona normal si no hacían más que pasarme cosas extrañas? Si ese lugar debía amueblar mi mente y curar mi trastorno, ¿por qué cada día estaba un poco más perdida? A veces tenía la sensación de que no querían que saliera de allí, o de que querían algo de mí y por eso me retenían. Tal vez esto no fuera más que otro de mis pensamientos dementes. No sabía cuál era el rumbo de mi vida... Si estaba tan loca, ¿por qué no ponía fin a eso de una vez? No quería acabar como la señora Carmen, ni tampoco como mi padre. Seguramente mi hijo nunca vendría a verme porque no era la madre perfecta. Me gustaría, al menos, saber por qué estaba ahí. Qué era eso tan malo que había hecho, o que decían que había hecho, para que estuviera retenida contra mi voluntad.

—No fuiste tú —dijo una voz familiar.

Me giré, y lo vi.

—¿Dónde estabas? Hacía días que no sabía de ti —le pregunté, un tanto indignada.

—Es difícil aparecer cuando te inyectan ese líquido —Marcos miró, ligeramente, mi brazo. Lo tenía amoratado, como cuando te ponen una vacuna.

—No sabía que me habían pinchado otra vez. Bueno, en el fondo podía imaginármelo, tal vez he tenido un brote. Esa es la palabra que usan muchas veces. No recuerdo nada sobre los brotes, pero según la doctora Eli están ahí casi a diario. Quizá este brote fue más peligroso y por eso me llevaron a aislamiento.

—Lo hicieron cuando dormías, ya sabes que te quieren separar de nosotros —me dijo con la voz suave. Siempre denotaba cierto interés obsesivo por mí.

—Pero vosotros no sois reales, es imposible que estéis aquí. La puerta estaba cerrada. Has aparecido de repente. No hacéis más que confirmar que estoy loca. ¿Por qué me pasa esto, Marcos? ¿Cómo puedo sacaros de mi vida y convertirme en una persona normal? —Marcos me miró apenado.

—Nosotros formamos parte de tu vida. Tal vez nuestro recipiente sea producto de tu imaginación, pero nuestra sabiduría es la única que puede ayudarte a mantener el control. Yo no soy una mala influencia para ti, yo solamente trato de calmarte y ayudarte a respirar. Trato de acercarte a tu hijo. A nuestro hijo. Pero siento que, por mucho que lo intento, consigo el efecto contrario. No sé cómo puedo seguir protegiéndote, Sarita.

—¡No me lames Sarita! Sabes que lo detesto —le contesté.

Tal vez tenía razón. Quizás no eran más que una parte de mí a la que había decidido poner nombre e imagen. Sentía como si mi cerebro fuera un disco duro lleno de particiones, y cada una de esas particiones tenía información relevante sobre mi esencia y sobre la persona que era. Pero ¿qué tenían que ver en todo esto la señora Carmen o el pequeño Adrián? Y, peor aún, ¿quién era esa quinta persona que nunca se manifestaba, pero que me daba auténtico miedo, como si fuera una parte oscura de mí? ¿Tal vez esa era mi verdadera identidad? ¿Y si yo no era más que otra alucinación?

—Sarita, olvídate del pasado. A mí, recordar lo que hice solo me trajo agonía. Cuando Fran actuaba en mi nombre y me hacía matar a todas esas personas a las que en cierto modo quería, mi mente, al igual que la tuya, lo olvidaba. Pero cuando fui consciente de haber asesinado a tu madre, a tu dulce madre, mi corazón se fragmentó. Yo nunca le hice daño, pero Fran estaba dentro de mí y, al igual que esa persona a la que no ves, tomaba decisiones oscuras y terribles. ¿Para qué quieres saber lo que hiciste? Era tu cuerpo, pero no tu mente, y una vez que lo descubras no serás capaz de razonarlo así. Beneficiate de esos bloqueos y deja que los huecos negros sigan protegiéndote. La verdad no tiene nada bueno que aportarte.

No estaba de acuerdo con esa afirmación.

—Pero la verdad es la verdad y, aunque duela, tengo derecho a conocerla. Marcos, quieras excusarte o no, mataste a mi madre y a la persona a la que más amabas. Podrás decirte a ti mismo que fue Fran, pero las manos fueron las mismas y están manchadas de sangre —le dije muy enfadada, provocando que sus ojos se empañaran y comenzaran a llorar mientras pensaba en su recuerdo.

—Lo siento, Sarita. Yo solo quería protegerte, pero si lo que quieres es saber la verdad, entonces dejaré que Fran te la cuente. Aunque te lo advierto, no serás ni más feliz ni más cuerda después de saberla. Hay cosas tan terribles y tan agónicas que lo mejor que podemos hacer es olvidarlas para siempre.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Tan malo era? ¿Podría haber sido capaz de ser tan vil como ellos? Me costaba creerlo, porque yo no me sentía así, pero algo debí hacer, eso estaba claro, porque si no, no estaría en ese lugar. Creo que eso era lo único que podía afirmar con total rotundez, y no era algo agradable.

—¿Puedes bajar la voz? Intento dormir —dijo el chico de la habitación contigua. Otra gran incógnita, ¿quién era? ¿Marcos o Pedro? Y peor aún, ¿qué tenía que ver conmigo? ¿Sería también producto de mi mente?

—¿Crees qué me importa? —dije enfadada.

Entonces me di cuenta de que Marcos había desaparecido, aunque, casualmente, había aparecido otro Marcos en la habitación de al lado. ¿Casualidad? ¿Estarían jugando conmigo? ¿Serían ambos la misma persona? Esto ya era demasiado incluso para mí. Me sentía dentro de una cruenta pesadilla sin final

—Bueno, parece que has amanecido con el pie izquierdo —me contestó. No hablaba como Marcos. Era impredecible, eso me hacía sentir que podía ser un humano de verdad y no una partición más de mi disco duro.

—¿Nunca te contaron el cuento de Pinocho? —le dije de forma sutil. Él soltó una carcajada. Recordaba mucho ese cuento, me lo contaba una persona que fue especial para mí, pero ni siquiera recordaba quién, solo la sensación.

—Así que has estado espionando mis conversaciones con el doctor. Supongo que lo dices porque has descubierto que mi nombre es igual que el de tu amigo, ¿no? —era directo—. O el de tu padre,

no sé muy bien quién es Marcos para ti.

—¿Por qué me dijiste que te llamabas Pedro? ¿Por qué el doctor te dijo que un día te dejaría entrar a mi habitación? ¿Quién eres, Marcos?

—Haces demasiadas preguntas... Te diré algo para que te quedes tranquila, fiero, no soy la persona en la que estás pensando. Tu padre murió, ¿no te acuerdas?

Intenté concentrarme para recordarlo, pero no, no me acordaba de nada, ni siquiera de cuándo y cómo murió ese hijo de puta.

—Pero entonces, ¿quién eres? Dímelo claramente, es hora de dejarse de acertijos. Mi vida ya es un enigma indescifrable, no me la compliques más —exigí nerviosa, recordando esa terrible verdad de la que me habló Marcos.

—Si recordaras, no tendría que ser todo un acertijo. Solo quiero que vuelvas a verme como antes y podamos salir de aquí juntos, y felices.

Y en ese momento mi mente colapsó. ¿Felices como antes? ¿Quién era? ¿Era mi pareja? ¿Yo había tenido pareja? ¿Estaba casada? Las preguntas que me hacía a mí misma eran agotadoras.

El sonido irritante de la puerta chirrió clavándose en mis oídos.

—Es hora de volver a tu habitación —dijo un médico.

—¡Ahora no! Ahora estoy empezando a saber la verdad —dije.

—Pórtate mal y haz que te traigan de vuelta. Tengo muchas cosas que contarte. Tenemos muchas cosas de las que hablar tú y yo. ¡Esto no puede acabar aquí! —gritó la voz de la habitación de al lado. Pero su tono fue extraño; no sonó amigable, sino todo lo contrario, como si me odiara. ¿Por qué iba a odiarme?

—Solo una última cosa, Marcos, ¿eres real? —pregunté asustada.

—Recuerda mirar el número de la habitación al salir, podrás comprobar que te dije la verdad. Así confirmarás que soy real. Y cuando me recuerdes, podrás confirmar también otras cosas —volvió a decir, de nuevo, con ese tono perturbador. Me recordó a Fran.

—¡Vamos! Que no tenemos todo el día, cariño —dijo el doctor.

Al salir, saturada por la información, miré el número que identificaba la habitación de la que provenía esa voz para verificar que Marcos estaba diciendo la verdad, pero, de nuevo, mi mundo se desplomó al verlo. Era el 103. Había vuelto a ser engañada por mi propia conciencia.

## LA PSIQUIATRA

—¿CÓMO TE ENCUENTRAS hoy? —me preguntó.

Parecía un ciclo que se repetía constantemente. Sabía que nunca llegaríamos a nada.

—Bien, pero no entiendo qué están haciendo. Me meten en aislamiento sin avisar y, de repente, cuando empiezo a tener respuestas, me vuelven a traer a mi habitación. ¿Qué quieren de mí? Ya no tengo claro que quieran ayudarme. Pensaba que usted era diferente, doctora.

—Eres Sarita, ¿verdad? —me preguntó.

¿Por qué siempre me preguntaba eso? ¿Acaso debería ser otra persona? Ese pensamiento, lo reconozco, me estremeció. Aunque tampoco era la primera vez que lo tenía, pues como ya sabéis, por mi mente se movían muchas identidades. Además, también pasó con Marcos. Él siempre pensó que era el protagonista de su vida, pero no era más que una ilusión creada por Fran. ¿Seré yo lo mismo? ¿Estaré en un cuerpo distinto al que siento? Quizá incluso pueda ser una personalidad más de Fran. ¿Y si la tercera mujer de los ojos verdes no fue más que una invención? Pensar en ese tipo de cosas me hacía perderme más y más... Hasta llegar a uno de los pensamientos más tormentosos, ¿y si yo era... era... Fran?

—Soy Sara. ¿Quién si no podría ser? —le dije de forma retórica.

—Bien, ¿puedo hacerte unas preguntas? De verdad, créeme cuando te digo que solo quiero ayudarte. Entiendo tu dolor y sé que la situación que estás atravesando es bastante complicada, pero recuerda siempre que no soy tu enemiga. Estoy aquí solo para ayudarte, para protegerte.

—Sí, está bien. Responderé como siempre, pero usted sabe que nunca avanzamos y que siempre nos quedamos en el mismo sitio —le dije llena de impotencia. Porque en el fondo todo lo que quería era que mis respuestas pudieran darle la información que necesitaba y ayudarme a mí misma a solventar esa situación. A salir de allí. A volver con mi hijo.

—Tranquila Sara, esta vez te haré otras preguntas. Tal vez, de este modo, podamos descubrir otro camino.

Asentí un poco asustada.

—La mente humana es muy complicada, sobre todo en casos como el tuyo. A veces solo hay que indagar de otra forma, pero te aseguro que acabaré ayudándote. Tus recuerdos serán desvelados, no hay derecho a que alguien tenga que vivir sin sus recuerdos.

En eso estaba totalmente de acuerdo con ella.

—Antes de nada, ¿puede decirme la hora que es? —pregunté para intentar descubrir si ella formaba, también, parte de mi mente. Últimamente no sabía dónde estaban mis límites.

—¡Sí, claro! —miró su reloj—. Son las diez y doce de la mañana. —Inclinó su mano hasta mis ojos, mostrándome el reloj. Tenía razón. Sentí algo de alivio al descubrir que, por lo menos, ella era real. Y si ella era real, podía, sin problema, contarme la verdad. ¿Por qué no lo había pensado antes?

—Doctora, ¿puede decirme qué hago aquí? ¿Por qué estoy internada? ¿Por qué no puedo ver a mi hijo? Necesito saber cómo era mi vida y por qué no la recuerdo. Si ha dicho que quiere ayudarme, empiece por el principio, cuénteme quién soy.

—Todo a su tiempo. Es necesario que tu cerebro se recupere, poco a poco, de lo que sucedió. Pero no te preocupes, pronto saldrás de aquí... No has hecho nada malo.



¿No había hecho nada malo? ¿A quién debía creer ahora? ¿Cómo pueden meter a alguien en un centro psiquiátrico y decirle que no ha hecho nada malo? ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Sara, por favor, confía en mí, solo quiero ayudarte. Ya sabes que yo soy una persona real, y te aseguro que tú no has hecho nada malo a nadie. Estás aquí por otras razones, y las conocerás cuando sea el momento. ¿Confías en mí?

Asentí. Ella me daba confianza, como si supiera utilizar las palabras exactas para llevarme a su terreno. Sus ojos me miraban con ese brillo especial, como si le diera mucha pena mi situación. Si hubiera hecho algo tan terrible como me dijo Marcos, nadie podría mirarme así.

—Bien, Sara, ¿podemos empezar con las preguntas? Ante todo, quiero que te sientas cómoda.

—Sí, estoy bien —mentí. Eso se me daba muy bien. Lo aprendí de niña, lo aprendí entre abusos.

—¿Cuál es tu recuerdo más reciente antes de entrar aquí?

Intenté recordarlo. Muchos pensamientos nublados intentaban mostrarse, pero no conseguía descifrarlos.

—Creo que el nacimiento de mi hijo. Eso sí lo recuerdo con mucha claridad. El parto se adelantó un mes. Tenía los ojos verdes como yo, pero eran puros, muy puros. Nadie puede hacerme olvidar a mi hijo —dije aliviada—. Dígame, doctora, ¿está bien? Es importante para mí, quizá lo único que me importe ahora.

—Sí, no te preocupes por él. Está en buenísimas manos. Pregunta mucho por ti. Pronto os podréis reunir.

Esa era una noticia maravillosa. De hecho, casi me emocioné cuando me lo dijo, pero claro, lo que no sabía en ese momento era que ella me estaba manipulando. Ahí estaba muy perdida todavía, no era capaz de enlazar el significado de mis ideas, ni de ver con claridad lo que había sucedido realmente. Ni siquiera de entender esa mirada brillante y misteriosa de la doctora Eli. La psiquiatra cogió una mochila, sacó de ella un envoltorio que contenía una bolsa de plástico y me lo entregó.

—¿Te suena de algo?

Miré la bolsa. Estaba rota y tenía sangre seca. Comencé a ponerme nerviosa y algunos recuerdos empezaron a golpearme en el cerebro. La bolsa estaba ahí, ahora la veía por todos lados. Estaba junto a mí. Mis nervios aumentaron con rapidez. Mi respiración se aceleraba. ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho con esa bolsa? La ansiedad me golpeaba y me impedía respirar, hasta que, finalmente, no pude seguir respirando y caí al suelo. Pero antes de caer vi algo, algo que no me gustó nada. Vi lo que había dentro del arcón.

## UN RECUERDO FUGAZ

—NOSOTRAS CUIDAREMOS DE ti. Todo va a ir bien niña, ya estás salvada —dijo la primera mujer de ojos verdes mientras apartaba la soga de mi cuello con la ayuda de Erika.

Yo no podía dejar de toser y temblar. Sobre todo, de temblar. Le temía más que a nadie, y en ese recuerdo lo supe bien porque sentí con claridad lo que era tener tanto miedo a alguien que prefería estar muerta. Tenía mi cuerpo lleno de heridas y cicatrices que se quedarían ahí para siempre, recordándome la guerra a la que fui sometida sin preguntar. Ellas me cubrieron con ropas e intentaron hacerme entrar en calor hasta que llegó la ambulancia. Os aseguro que, aun en ese estado crítico, tenía más miedo a salir de casa por cómo pudiera reaccionar Fran que a colgarme y cerrar los ojos para siempre e ir con mi madre. De Abigail no recordaba más que el día en el que la encontré congelada en el arcón. ¿Cómo podía una niña como yo crecer de forma sana? Era muy fácil decir que podía haber elegido el lado bueno, o que podía no haber sido como mi padre. O mejor aún, que esos acontecimientos traumáticos que viví no tendrían por qué haberme afectado. Antes de seguir contando esta historia real, quiero decirles una cosa o, mejor dicho, quiero daros un consejo: no nos tratéis como enfermos, es lo que más detestamos. En este mundo, lamentablemente, la gente teme a las personas con problemas de salud mental. Da igual que nos mediquemos o que podamos llevar una vida común, el miedo ante un brote siempre está ahí, al igual que las miradas amenazantes y acusadoras o los susurros de oído a oído que, sin duda, hablan de nosotros. En resumen, la falta de empatía que envuelve este mundo jamás podrá sanar nuestras mentes, todo lo contrario, solo hará que cada día haya más locos perdidos entre, supuestamente, humanos cuerdos. Pero, de verdad, creedme, la cordura solo es un estado temporal, todos vivimos experiencias irracionales tarde o temprano.

Lo siguiente que recuerdo fue despertarme en el hospital junto a la tía Erika, que me cogía de la mano. Tuve una crisis de ansiedad muy grande al sentirme fuera de casa. Si Fran llegaba antes que yo, la paliza sería aterradora. Ya no quería más palizas.

—Tengo que volver a casa antes de que él llegue —grité.

—Tranquila, él ya no podrá hacerte daño nunca más —me dijo la tía Erika. Yo aún no entendía a qué se refería, pero mi mente solo podía pensar en irme de allí. Intenté levantarme, arrancándome las vías y desgarrándome la piel como si no me doliese. Ciertamente era que estaba tan acostumbrada al dolor que una pequeña herida en el brazo no me producía nada. La tía Erika intentó retenerme y gritó para que los médicos vinieran. Entre varios me cogieron y me tumbaron en la camilla. Después me suministraron un calmante y me quedé dormida, otra vez.

Volví a abrir los ojos y repetí el mismo proceso. Una y otra vez. ¿Podéis imaginar lo que le temía? Creo que nadie puede imaginarse lo que es temer tanto a un humano. Pero ese miedo se desvaneció, en cierto modo, cuando la tía Erika me dijo que mi padre había muerto. Sí, ese fue el primer recuerdo que tuve. Fran se había suicidado y jamás podría volver a hacerme daño. Al oírlo, las lágrimas comenzaron a precipitar, porque por primera vez en toda mi vida me sentí libre. Fue un instante, un soplo de aire, una esperanza de mirar a la luz. Todavía había un mundo para mí esperándome ahí fuera. Miré a la tía Erika y me abrazó. Fue mi primer abrazo de verdad. Yo, lentamente y con mis casi inexistentes habilidades sociales, la correspondí, sin saber muy bien qué era esa muestra de afecto. Solo supe que me sentí arropada y protegida. El monstruo había

muerto y nunca más volvería para hacerme daño, o eso fue lo que pensé en ese momento. Pero los monstruos no mueren así como así. Una pena no haberlo sabido a tiempo, de lo contrario, seguramente me habría ahorrado mucho sufrimiento, pero como todos ya sabéis, no podemos elegir las cosas que nos ocurren, ni podemos volver atrás. De hecho, lo que hoy somos es consecuencia de lo que un día fuimos. Quizá, aunque suene paradójico, sin esas vivencias no podría estar aquí, ante vosotros, contando la historia de mi vida. Pero no os confundáis, no quiero decir con esto que justifique mi pasado, para nada, no se lo desearía a nadie.

## LA SEÑORA CARMEN

ABRÍ LOS OJOS. Estaba en la habitación de siempre y sentí alivio al ver a la señora Carmen jugando al bingo. Les había echado de menos. Sentí felicidad al recordar el sueño que tuve. Fran estaba muerto, por tanto, ya no había duda alguna de que todos ellos eran seres imaginarios. Esta vez no actuaría como siempre, iba a conocerlos, porque si conocía la historia de todos ellos, tal vez entonces podría unir todas las particiones de mi disco duro y vivir en paz de una vez por todas. Sentí alivio y felicidad porque, en ese momento, creí que era posible.

—¿Cómo se encuentra hoy, señora Carmen? —le pregunté con una sonrisa. Estaba feliz.

—Hoy no hay suerte niña. Y el granuja de mi hijo sigue sin venir. Toda la vida luchando para que tuviera una vida digna y me deja aquí, abandonada. ¿Te lo puedes creer, niña?

Era triste, pero, en general, las personas dependientes siempre éramos un estorbo para mucha gente. La señora Carmen nunca se mereció esos desplantes por parte de su hijo, pero bueno, supongo que, en mi cabeza, por alguna razón, el hijo de la señora Carmen nunca aparecería. Eso era importante recordarlo; toda su historia solo era la réplica de alguna realidad que se repetía en mi cabeza lanzando un mensaje sin coherencia para mí, al menos en ese momento. Quizá su hijo no era más que una reproducción del abandono del mío.

—Señora Carmen, ¿cómo era usted de joven? —le pregunté. Era el momento de conocerla y de entender por qué ella vivía en mi cabeza.

—¿De joven? Era una princesa. Mi madre siempre me decía que tenía los ojos y los labios más bonitos de todo el universo. Fui muy feliz de niña. Tenía amigos y amigas y mi familia me dio la oportunidad de estudiar y de viajar —dijo muy ilusionada.

¿Cómo podían ser el brillo abrumador de sus ojos o el tono de su voz solamente una ilusión?

—¿Qué estudió? —No sé por qué nunca había tenido interés en saber sobre ellos, pero, ahora, la curiosidad me comía por dentro. ¿Quién era la señora Carmen? Estaba a punto de descubrirlo.

—Fui abogada en derecho penal. Además, muy buena y con una gran reputación. Pero me hice mayor... —Sus ojos se entristecieron.

—¿Y su familia? ¿Su marido? ¿Su hijo? ¿Por qué nadie viene a verla? Dijo que tuvo una vida feliz, ¿dónde están las personas que la acompañaron en su camino?

Su rostro se descompuso en un momento y sus ojos, a veces azules, a veces grises, se empañaron. Había hecho una pregunta triste, eso desde luego.

—Es muy difícil visitar a la muerte —dijo, provocando que me estremeciera.

—¿A la muerte? Pero usted está viva, muchas veces ha dicho que está esperando la visita de su hijo. Los muertos no reciben visitas de los vivos —contesté atemorizada.

—Mi hijo murió a los veintitrés años en un accidente de coche. Por eso lo estoy esperando, él tiene que venir, él sabe que nunca he dejado de recordarlo.

Me sentí destrozada al escucharlo. La señora Carmen estaba en mi cabeza, pero estaba muerta, ¿qué sentido tenía todo esto? Entonces, recordé la bolsa de plástico y una sensación de ansiedad mucho más notoria que hasta entonces recorrió mis entrañas. ¿Lo había hecho yo? ¿La había matado y por eso vivía, ahora, en mi cabeza? ¡No! ¡No podía ser cierto! La doctora Eli me dijo que no había hecho daño a nadie y que pronto saldría de allí. Esa no podía ser la verdad, ¡yo no era una asesina! ¡Yo no era como mi padre! Comencé a llorar desconsoladamente, con una presión

asfixiante en el pecho y recordando, una y otra vez, la bolsa de plástico que me enseñó la psiquiatra. También el arcón.

—Te dije que la verdad no tenía nada bueno que aportarte, Sarita. Yo puedo ayudarte a olvidarla, puedo seguir bloqueando tus recuerdos, puedo adueñarme de ellos para que jamás pienses en las cosas que hiciste, pero tienes que pedírmelo.

Me apoyé contra la pared, mientras la visión se desvanecía por momentos. Me concentré y puse mucho de mi parte para retomar el control y poder pronunciarme.

—¡No, Marcos! ¡Quiero saber la verdad! Deja de protegerme. Si he matado a la señora Carmen tengo que ser consciente de ello.

—Está bien Sarita, desbloquearé el recuerdo, pero te lo advierto una vez más, la verdad te consumirá y acabará contigo —me dijo apenado, con sus ojos verdes brillando como si fueran una esmeralda.

—Prefiero morir con la verdad que vivir en una mentira —sentencié, cansada de escucharle repetir una y otra vez lo mismo. Era mi vida y tenía derecho a elegirla, al menos mientras pudiera ser consciente de eso. Después, desde luego, ya no quedaría nada.

Y entonces, otro recuerdo se reprodujo en mi mente: tenía un cuchillo lleno de sangre en la mano.

## UNA MANCHA DE SANGRE

ESTABA EN CASA, intentando dormir en mi habitación, escuchando los golpes de mi hijo mientras jugaba a qué sé yo. Llamé al teléfono fijo, muy irritada.

—¿Sí? —dijo la voz de mi hijo.

—Sabes que me cuesta muchísimo coger el sueño y siempre vienes a molestar cuando consigo dormirme, ¿puedes dejar de hacer ruido? Como tenga que volver a llamarte te meteré en el sótano y te contaré, otra vez, las cosas que me hacía tu padre —le dije con crueldad.

¿Cómo podía haberle dicho yo algo así a mi hijo? Sentí un pinchazo en el corazón. ¡Marcos tenía razón! La verdad era dolorosa. No sabía si quería seguir después de lo que había visto. Los recuerdos no siempre son agradables, pero huir de ellos no nos hará el camino más fácil, por eso, aunque estaba aterrada, tenía que seguir adelante.

Me volví hacia el otro lado de la cama, con pasividad, como si no hubiera hecho nada malo, como si mi conciencia se sintiera en calma. Pero no conseguía dormirme, los golpes me habían arrebatado el sueño y lo único en lo que pensaba era en el puñetero niño. Así que bajé. No había hecho ni un ruido más desde entonces, pero me daba igual, estaba histérica. Comencé a gritarle de forma agresiva y, en cuanto estuve frente a él, le golpeé una cachetada tan fuerte que lo estampé contra el suelo.

¿Qué había hecho con mi hijo? ¿Me había comportado como el monstruo que me arruinó la vida? ¿Qué clase de madre era?

Lo arrastré hasta el sótano mientras sollozaba y me suplicaba que lo perdonara. Sentía, incluso, que alguien nos observaba.

—Por favor, mami, perdóname, no volveré a hacerlo. Te lo prometo.

Lo senté en una silla de madera vieja y astillada, oculto entre la oscuridad, y lo até, como tantas veces me ataron a mí. Pero él no tenía la culpa, ¿por qué me comporté así? ¿Cómo iba mi hijo a venir a verme si fui su peor pesadilla?

Cogí una soga deshilada, la soga de siempre, la soga que nos había torturado a todos y, entonces, sin un mínimo de empatía, comencé a golpearle en la espalda. Sus gritos me producían placer y me imaginaba a Fran gritando, pero él no era ese monstruo, él solo era un alma inocente que no tenía culpa alguna de nada. ¿Cómo pude ser capaz de hacer algo tan cruel? ¿Cómo podía perdonarme?

Poco después, escuché unos pasos entrar a casa y la voz de una mujer. La señora Carmen siempre había protegido al niño. Le recordaba al suyo. Dejé a mi hijo encerrado y subí a recibirla con una falsa sonrisa.

—¿Cómo ha entrado? —pregunté.

—Habéis dejado la puerta trasera abierta —miró a la derecha y sonrió, como si hubiera visto a alguien—. ¿Qué está pasando, Sarita? ¿Qué son esos gritos que se escuchan?

—Nada, señora Carmen, vuelva a su casa y métase en sus asuntos, esta es mi familia, no la suya, ¿entiende? —le dije molesta.

—¿Dónde está el niño? —preguntó sin intención de irse.

—En casa de unos amigos, ¿por qué? —mentí.

—¿Por qué me estás mintiendo? Estoy siendo muy comprensiva contigo porque sé cuál es tu

historia Sara, pero me bastará hacer una llamada para que te lo quiten. ¿Estás tomando las pastillas? ¿Has dejado el tratamiento? ¿Dónde está Erika?

Me hizo muchas preguntas. Me agobié. Y una voz me dijo que lo hiciera. Cogí el cuchillo que había sobre la mesa y se lo clavé en la barriga, varias veces. Murió prácticamente en el acto.

¿Qué había hecho? ¡Así que era cierto! Marcos tenía razón, ¡era una asesina! La doctora Eli me había mentado, ¿en quién podía confiar ahora? Tenía las manos manchadas de sangre y había sido tan cruel como el monstruo que me engendró. Mi hijo nunca vendría a verme porque me odiaba. En ese momento, lo único que esperé fue que, por lo menos, lejos de mí, fuera feliz, porque claro estaba, conmigo nunca nadie podría serlo. Ahora sí sabía por qué estaba internada en ese hospital; los locos no tenían otro lugar al que ir. Y los asesinos tampoco.

Llevé el cuerpo de la señora Carmen hasta el sótano bajo la vista aterrada de mi hijo. Me tenía auténtico pavor. Normal, ¿qué podía pensar de una madre así? Abrí el arcón y, con una fuerza descomunal, introduje el cadáver dentro. Pude darme cuenta de que había otro debajo. Me estremecí. Intenté ver quién era, pero, de repente, volví a la realidad. Aunque, si os soy sincera, ya no volvió la misma Sara. Los viajes de autodescubrimiento son los más peligrosos; nos ayudan a conocernos, a descubrir a la persona que escondemos dentro y, tristemente, no siempre somos lo que deseamos ser.

## PERDIDA

LO TENÍA CLARO. Era una asesina y una pésima madre. Bueno, no era pésima, era una psicópata. El recuerdo se había desbloqueado mostrándome la verdad. ¿Cómo podía la señora Carmen mirarme a los ojos? Estaba totalmente descontrolada, nerviosa, enfadada con todo el mundo, porque nadie real me decía la verdad. La psiquiatra me había mentido, supongo que pensaba que era mejor mantenerme ajena a aquellos hechos o, quizá, prefería que los recordara por mis propios medios. Y ahora que ya lo sabía, ¿se atrevería a mirarme, de nuevo, con esos ojos? Nadie miraba así a una asesina. Daba igual mi historia o cómo había llegado a convertirme en eso, el daño había sido ejecutado a través de mí, y esa sería la marca que me identificaría de cara a la sociedad. Lo sabía porque fue la marca que identificó a mi padre. Pero, ¿habría hecho algo más? ¿Habría sido capaz de matar a otras personas? Supongo que algunos de vosotros estaréis angustiados por la historia de mi vida, incluso, tal vez, un poco perdidos, pero, si os cuento esta historia por el final, jamás podréis entender la mente de un loco. Muchos de nosotros vivimos así la vida, con saltos temporales, con momentos desorganizados. Si os desvelara el final de todo sin empujaros hacia mi mundo, hacia el caos, jamás podríais entender nada de lo que os estoy contando.

De pronto, la puerta de la habitación sonó y varios doctores entraron con la intención, una vez más, de darme la medicación diaria.

—¿Pueden meterse esas pastillas por el culo! —les dije enfadada. No me decían la verdad y sentía que solo me volvían más loca de lo que ya estaba. ¿Para qué iba a tomarme esas estúpidas pastillas?

—Tienes que obedecer. Ya sabes que las necesitas para vivir —me dijo.

—¿Para vivir? Puedo seguir viviendo estando loca —grité enfadada.

—¿No lo sabe? —preguntó un médico al otro.

¿No sabía el qué? ¿Qué, de nuevo, me estaban ocultando?

—¿Qué debería saber? ¿Qué son esas pastillas? —dije muy indignada.

—Es un tratamiento para el VIH, sabes que eres seropositiva, ¿verdad? —me dijo. En ese momento tuve otro recuerdo, otro maldito recuerdo, pero es demasiado desagradable como para contároslo. Solo puedo decir que, al recordar a ese hombre desnudo sobre mí, lo único que pude hacer fue gritar con todas mis fuerzas la impotencia y el dolor que llevaba dentro. La primera vez que me violó tenía siete años. Y os juro que, aunque mucha gente pensó que la mujer de los ojos verdes fue una cobarde, fui una superviviente y luché con toda mi garra para salir adelante. Nadie puede imaginarse, ni siquiera esforzándose mucho, la fractura emocional con la que cargaba cuando salí de allí. Nadie está preparado para vivir algo así. Era como si cuerpo, alma y mente quedaran totalmente separados.

—Lo siento. No sé qué me pasa, pero los recuerdos vienen y van. Yo quiero salir de aquí y poder tener una vida normal. Tienen cara de buenas personas, díganme la verdad, ¿saldré de aquí algún día? ¿Hay todavía ahí fuera una oportunidad para mí? Por favor, doctores, solo díganme si podré curarme, no del VIH, sino de aquí. —Les señalé mi cabeza y, mientras lo hacía, pude ver cómo Fran me miraba, colocado en la parte trasera del grupo de médicos, con su dedo índice dando vueltas alrededor de su sien, haciéndome burla, como siempre. Haciéndome sentir que no tenía el control, que nunca lo había tenido.



—Son las nueve de la mañana, chica, ¿qué cara quieres que tengamos? —Y tras darme las pastillas, se marcharon con un jolgorio burlesco.

¿Qué clase de mundo era ese si las personas que, supuestamente, debían ayudarme solo me dificultaban el camino? Ese día me tumbé en la cama y no me levanté más que para orinar. Ese día sentí que el mundo estaba roto y que mis sueños se habían roto con él.

## EL NIÑO PERDIDO

ABRÍ LOS OJOS tras escuchar el alboroto. Estaba acurrucado en la esquina de mi habitación con los ojos llenos de lágrimas.

—Has vuelto, ¿qué ha ocurrido hoy? —le pregunté, mientras me acercaba a él. Me partía el corazón verlo así.

—Mis padres han vuelto a discutir y me he salido de casa porque no podía aguantar más sus gritos. Mi padre es idiota —dijo muy enfadado.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha hecho tu padre? —pregunté intrigada. Si quería saber toda la verdad, como ya os dije, debía conocer mis particiones y entender qué significaban para mí.

—Pegarnos. Gritar. Ata a mamá en una silla y la golpea con su cinturón. Es un hombre malo, y le tengo mucho miedo. Tienes que ayudarme, por favor, ¿lo harás? ¿Puedes proteger a mamá? Ella es muy buena, no merece ese dolor.

Pero... ¿cómo iba a protegerla? Yo no sabía nada sobre su familia. ¿Qué importancia podría tener ese niño para mí? Intentaba encontrar la coherencia de todo, pero cuanto más me esforzaba, más perdida me sentía.

—Por favor, chica de ojos verdes, tú eres la única que puede ayudarnos. Tú le conoces bien, tú sabes cuál es su punto débil. ¿Nos ayudarás? Mamá podría prepararte unas magdalenas con chocolate, es una pastelera muy buena. Yo puedo contarte muchos chistes, me sé un montón, te haré reír mucho, pero ayúdanos —me seguía insistiendo el niño.

¿Que yo conocía a ese hombre? ¿Hablaban de Fran? Fran murió, Erika me lo dijo. Pero claro, ¿podía fiarme de Erika? ¿Dónde estaba Erika? Falló a mi padre y sentía que también me había fallado a mí.

—¡Os ayudaré! El mundo no se puede perder a esa pastelera y a un gran humorista —dije intentando ser cercana. Pero, ¿cómo podía ayudarlos? ¿Qué podía hacer para salvarlos de esa situación?

El niño me miró con los ojos brillantes, haciendo que una parte de mí se estremeciera.

—A ti te hicieron mucho daño, como a nosotros. Tú sabes cómo enfrentar al monstruo, es el momento de que seas una heroína —me dijo el niño, pero yo seguía sin terminar de entenderlo.

—No sé ni dónde vives, ni siquiera puedo salir de aquí. Y total, tampoco eres real, solo estás tratando de decirme algo para entender mi historia, pero no consigo descifrar tu mensaje, porque claramente, alguien lo está bloqueando. Marcos, tienes que dejar de protegerme, ¡necesito saber la verdad! ¿Cuántas veces he de repetirlo?

—¡Claro que sabes donde vivo, has estado allí muchas veces! Ahora tengo que irme, debo volver a casa antes de las 5 de la mañana, no puedo quedarme más tiempo, pero volveré el próximo domingo. No olvides pensar en algo, mi mamá y yo te necesitamos —dijo antes de esfumarse como si fuera Harry Potter con la capa de la invisibilidad.

¿Había estado en su casa? No comprendía nada...

—Así que no has tenido suficiente, ¿quieres seguir recordando? —susurró Marcos detrás de mí.

—Quiero recordarlo todo. Quiero saber por qué ese niño me pide ayuda, y qué tiene que ver conmigo —dije un tanto molesta. No conseguía hacerle entender que no quería su protección.

—Ese niño tiene mucho que ver contigo. Pero no es momento de resolver ese misterio ahora, pues antes de descubrir tu conexión con Adrián tienes que averiguar otras cosas. Aunque, tal vez, sí pueda desvelarte un adelanto...

—¿Todo fue malo? Quiero decir, Marcos, ¿no tuve buenos momentos que recordar? —pregunté decepcionada, con la única expectativa de descubrir, poco a poco, al ser monstruoso que llevaba dentro.

—Al principio fuiste muy feliz. Los médicos te ayudaron mucho para que pudieras adaptarte a la sociedad. Tenías hasta un club de fans en Facebook: «apoyo a Sarita Ruiz, la víctima del psicópata de los ojos verdes.» Tuviste mucho apoyo mientras eras conocida, pero la gente es así, un día te regala el mundo y al siguiente se lo da a una nueva persona. La sociedad nos utiliza, la gente nos utiliza e, incluso, nosotros mismos nos utilizamos.

—Quiero ir al principio. Necesito volver al hospital y continuar recordando desde el momento en que Erika me dijo que mi padre había muerto. Mis bloqueos empiezan ahí y quiero desbloquearlos todos. En orden.

—No me opondré más ello, pero antes de nada, Sarita, déjame decirte que no has sido tú. Nunca fuiste consciente de nada. Tus manos están manchadas de sangre, pero no eres la ejecutora, por mucho que así lo dicte la sociedad. Estabas enferma y necesitabas atención, y nadie estuvo ahí para controlar el avance de tu locura. Ve poco a poco y deja de recordar cuando necesites descansar, porque este proceso será largo y duro para ti. Espero que, después de que descubras la verdad, puedas seguir viviendo y no hagas lo que hizo Fran, porque tú, en tu interior, tienes mucha más luz que él. —Y se marchó. Entonces fue cuando yo comencé a recordar.

## RECORDANDO

LA TÍA ERIKA no se había movido de la habitación desde que llegamos. Ella era muy dada a cuidar de todo el mundo, hasta que se daba cuenta del significado real de cuidar de alguien. No era un perro, ni tenía una simple gripe.

—¿Dónde iremos? —le pregunté. Estaba asustada, extrañada ante la nueva realidad. Llevaba varios días fuera de casa. O bueno, mejor dicho, fuera de esa cárcel a la que no quería volver jamás.

—Te vendrás conmigo, a mi casa. A partir de ahora yo me encargaré de ti —me dijo sonriente.

Me lo creí. ¡Qué ilusa! Pero tampoco tenía otra alternativa, ella era todo cuanto me quedaba

—Tengo que decirte una cosa, pero necesito que estés tranquila y, por supuesto, sabes que tienes mi apoyo y el de todos los médicos del centro para tomar la decisión que consideres.

Me estaba poniendo nerviosa, más si cabía. ¿Qué tenía que decirme?

—¿Qué pasa? ¿Fran sigue vivo? —le pregunté asustada, imaginándome lo peor. Mis pensamientos siempre me conducían a él.

—No, no es eso. Fran murió. Pero tienes que saber que estás embarazada —me dijo.

En ese momento, con mi incapacidad de gestionar información, no sentí nada. Era como si el sentido de la empatía lo tuviera atrofiado. Mi tía me miró con cara de circunstancia, como esperando a que me pusiera a llorar. ¿De verdad pensaban que después de todas las cosas que me hizo, de todas las veces que me violó, me iba a alterar por estar embarazada? ¿Creían que era la primera vez que me pasaba? Había abortado muchas más veces, pero no sé por qué, al saber que Fran había muerto, sentí la necesidad irracional de tener al bebé.

—Podrás abortarlo sin problema. Tu estado psicológico es más que suficiente para que nadie pregunte un porqué. No tienes que tener a ese hijo que te recordará siempre...

—Cállate —dije, un tanto irritada. ¿Qué me iba a recordar? ¿Tenía él culpa alguna? Yo nací fruto de una violación. Si Fran no hubiera abusado de mi madre, no estaría hoy aquí contando mi historia. Así que, aunque mis habilidades sociales estaban atrofiadas, las de la tía Erika no eran mucho mejores. No penséis que odio a la tía Erika, pero simplemente, las personas que hablan mucho y prometen mucho no son de mi agrado. Este mundo necesita personas más comprometidas con la verdad, y si no puedes cumplir tu palabra, ¡hazte un favor y cállate! El silencio es mucho mejor que la mentira—. Quiero tener al bebé. ¿Me ayudarás a cuidarlo?

La cara de la tía Erika se descompuso. No esperaba escuchar esa respuesta o, mejor dicho, no quería oírla. Cuidar de mí ya iba a suponerle un desgaste importante, pero cuidar de mí y de un bebé era demasiado para ella.

—Sí, claro que te ayudaré —dijo sonriendo finalmente. Una de esas sonrisas falsas que suele usar la gente en sus fotos de Instagram, solo que esto no era Instagram, sino una mujer perdida con ganas de encontrarse en un mundo nuevo.

Las primeras semanas después de salir del hospital, fueron bastante duras. Soñaba todos los días con él. Mis gritos se escuchaban por toda la casa alertando a la tía Erika y, a veces, también a los vecinos. Cuando salía a la calle podía ver en sus ojos el miedo, como si fuera un ser peligroso. Y todo, ¿por qué? ¿Tanto miedo les daban mis gritos? ¿Les parecían exagerados? Sus problemas no tenían nada que ver con los míos. Sus sueños tampoco. Nunca

tuvieron un gesto amigable ni una sonrisa, y cuando los hijos de los vecinos se cruzaban conmigo se cambiaban de acera, ¿cómo me iba a sentir incluida si todo el mundo me daba la espalda? Los seres humanos somos demasiado crueles con lo diferente. Yo no era peligrosa, ni siquiera tenía intención de hacer daño a nadie, al menos no en esos momentos. Una parte de mí, una parte muy ilusionada, solo quería rehacerse de nuevo para poder vivir la vida que merecía. Porque sí, ¡la merecía!

Un domingo me levanté de madrugada. No podía dormir. Los recuerdos me golpeaban continuamente. No podía contener las lágrimas, así que decidí salir a dar un paseo por la ciudad. Caminé durante algunas horas, hasta que el reloj marcó las cuatro de la mañana. Entonces escuché gritos y, aunque temía que fuera él, me dirigí hacia ellos. Provenían de una casa un poco apartada, al lado de un solar vacío. Un hombre imponía su voz con mucha ira. La puerta de la casa se abrió y, tras ella, apareció un niño. Estaba llorando. Me recordó a mí. Mi pasado. Me acerqué con mucha pena, sin pretender asustarlo.

—¿Estás bien? —le pregunté. Él me miró con los ojos llenos de lágrimas y negó con la cabeza.

—¡Quiero que pare! ¡Quiero que nos deje en paz! —dijo mientras sollozaba.

—¿Quién? —le pregunté.

—Mi padre, ¡quiero que se vaya para siempre! ¡Para siempre! —dijo balbuceando.

Era un coco, un ser maligno que torturaba a los demás. Lo pude reconocer solo con oírlo. Respiraba su hedor desde la calle. Era como mi padre. Una parte de mí, lejos de temerlo, quiso enfrentarlo, quiso hacerle daño, quiso vengarse. Era como si, sin quererlo, hubiera desarrollado una oscuridad dentro de mí de la que ahora empezaba a ser consciente.

—Ayuda a tu madre a hacer las maletas y lárgate de esa casa. Escúchame, niño, yo he vivido cosas mucho más duras que vosotros y sé lo que es temer a alguien. Sé lo que significa sentir pánico por cruzar la puerta de la calle. Pero tienes que hacerlo, tenéis que cruzar esa puerta y pedir ayuda, el único peligro está dentro de tu casa —le dije intentando ayudarlo como buenamente pude. Tal vez debí llamar a la policía, o pedir ayuda a sus vecinos, pero ¿qué podía hacer yo? Seguía teniendo unos recursos muy limitados para afrontar lo que tenía delante. Apenas acababa de nacer de nuevo. El niño asintió y me regaló una sonrisa. La primera, yo creo, de toda mi vida. Volví a casa y me tumbé en la cama. Al día siguiente, las noticias turbias llegaron a mí. Me machacaron.

—¿Te has enterado de lo que ha ocurrido? —me dijo la tía Erika.

Negué con la cabeza.

—Un loco ha matado a su mujer y a su hijo, ¿qué clase de mundo es este? Los vecinos están de los nervios.

¿Los vecinos? ¿Qué me importaban a mí los vecinos? ¿Una madre y un niño? ¿Casualidad? Salí corriendo hasta aquel lugar, con la esperanza de que no hubieran sido ellos, aunque era tan evidente... Y ahí estaba, la casa rodeada de policías. Los había matado. Ese maldito cabrón se los había cargado. Y lo peor es que yo podía haberlos ayudado y no supe hacerlo. Pero... ¿y la gente? ¿No escuchaban los gritos? ¿Los vecinos eran sordos? ¿Sabían quejarse de mis terrores nocturnos, pero no defender a un niño y a su madre de las garras de un monstruo? El mundo había normalizado cosas que eran mucho más irracionales que mi cerebro, así que, en ese momento, entendí qué quería decir el pequeño Adrián. Solo quería mi ayuda y yo no fui capaz de dársela. Superada por los recuerdos, abrí los ojos y volví a la realidad, a la oscura habitación en la que me estaba pudriendo, sintiendo cada vez un poco más de repulsión hacia mí misma.

Como me advirtió Marcos, la verdad no estaba sirviendo para nada bueno. La verdad solo era

un camino directo al infierno.

## EMPATÍA

¿CÓMO PODÍA SENTIRME? O, mejor dicho, ¿cómo os sentiríais vosotros si hubieras hecho algo tan malo como lo que yo hice y no lo recordarais porque estáis enfermos? Al ser humano siempre se le ha dado muy bien eso de cuestionar a los demás, de levantar el dedo y clavarlo, sin miedo, en el alma de otra persona. Fue en ese momento, en ese viaje saltando a través de los huecos negros de mi cerebro cuando, por primera vez, sentí una inmensa pena por el hombre de los ojos verdes. Lo habían abandonado cuando solo era un niño que necesitaba el afecto de su familia, el abrazo de un amigo, la comprensión de unos ojos. Y por eso, por esa razón, creó a Marcos Ruiz, porque en su inocencia de niño aún esperaba encontrar a un amigo. Pudo haber creado a otro monstruo y, sin embargo, cuando comenzó a jugar al juego de Esmeralda decidió crear a alguien bueno y honrado. Pero nadie lo entendió. La gente huye de la oscuridad porque teme contagiarse de ella, pero la oscuridad actúa al igual que el fuego, se extiende si no lo apagas... Aunque es más peligrosa, porque la oscuridad de la que yo os hablo no se ve a simple vista. ¿Cuántos de vosotros dormiríais con una persona con un trastorno mental? ¿Cuántos de vosotros tendríais una pareja que tenga un trastorno mental? Sed sinceros, casi ninguno. Los estigmas sobre las enfermedades mentales siguen siendo un gran problema para esta sociedad, y aunque es cierto que es algo muy complicado y que en casi todos los casos es crónico, hay maneras de apaciguar la locura. Os aseguro que el principal antídoto contra ella son la empatía, el cariño y el afecto, porque por encima de cualquier enfermedad, sea de la índole que sea, está nuestro espíritu, nuestra autoestima y nuestra confianza. Y esos valores son críticos para saber afrontar cualquier adversidad.

Mi padre fue una víctima y un verdugo. Pero no fue una evolución, sino momentos alternativos. A veces era la víctima, a veces era el verdugo; así funcionaba su mente, aunque una partición de su cerebro pretendía caminar hacia la luz. Hace muchos años que me despedí de Marcos, de esa persona imaginaria que creó mi padre, pero que no era más que un reflejo de su yo interior, un reflejo que quería combatir con fuerza la oscuridad que lo poseía. ¿Sabéis lo que habría ocurrido si en el colegio un profesor se hubiera fijado, o si algún amigo hubiera actuado de forma correcta? Que nadie habría muerto bajo sus manos, que tal vez hoy, al igual que yo, su vida se habría normalizado y la parte buena habría vencido la batalla. Pero Fran era un pardillo en el colegio, un pardillo para los profesores, un pardillo para los padres de los demás niños, un pardillo en su casa y gran pardillo para la que fue su única amiga y mejor enemiga. ¿No se os remueve nada por dentro? Algunos de vosotros lo conocisteis, algunos de vosotros participasteis en su martirio, ¿no sentís una pizca de arrepentimiento? Porque yo sí, yo sí siento mucho arrepentimiento. Ojalá hubiera podido tener los conocimientos que hoy tengo sobre lo que es el trastorno de identidad disociativo, porque si los hubiera tenido antes, podría haber cambiado el destino. Ahora es el momento de dar un paso más en esta historia. ¿Recordáis que Fran me quiso presentar a un amigo y Marcos lo impidió? Antes de seguir recordando, necesitaba entender al creador de todo esto, solo de esa forma podría tener la valía de seguir enfrentando mis recuerdos sin sentir ganas de pegarme un tiro por haber hecho las cosas que hice. Así que era el momento de conocer al coco.

## FRAN

—AL FINAL TE has decidido, ¿quieres hablar conmigo, Sarita? —me dijo con una mirada provocadora.

—Formas parte de mí, así que necesito saber quién eres realmente. Supongo que eres la primera de mis particiones, la base de mi pasado, de mi enfermedad. El origen de todo.

—Soy algo más que tu pasado, sabes que siempre formarás parte de mí, ¡soy tu creador! —me dijo, recordándose que era mi padre.

—Supongo que, en cierto modo, algo de verdad hay en tus palabras, pero en este momento no eres más que un producto de mi imaginación. Ahora necesito que me presentes a tu amigo el coco.

Sonrió con maldad, de forma perversa, como sonreiría un psicópata. En cierto modo era el psicópata de los ojos verdes. Eso no iba a cambiar nunca.

...

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Esmeralda.

—Mi padre —dijo un niño de seis años mientras jugaba en el parque con su amiga, bajo la vigilancia de los padres de Esmeralda.

—¿Te has portado mal? —preguntó con inocencia. No dejaban de tener seis años. ¿Qué podía decirle?

—No.

—Y... ¿por qué te pega? —preguntó la niña.

—No lo sé. Tengo que hacerme un hombre —contestó Fran mientras cavaba un pozo de arena.

—Mi madre solo me pega cuando digo mentiras. Me da con la zapatilla en el culo, pero tampoco me hace daño —dijo Esmeralda—. Creo que tu padre es como los hombres esos de las películas de Antena 3. Mis padres dicen que siempre cuentan la misma historia en la que un hombre acaba pegando a su familia.

Fran se acercó mucho más a ella y bajó el tono de su voz.

—Mi padre es un maltratador. Eso es lo que dice mi madre siempre, que un día nos va matar —le dijo a Esmeralda.

La joven se quedó mirándolo durante unos segundos y se acercó a su oído para contestarle.

—Eres un mentiroso, mi madre dice que los moratones te los haces tú para llamar la atención. — Y se levantó enfadada y gritando. Supongo que era un pensamiento difícil de procesar para una niña tan pequeña o, tal vez, estaba demasiado corrompida como para tener algo de humanidad en su corazón.

Y entonces, el pobre Fran se quedó ahí, solo, sumido en el recuerdo irracional del puñetazo de su padre. Y todo porque había estado ayudando a su madre a tender la ropa. Un puñetazo para que se hiciera un hombre, para que esa oscuridad comenzara a extenderse poco a poco, para que la posibilidad de ser una persona feliz fuera disolviéndose hasta reducirse a cenizas.

Todo fue a más; los golpes, los desplantes, los años y la muerte. La sangre cubrió su vida cuando el monstruo mató a su madre mientras tenía a su hermana Erika junto a él. Ese recuerdo, esa visión, esa experiencia fue la que activó la locura. Los pensamientos turbios se movían sin sentido por su mente y la agresividad empezaba a crecer en él. La semilla de su padre crecía con hastío e iba acabando con su luz. El *bullying*, el maltrato en su casa, la indiferencia por parte de



padres y profesores y la manipulación de su mejor amiga fueron lo que terminó por romper su cerebro. Y cuando su cerebro terminó de romperse, nació él. Aquel que no era Fran ni Marcos, aquel que solo clamaba venganza y sangre, aquel al que toda persona con un mínimo de cordura temería: nació el coco.

## EL DÍA DEL PADRE

¿NO CREÉIS QUE sonaría mejor el día de la familia? No todos los padres merecen tener un día para ellos, ni todas las madres, ni siquiera todas las familias de sangre. Aunque si nos ponemos profundos, podremos entender que una familia no tiene por qué ser de sangre, sino que también puede estar compuesta por aquellas personas que hemos elegido, a las que entregamos parte de nuestro corazón.

Fran estaba mostrándome algunos de sus recuerdos. Momentos de su infancia que se quedaron clavados en su mente. Todos tenemos momentos así. Si pensáis en vuestra vida años atrás, probablemente no podáis saber con exactitud cuánto habéis retrocedido, pero seguro que recordáis algunas imágenes sueltas, sensaciones e incluso hay cosas que podéis oler como si hubieran desprendido su fragancia hace escasos segundos. Conocer el pasado de alguien como Fran podía hacerme entender un poco mejor mi historia. En ese momento aún no estaba segura, hasta que en cierto modo me identifiqué con él.

—¿Has acabado ya el dibujo, Fran? No tenemos todo el día. Todos tus compañeros han terminado... —dijo la profesora.

Fran solía tomarse su tiempo para dibujar porque, aunque no lo creáis, le encantaba. Sus dibujos eran realistas y preciosos. Seguro que todos os estaréis imaginando unas siluetas caóticas y llenas de sangre, pero nada que ver. Le gustaban las sonrisas, los prados, los animales y soñar. Y todo lo que soñaba lo dibujaba. Ese día dibujó a su familia, como todos los demás, sonrientes y felices. Su padre no tenía ira en sus ojos y su madre no tenía miedo a hablar. ¿Por qué un niño tendría que soñar con eso? Los niños merecen alejarse de la realidad, soñar con, no sé, los Pokémon, con volar, con viajar a la Luna. Los niños merecen algo más que ser el único elemento cuerdo de una familia. Yo entendí mucho a Fran porque viví encerrada, soñando con la libertad. Miraba tras la ventana cómo el mundo giraba y avanzaba a pasos agigantados mientras yo siempre estaba en el mismo sitio, hablando con la muerte, mirando a los ojos del demonio y sufriendo tanto como sufrió mi padre.

—Es un dibujo muy bonito, Fran —añadió la profesora al acabarlo.

—Es una mierda de dibujo —dijo Alex. Ana se rio.

—¡Esos modales! Es un dibujo muy bonito —le riñó la profesora.

Cuando la maestra volvió al pupitre, Alex se acercó a él

—Me ha dicho Esmeralda que tu padre te pega. Tu familia es una mierda —dijo de forma hiriente. Fran le miró con los ojos inyectados en sangre, reproduciendo las imágenes que solía ver en casa. Lo empujó y le propinó un fuerte puñetazo en el ojo. Alex comenzó a gritar y la profesora, rápidamente, lo atendió. Nadie lo defendió, aunque muchos sabían lo que había ocurrido, pero ¿para qué posicionarse con él? Era mejor caerle bien a Alex y a su pandilla para no padecer nunca los abusos que sufría Fran. Antes de ir al despacho del director miró a su amiga Esmeralda con decepción en los ojos y rompió el dibujo que había hecho, entendiendo, con solo siete años, que su familia jamás sería ese dibujo, que estaba condenado a ser un pardillo.

Sé que es difícil de entender, es muy difícil entrar en la mente de alguien que siendo tan joven tiene el cerebro tan jodido. Porque era así, Fran tenía el cerebro destrozado. Los niños merecen crecer libres, con una educación que los proteja de los errores de sus padres. La

educación, hoy día, es una mierda, porque si de verdad fuera de calidad, los derechos humanos, morales y éticos serían la prioridad. Porque no hay título más gratificante en esta vida que el de ser una buena persona. Si todos consiguiéramos ese título y transmitiéramos a nuestros hijos esos valores, la libertad ya no sería el sueño de un niño de siete años, sino que sería un hecho empírico para todo el mundo. Ni Fran habría sido víctima del maltrato constante al que fue sometido, ni yo habría sido víctima de Fran. Habrá quien diga que cada uno es dueño de su vida y de su destino, y que, si él hubiera querido, al igual que yo, habría podido cambiar sus circunstancias. Pero no estamos hablando de una ruptura amorosa, ni de pedir perdón a un ser querido con el que la has cagado, estamos hablando de una enfermedad mental. Elegir en esas circunstancias no era fácil, ni para él, ni para mí, ni para nadie que se hubiera encontrado en esa situación.

—Tu padre vendrá en quince minutos a por ti. Debes entender que pegar a otro niño no está bien, ¿necesitas contarme algo, Fran? —dijo el director. Sintió ganas de hacerlo, era la única persona que le había preguntado, que le había mirado de esa manera que va un poco más allá, con preocupación.

—Lo siento —fue lo único capaz de decir.

—Fran, si algo no va bien, quiero que sepas que este centro puede ayudarte, solo tienes que hablar conmigo —volvió a insistir.

Tenía ganas de ponerse a llorar y decirle lo que era vivir en su casa. Pero, entonces, su padre se enfadaría mucho y su madre sufriría las consecuencias. Y si alguien le importaba a ese niño era su mamá.

—Estaba enfadado, no volverá a pasar —le contestó. Y así se zanjó el asunto, a pesar de que el director sabía perfectamente que había problemas dentro de su familia y, aunque fue el único que se acercó un poco a mi padre, no hizo lo correcto, pues lo correcto habría sido avisar a asuntos sociales. Hay niños y niñas que merecen una alternativa a su familia, y eso no nos convierte en malas personas, todo lo contrario. Sé que son decisiones muy delicadas, pero la vida es delicada, y una decisión como esa puede salvar a alguien.

—¿Algún día me llamarán para algo bueno? —dijo su padre abriendo la puerta de malas maneras.

—Bueno, señor, tranquilícese, es normal que, a veces, los niños se peleen. Todos lo hemos hecho alguna vez —dijo intentando quitarle hierro al asunto.

—Este es un inútil, no sirve para nada. En cuanto pueda te saco del colegio y te pongo a trabajar —me dijo con mucho desprecio.

—Lo siento papá —fue lo único que añadió Fran.

—Tu hijo dibuja realmente bien, tiene un don especial para ello. Piense que todos podemos ser importantes, su hijo también, intente hablar con más optimismo delante de él. Las palabras son poderosas —dijo el director.

—Limítese a enseñarle a mi hijo matemáticas y lengua, la educación ya se la doy yo en casa —sentenció—. Y ya que se va a meter usted en nuestras vidas, propóngale a mi hijo un futuro en que el que no tenga que vivir debajo de un puente. ¿Qué cojones es eso de pintar? Ya puedes estar quitándote esos pájaros de la cabeza, tus dibujos no sirven para nada.

¿Entendéis cuando digo que mi padre fue destrozado desde que nació?

Subió al coche, en silencio, con Fran a su lado pensando por dentro que por favor no le pegara una paliza. Condujo hasta el bar de siempre y se puso a beber, junto a su hijo.

—Mira, Fran, yo sé que puedo parecer un padre muy duro, pero soy realista. La vida es muy

jodida, y pintar no sirve para una mierda —decía mientras bebía cerveza—. El colegio no sirve para nada, las personas como tú y como yo no aspiramos a tener títulos ni nada de eso. No nos da la cabeza. Tendrás que aprender oficios y ser bueno en los trabajos de la calle, ya sabes, montar muebles, hacer casas —le decía, limitando cada vez más, sus sueños.

No es malo ser albañil o montador de muebles, pero cada persona tiene derecho a decidir a qué quiere dedicar su vida.

—¿Me entiendes, hijo? Yo te digo esto por ti, para que puedas formar una familia algún día. Ya verás que no es algo fácil, las mujeres son un dolor de cabeza constante, siempre tienen problemas y siempre se están quejando.

—¡Mamá nunca se queja, siempre hace lo que tú dices! —contestó de forma impulsiva.

—Tu madre, a la que tanto quieres, ha aprendido a respetarme. Sois iguales los dos, pero tú también acabarás aprendiendo a respetar a tu padre —dijo con la mirada retadora—. Otra jarra de cerveza por aquí.

—Estás con tu hijo, no deberías seguir bebiendo —dijo Juani.

—Yo pago, tú sirves, déjate las gilipolleces, Juani. ¿O quieres que te lo vuelva a explicar, como anoche?

La camarera agachó la mirada y sucumbió a su orden, bajo el miedo.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó un tanto asustado.

—¿Tantas ganas tienes de ver a tu madre? —el efecto de la cerveza iba acentuándose cada vez más—. ¿Sabes lo que va a pasar cuando lleguemos a casa? —Fran negó con la cabeza—. Te voy a pegar una paliza con la correa que llevo puesta. ¿Quieres que vayamos ya a casa, o prefieres que nos quedemos un rato más? —le mostró una sonrisa. Fran comenzó a dejar caer algunas lágrimas—. Cuanto más llames la atención, más fuerte será, eso no lo dudes, maricón. Eres una nenaza, me avergüenzo de que seas hijo mío.

—Perdóname papá, por favor, no me pegues, por favor. Me portaré bien en el colegio, dejaré de pintar, haré todo lo que quieras, pero no me pegues —suplicaba.

—Relájate, pareces tu madre cuando quiero follármela. Soy un hombre de palabra, eso es lo que nos caracteriza como hombres, si ahora te perdono y te levanto el castigo, perderé autoridad, y no puedo perderla, soy el que manda en casa —le dijo bastante furioso—. Juani, la cuenta, que mi hijo empieza a tener sueño. Pero mañana volveré, que no quiero que ese culito pase hambre.

Fue todo el camino llorando, suplicándole perdón a su padre, pero él no escuchó ni una sola palabra. Llegó, lo desnudó en el sótano, lo sentó sobre una silla de madera astillada, lo ató y comenzó a golpearle la espalda con la soga, en partes que sabía que serían cubiertas por una camiseta. Luego lo dejó allí atado y desnudo, temblando del frío durante toda la noche, con la sangre secándose en su espalda y con las lágrimas más gruesas que jamás ha podido llorar un niño. ¿Creéis que es un recuerdo fácil de olvidar? ¿Creéis que tenía elección? Esto solo era un día de su vida, un ínfimo recuerdo de la tortura a la que fue sometido. Al igual que la guerra deja secuelas inimaginables a los soldados que la combaten, los maltratos y los traumas generados desde la infancia marcan la salud mental de una persona, y no todos pueden salvarse. Él no lo hizo.

## EL PRIMER SEGUNDO DE VIDA

LA HABÍA COLOCADO sobre un colchón similar al de las camillas del hospital psiquiátrico en el que fui internada. Su aspecto era pálido de estar tanto tiempo encerrada. Sus ojos estaban idos, y toda la fuerza que alguna vez tuvo esa mujer de ideas revolucionarias se había disipado, instante tras instante.

Mi padre sujetaba, de forma forzada, sus manos, mientras la ayudaba a dar a luz. Esa niña fruto de una violación, fruto de la violencia, estaba a punto de conocer el mundo. Y ese día, en ese momento, cuando mi padre me tuvo entre sus brazos, tuvo un pequeño y efímero momento de cordura.

—Déjanos vivir, Fran, te prometo que no contaré lo que me has hecho —dijo Abigail, sin lágrimas en los ojos.

—¿Por qué me llamas Fran? No lo metas en esto. No puedo dejarte ir, me abandonarás, él me lo ha dicho. Él conoce a las mujeres mejor que yo y sabe lo que pasará. Ojalá pudiera ser de otra forma —contestó.

—¿No te das cuenta de que sois la misma persona? ¿De que tú y Fran sois iguales? —dijo de forma desesperada. Lo había intentado tantas veces... El bebé lloraba.

—No digas tonterías. Yo solo quiero que seamos felices, los tres. Un nuevo comienzo. Tal vez podríamos marcharnos de aquí, juntos, ¿te parece una buena idea? —le dijo a esa chica a la que había arruinado la vida.

—Necesitas ayuda profesional. Estás a tiempo de ser tratado. Tienes una enfermedad. Y tu enfermedad va a matarnos a todos. No lo hagas por mí, pero mira a tu hija, mírala bien, porque si no pones fin a esto, un día se te olvidará que es tu hija y podrás hacerle cualquier perrería. Marcos, solo tienes que ir a un psicólogo y contarle la verdad, te darás cuenta de que no te estoy mintiendo. Tú y Fran sois la misma persona. Por eso te bloqueas cuando él aparece, pero sigues siendo tú —intentó hacerle entrar en razón. Era la primera vez que no se enfurecía y que le permitía llegar tan lejos.

Yo seguía llorando en los brazos de mi padre. Mi madre seguía maniatada, desesperada por salir, por cogerme entre sus brazos y rescatarme de esa pesadilla en la que, desafortunadamente, me tocaría vivir.

—Él me ha avisado sobre todo esto. Sabía que intentarías manipularme, que querrías enfrentarme a él. Pero él es mi amigo, mi único amigo. Él siempre ha estado ahí cuando le he necesitado, y no puedo dejar que intentes separarnos. No puedo soltarte, no puedo dejarte libre, pues tu libertad podría acabar con él. Lo delatarías. Tú sabes las cosas tan horribles que ha hecho, pero se arrepiente, ¡ya no es ese hombre! Merece una oportunidad, ¿no crees? Todos merecemos volver a nacer —dijo mi padre, dijo el loco.

—Eres un cobarde, Marcos. No tienes agallas de enfrentarte a ti mismo. Prefieres decirte que eres otra persona para esconderte de los crímenes que has cometido. Escúchame bien, te llamas Francisco Ruiz, tu padre mató a tu madre cuando tenías solo doce años, en el colegio todo el mundo se reía de ti y te hacía *bullying*, tu amiga Sarita no fue más que otra invención tuya que nunca existió, y tu amiga Esmeralda jamás se comportó como tal. Tu vida es un conjunto de miserias que te llevaron a querer vengarte de la gente que te hizo daño, y en ese camino perdiste la

cabeza, porque escúchame, escúchame bien Fran, no todo el mundo tiene la culpa de lo que te pasó. Yo, sin conocer tu pasado, estuve dispuesta a quererte y a amarte sin importar nada. Pero esta vez el abusón, el villano, el malvado, fuiste tú, que me separaste de todo mi mundo, de toda mi vida, y me encerraste en esta puta cueva de la que no puedo salir. Si vas a acabar conmigo, hazlo ya, porque no soporto más este sufrimiento. Jamás podré volverte a mirar como la primera vez, jamás podré sentir un ápice de amor por ti y, si tienes algo, una pizca de raciocinio todavía, y piensas en el ser que acaba de nacer, por favor, déjanos ir, esta niña merece una vida digna lejos de ti, muy lejos. —Y esas palabras activaron algo dentro de él. No dijo nada, simplemente la desató y abrió la puerta del sótano para que pudiera marcharse.

Mi madre me cogió en brazos, anonadada, sin poder creer que aquello fuera posible. Miró a mi padre con los ojos empañados, casi emocionada y, en un instante, echó a correr. Pero todos sabéis que el final de Abigail no fue el de un cuento. El final de mi madre fue muy caótico y es que, mientras corría hacia la libertad, Fran había vuelto a la carga, muy violento, muy agresivo, muy oscuro, muy coco. Corrió tras ella y nos alcanzó prácticamente en la puerta de salida. Mi madre supo que no había nada que hacer y que ese sería su último suspiro, pues los ojos del loco estaban más idos que nunca. Primero me arrancó de sus brazos, aunque tuvo la delicadeza de, en ese momento, no hacerme daño alguno. Después la cogió del cuello, acercando su mirada.

—No podrás arrebatarme a Marcos, él me pertenece, es mi legado —dijo susurrando, pero esas palabras se clavaban como cuchillos.

—Lo siento —contestó mi madre entre lágrimas.

—Has llegado demasiado lejos, Abigail, hemos intentado darte una oportunidad y que pudiéramos ser amigos, los tres, pero no me has respetado. De hecho, has tratado de humillarme como otros ya lo hicieron tiempo atrás. Sabes que no tengo otra opción para ti, eres un impedimento entre nosotros, y está muy feo eso de dejar a los amigos de lado por una mujer —sonrió con ironía.

—Protege a la niña, por favor. Quedaos tú y Marcos juntos, llevad a mi hija a un orfanato, a un hospital, donde queráis, pero no os la quedéis vosotros. Ella no sabe nada de las cosas que has hecho, aún puede tener una vida diferente. Sé que a ti te habría gustado tener otra vida en la que tu padre y tu madre se hubieran querido sin miedo y, sobre todo, una vida en la que tu padre no te hubiera condenado a ser lo que eres. Supongo que también habrías agradecido que tu hermana se quedara cuidando de ti y no te abandonara a la primera de cambio. Tu vida ha sido una desgracia, pero por favor, deja que el bebé crezca libre, dale esa oportunidad.

—El bebé no es un problema, nosotros la cuidaremos, nosotros haremos que Sarita sea muy feliz —dijo Fran mientras me miraba.

—¡No! No se te ocurra llamarla así, olvídate de poner tus sucias manos en ella y mucho menos de ver en mi hija a esa mujer de la que te enamoraste de forma obsesiva. ¡No hagas eso, por favor, solo es un bebé! ¿No eres capaz de darte cuenta?

Fran frunció el ceño y la miró con desprecio.

—Se llamará Sarita y punto —dijo.

Abigail sacó las pocas fuerzas que le quedaban para pegarle un empujón a Fran, haciendo que cayera al suelo y se diera un fuerte golpe con la mesita del comedor. Yo seguía llorando, Abigail fue rápidamente a por mí. Me cogió de nuevo y se dispuso a salir a la calle. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Fran se había levantado y su mirada se había oscurecido mucho más. Abigail dio un codazo fuerte al ventanal de la puerta. Me sacó por un hueco intentando no clavarme ningún cristal y comenzó a gritar.

—¡Ayúdame, por favor, socorro! Cojan a mi bebé. Necesito ayuda.

Fran la agarró del cuello con mucha fuerza y la metió para adentro. Un cristal rasgó mi frente. Volvió a colocarme sobre el sofá mientras seguía llorando. Mi madre hacía lo mismo. Intentó seguir golpeándole, pero cada vez podía hacerlo con menos intensidad. Entonces él estampó su cabeza contra la pared del comedor, una y otra vez, cada vez con más fuerza, hasta que mi madre cayó al suelo, sin vida. Después la bajó al sótano de nuevo y la metió en el arcón.

—Fran, ¿sigues ahí? —preguntó una voz. Miré asustada, parpadeando. Estaba en una sala oscura, me resultaba familiar—. Fran, ¿puedes decirnos qué ocurrió después? ¿Qué hiciste con el bebé? —Estaba en el hospital psiquiátrico. Era la doctora Eli la que estaba hablando conmigo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Estabas contándome cómo mataste a Abigail. Ya sabes que aquí estás seguro, nadie tiene que juzgarte, ¿necesitas más *kleenex*? —me dijo la psiquiatra.

—¿Por qué iba a matar a mi madre? Yo no hice eso —contesté asustada.

—¿Con quién estoy hablando? —me preguntó. ¿Otra vez esa pregunta? Entonces me di cuenta de que mis recuerdos no solo los estaba conociendo yo, sino que estaban siendo revelados hacia todos. La información que había dentro de mis particiones también la estaba conociendo la doctora y, seguramente, estaba siendo grabada por cámaras de vigilancia.

—Soy Sarita, ¿ha estado hablando con Fran?

La doctora no esperaba que pudiera ser consciente de ello. Se quedó mirándome durante unos segundos.

—Así es.

—¿Y habla con los demás? Con la señora Carmen, con el niño Adrián, con Fran, con Marcos y con la quinta persona a la que no soy capaz de reconocer. Dígame, ¿habla también con ellos?

La doctora Eli asintió. Yo me sentí traicionada.

—Entonces lo sabe todo sobre mí y ha estado engañándome. Es como ellos, solo quiere volverme loca. ¿Para qué me pregunta si los conozco? Si usted ya sabe quiénes son. Dígame, ¿quién es la persona a la que no soy capaz de ver? Sáqueme de dudas, deje de jugar conmigo, ¿no se da cuenta de que estoy sufriendo?

—¿Quieres saber quién es esa persona? ¿Estás segura? —Tuve miedo, ¿tan grave era saberlo? ¿Tan importante era para mí descubrir esa identidad?

—Dígamelo, por favor.

—No puedes ver a la quinta persona, porque la quinta persona eres tú.

¿Yo? ¿Cómo iba a ser yo la quinta persona? Yo solo era Sarita, la mujer de los ojos verdes, la niña que estuvo encerrada durante toda su vida, ¿cómo iba a ser yo esa persona maligna que me impulsaba a cometer actos delictivos? No era Fran, ni Marcos, ni la señora Carmen, ni Adrián... ¿era yo la responsable de todos esos delitos! De haber asesinado a la señora Carmen, de haber maltratado a mi hijo y de... No sabía qué más, pero la bolsa de plástico seguía rondando mi mente, esa bolsa significaba algo y estaba relacionado con el monstruo en el que me había convertido.

—Te será difícil procesarlo todo. Mañana continuaremos con la terapia, además, tengo que darte una buena noticia. Pronto vendrá tu hijo, os podréis ver y hablar durante unos minutos. Espero que te tomes eso como una muestra de agradecimiento, y espero que podamos seguir colaborando. Pronto resolveremos esto y serás libre —Y me sonrió.

¿Libre? ¿Cómo podía ser libre si me sentía culpable de todo? La libertad ya no era un camino para mí, pero aun así, la idea de volver a ver a mi hijo me entusiasmó. ¿Estaría enfadado por lo que le hice? ¿Cómo sería? ¿Cuántos años llevaba sin verlo? Tenía muchas preguntas y, de repente,

algo mucho más aterrador me llenó de pánico: ¿cómo se llamaba mi hijo? ¿Cómo podía haber olvidado su nombre?



**EL LEGADO  
DE MARCOS RUIZ  
Parte 2**

*Marcos siempre fue la parte racional de todos nosotros. Por eso somos su legado, porque él consiguió que perduráramos. Si él no hubiera existido, Fran habría podido suicidarse y Sarita nunca habría llegado a nacer, por eso Marcos es el responsable de nuestra existencia. Pero, a veces, dudo de la verdad, ¿quería Marcos que nos convirtiéramos en esto? ¿Quería que su legado se caracterizase por el horror y la violencia? Quizá no habíamos entendido bien su mensaje.*

## CONVERSACIONES CON UN FANTASMA

—ESTÁS MUY GUAPA —me dijo la señora Carmen. ¿Por qué me hablaba después de lo que le hice?

—Gracias —contesté, apenada por el recuerdo de su muerte.

—Me alegro mucho, niña, de que tu hijo venga a verte. Ojalá el mío se acordara de mí... —dijo con la mirada derrotada. Se clavó directamente en mi corazón. La había matado cuando solo intentaba proteger a mi hijo. Podía haber llamado a la policía y, sin embargo, tuvo en consideración mi pasado e intentó ayudarme. Y sin pensarlo dos veces la maté.

—¡Seguro que su hijo vendrá algún día! Tal vez no sabe que está aquí —le dije intentando darle esperanzas, pero ¿cómo iba a venir su hijo si la señora Carmen no era más que un fantasma de mis recuerdos?

—Quizá tengas razón, debería avisar a alguien para que le informe, no sé cómo no se me ha ocurrido antes —dijo algo esperanzada. Que caótico era todo, tan surrealista, supongo que los médicos tendrían que estar impresionados.

—¿Le puedo preguntar una cosa? Bueno, sé que usted quería mucho a mi hijo. Le trató con mucha gentileza —añadí.

La señora Carmen se acercó a mí y entrelazó sus manos con las mías. A pesar de ser alguien imaginario, pude sentir el tacto y el calor de su piel.

—Pregunta lo que necesites, niña, trataré de ayudarte, como siempre he hecho —me dijo, tan cercana, sin rencor. Tragué saliva.

—Tengo graves problemas para recordar mi pasado. Sé que tuve un hijo, pero no sé cuánto tiempo ha pasado, ni cómo se llama, ¿podría decirme cuál era el nombre de mi hijo? —La señora Carmen me miró estupefacta, sin dar crédito a lo que le estaba preguntando.

—¿No lo recuerdas? Él siempre intentó llamar tu atención, quería que lo tuvieras en cuenta. Era un buen niño, muchas veces venía llorando a mi casa porque tú estabas fuera de ti. No hiciste las cosas muy bien con él, pero es tu hijo y supongo que no te guarda rencor. Fuiste muy dura e injusta, ¿eso lo recuerdas?

Comencé a sentirme juzgada. ¿Qué podía decirme? Ella había presenciado cómo lo maltrataba, al igual que yo presencié cómo el padre del pequeño Adrián golpeaba a su familia. Ninguna de las dos tomamos la decisión correcta, que habría sido avisar a la policía. Yo quise proteger al niño, y la señora Carmen quiso protegerme a mí.

—Recuerdo la noche en la que la maté. Sé que estaba golpeando a mi hijo y usted llegó a casa con la única intención de ayudarnos, pero me asusté y esa voz, esa maldita voz, me dijo que lo hiciera. Yo no quería hacerle daño a usted ni a tampoco a mi hijo, ¿podrá perdonarme algún día?

—No tengo nada que perdonar. El pasado solo es una cadena que nos amarra y dificulta el avance, un imán hacia el fracaso; es importante saber quiénes somos y las cosas que hemos hecho, pero no para tener miedo o para recriminarnos continuamente, sino para mejorar como personas. De eso trata la vida, ¿no?

Era la primera vez que podía tener una conversación con ella sin que a los dos minutos empezara a pedir cartones de bingo. Supongo que, conforme mis recuerdos se desbloqueaban, mis particiones evolucionaban con ellos.

—¿Eso es lo que quiere decirme? ¿Que deje el pasado atrás y encuentre a la persona que llevo dentro? Pero la persona que llevo dentro es una asesina —comencé a llorar, pensando que mi hijo debía de odiarme—. ¿Cómo puedo perdonarme? Habrá familias destrozadas en el mundo exterior por mi culpa. ¡No es justo para ellas! No tengo futuro, no tengo nada que descubrir, mi pasado jamás me dejará sentirme libre —contesté.

—Pero niña, ve poco a poco, no te adelantes a los acontecimientos, ¿acaso sabes las cosas que has hecho? Todavía no sabes nada, ni siquiera puedes imaginarte cuál es la verdad. Es fácil engañarte porque estás herida de aquí —me señaló la cabeza—. Los recuerdos se difuminan con otros y nos llevan a confusión. Quiero decir, tal vez no eres la persona que crees ser. —¿No era esa persona? ¿Qué significaba eso? ¿Estaba tratando de decirme que los recuerdos que tenía no eran del todo reales?

—Pero yo la maté, lo vi con mis propios ojos, no tengo ninguna duda —dije convencida. La señora Carmen negó con la cabeza, desconcertándome aún más.

—¿Eso es lo que crees, niña? Había alguien más contigo, ¿no lo recuerdas? Vas por el buen camino, recuerdas cosas que ocurrieron, pero las ves tan difusas que te equivocas. Deja que los recuerdos sigan dando la cara y, entonces, entenderás la verdad, sabrás lo que ocurrió y, más importante aún, descubrirás a la persona que eres. Pero no tengas prisa, o la locura te ganará la carrera.

Era desesperante ver cómo mi pasado era un juego de misterio en el que tenía que ir resolviendo los enigmas de mi propia vida.

—No sé qué quiere decir, ni quién soy ahora mismo, pero le haré caso, seguiré descubriendo la verdad, aclarando cada momento hasta poder saber realmente las cosas que he hecho.

Un médico abrió la puerta para llevarme a ver a mi hijo. Era uno de los momentos que más había estado esperando, pero tenía mucho miedo a su reacción. Miré por última vez a la señora Carmen, que ya había vuelto a su colchón para seguir jugando al bingo.

—Se llama Pedro —dijo antes de que saliera por la puerta.

¿Pedro? No pude evitar acordarme del chico de aislamiento que estaba en la habitación contigua. Supuestamente se llamaba Pedro, aunque luego resultó llamarse Marcos, era algo extraño, ¿sería una casualidad? Entonces recordé que me dijo que, si quería seguir hablando con él, debía portarme mal para que me llevaran a aislamiento. No podía sacarme ese dato de la cabeza. Pero era momento de dejarlo pasar, estaba a punto de ver a mi hijo.

## MI HIJO

DECIR QUE ME encontraba nerviosa era quedarme corta. Estaba a punto de volver a encontrarme con mi hijo. ¿Me odiaría por lo que hice? ¿Podría darle un abrazo? Tenía miles de pensamientos revoloteando como mariposas con la única esperanza de que me mirara con amor. Me daban igual muchas cosas en mi vida, pero necesitaba sentir que sus ojos seguían viéndome como a una madre. Los médicos me llevaron a una habitación y me dijeron que esperara ahí, que pronto traerían a mi hijo. Era muy pequeña. Me senté en una silla junto a una mesa blanca y comencé a cantar una nana mientras recordaba cómo lo mecía en mis brazos cuando tan solo era un bebé. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo. Como si llevara toda la vida encerrada en aquel lugar, presa de mi demencia. Pero aun así, una pequeña parte de mí se aferraba a esa visita como si fuera la última oportunidad de mi vida para curarme. Si mi hijo aparecía y me miraba con seguridad, con confianza, seguramente tendría el valor de superar aquella enfermedad tan extraña.

Sonó la puerta. Me giré y erguí mi cuerpo, intentando aparentar normalidad, sabiendo que detrás de mí estaba caminando el hombre al que le di la vida. Llevaba un perfume cítrico, muy fresco. Sentí una pequeña brisa acariciar el vello de mis piernas cuando pasó cerca de mí. Entonces, sin poder evitarlo más, alcé la mirada y vi su rostro.

—Hola mamá —me dijo mientras se sentaba frente a mí.

No pude contener las lágrimas ni un solo segundo. Era mi hijo, la única razón de que siguiera viva. Me levanté y lo abracé, y él me abrazó a mí. Ambos nos estrujamos como si el tiempo no hubiera pasado, aunque estaba claro que sí lo había hecho, ya no era un niño, era todo un hombre. No me salían las palabras, solo lágrimas. Por un momento pensé en la señora Carmen y en la ilusión que le haría ver a su hijo, ¿serían sus emociones un reflejo de las mías? Me separé de él y, aún un poco estupefacta, regresé a mi silla.

—¿Cómo estás? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—Muy bien —me dijo—. Este año terminaré la carrera de derecho. Conocí a una chica y llevamos varios años de relación. Estoy trabajando los fines de semana en el Ikea atendiendo gente que, sin duda, debería estar aquí internada —bromeó. Y me sacó una pequeña sonrisa. Se cuidaba bien y tenía buen gusto por la moda. Me alegré mucho por él, porque eso dejaba muy claro que la vida le había sonreído, no había heredado mi locura.

—¿Eres feliz? —pregunté de nuevo. Solo quería escuchar que sí. ¿Qué madre no quiere que sus hijos sean felices?

—Soy muy feliz mamá. Tuve mucha ayuda y los médicos se portaron muy bien conmigo. Quiero que sepas que no te guardo rencor. Sé que tienes un problema complicado y que nunca fue tu intención herirme —me dijo, confirmándome que los recuerdos que tuve sobre él eran reales.

Le había pegado y me había comportado peor que mi padre. Me sentí muy mal, pero me había perdonado. Sus ojos no tenían ese punto negro de odio que siempre tuvieron los míos. Justo ahí lo recordé: yo nunca salí libre de la casa de mi padre. Un punto negro de odio se instauró en mí y fue creciendo, poco a poco, apoderándose de mi esencia. Pero mi hijo era puro de corazón y de alma, no había pizca de oscuridad en él, se había salvado. Había demostrado que no siempre el mal atrae al mal, que hay personas capaces de no reproducir los maltratos vividos en su casa. Mi hijo

me había dado una lección de amor.

—Siento mucho las cosas que te hice. Espero que puedas perdonarme algún día, cariño. Nunca quise herirte, solo cuidar de ti, pero me equivoqué —le dije apenada.

—Pues entonces, mamá, deja ya este *show* de personas imaginarias. Escucha a los médicos y confía en ellos. Toma la medicación, toda la que te den, tanto la que necesitas por el VIH como la que tienes que tomar para calmar tus brotes psicóticos. Tienes que sacar de tu vida a Marcos y a Fran, como los primeros años. ¿Recuerdas? Al principio no eras así, ¿por qué? Tienes que poner de tu parte y dejar de dudar de la gente que quiere ayudarte. Sabes perfectamente que estás viviendo varias realidades.

Me entristecían sus palabras, pero tenía razón. Si hice daño a mi hijo fue precisamente por eso, porque alguien maligno era capaz de adueñarse de mí. Ya era hora de que los expulsara, pero necesitaba más tiempo. Tenía que seguir recordando. Cuando consiguiera acordarme de todo ya no necesitaría a mis particiones y todo habría acabado.

—¡Te prometo que voy a portarme bien! Saldré de aquí y te demostraré que puedo ser, todavía, una buena madre, ¿me darás una oportunidad cuando me recupere?

—Eres mi madre, siempre voy a esperarte. Recuperaremos el tiempo perdido.

Me emocionó escuchar eso. Fue reconfortante saber que todavía era capaz de darme una oportunidad. Mi hijo tenía un corazón muy bueno y humilde. Había crecido con valores importantes y los horrores a los que lo sometí no habían magullado sus ideas y convicciones.

—También cuidaré de la niña —me dijo.

Ese comentario me desconcertó. Fue muy extraño.

—¿Qué niña? —pregunté.

—Me dijeron que no podía decirte nada sobre la niña, ¿no la recuerdas? —dijo haciendo que mi nerviosismo aumentara. La puerta de la sala se abrió. Los médicos venían a cortar la conversación—. No digas nada, guarda ese secreto y pórtate bien, cuando recuerdes, sabrás quién es la niña.

Y con esa escasa información tuvimos que finalizar la conversación. Nos dimos un fuerte abrazo y le pedí que volviera a venir a verme. Me dijo que lo haría. Me dio un beso en la mejilla y, por un pequeño instante, me sentí la mujer más feliz del planeta. Pero mi cerebro volvió a ese comentario, intentando pensar en quién podría ser esa niña y por qué mi hijo tendría que cuidar de ella.

## RECORDANDO (2)

ESTABA ENCERRADA EN la habitación de siempre, escuchando cómo el loco subía por las escaleras hasta mi habitación para, una vez más, abusar de mí. Tenía doce años y un cochecito diminuto con el que solía jugar. Lo cogió y lo estampó contra la pared, rompiéndolo en pedazos, sin ningún tipo de empatía hacia mí. ¿Qué pensáis que hice yo? No me resistí, porque ya había aceptado que, opusiera la fuerza que opusiera, me iba violar igualmente. Así que era mejor estar tranquila; el dolor era menor. No estaba calmada del modo que podéis imaginar, simplemente estaba muerta. Abrí los ojos y, una noche más, me puse a gritar. Me había dado un ataque de pánico. La tía Erika vino corriendo a la habitación para consolarme y tranquilizarme. Había sido otra pesadilla. Era difícil no tenerlas, pues había estado expuesta a un machaque emocional brutal por parte de mi padre, así que, simplemente, aquellas pesadillas se escapaban de mi control, pero como ya sabéis, molestaban a los vecinos. También a mi hijo. La tía Erika había decidido poner la cuna en su habitación para evitar que pudiera sobresaltarse tras mis gritos. Los vecinos, como ya os dije, nos miraban bastante mal y seguían sin entender que no era culpa mía. La tía Erika, aunque no quería reconocerlo, empezaba a verse agobiada y sobrepasada por la situación de cuidar de mí.

Esa mañana me levanté y me miré en el espejo tras ducharme. Vi las cicatrices que se reflejaban en mi aspecto, pero, a pesar de ello, me vi bonita y pensé: ¿puedo ser normal todavía? ¿Puedo conocer a alguien, tener mis propios amigos...? Era la primera vez que pensaba en ello y me gustó que fuera así. Cogí el maquillaje de mi tía y disimulé esas cicatrices. Pinté mis labios y mis ojos. Recogí mi pelo liso y me puse una camisa con flores estampadas, unos vaqueros negros ajustados y unos zapatos de tacón pequeño. Volví a mirarme en el espejo y pensé que, a pesar de todo, era una mujer muy bonita. Me vi especial, como nunca me había visto. Me vi incluso sexy. No estaba acostumbrada a tener ese tipo de emociones, pero por ese pequeño momento me sentí así. Pensé que, si quería ser alguien normal, debía empezar a comportarme como tal. Bajé al salón y saludé a la tía Erika, que estaba meciendo a mi hijo. Se quedó impactada al verme. Era la primera vez que lo hacía.

—Estás preciosa —me dijo.

Yo sonreí con timidez.

—Voy a salir a comprar, quiero empezar a hacer las rutinas y tareas que hacen las personas normales y corrientes. Llevo más de un año aquí y siento que estoy progresando con mucha lentitud —le dije.

—Debería acompañarte, es peligroso que vayas sola. Puedes sufrir un brote... —me dijo.

—Tía, por favor, quiero empezar a sentirme independiente. Hemos ido muchas veces al supermercado y sé cuál es el camino. Solo dime qué debería comprar y lo haré. No sufriré ningún brote... Sabes que eso solo me pasa cuando tengo pesadillas.

Ella asintió esperanzada, muy contenta por escucharme hablar así. Lo pude ver en su mirada, no era la que llevaba semanas arrastrando, la que me hacía creer que podía marcharse en cualquier momento.

—Toma la nota. Está todo apuntado aquí. ¡Tú puedes hacerlo! —me animó.

Era la primera vez que salía sola después de lo que sucedió con el pequeño Adrián, cuando su padre los asesinó. Sentía como si mi estómago fuera un mar embravecido, pero no tenía miedo.

Contemplé el cielo despejado con algunos pájaros sobrevolándolo. El sonido de los coches pitando y recorriendo las calles de la ciudad. El olor a primavera y la sensación de querer estornudar producto de la alergia. Vi cómo la gente caminaba sin pararse. El mundo avanzaba con mucha rapidez y mi vida se había atascado. Necesitaba cambiar eso; debía ser una obligación para mí. Mientras reflexionaba sobre todas esas pequeñas cuestiones de la vida, un chico chocó contra mí. Era de mi altura y nos dimos un fuerte coscorrón en la cabeza. De esos que luego se hinchan. De esos que duelen unos segundos, pero luego es como si no hubiera pasado nada.

—Perdón —me dijo. Era la primera vez que un hombre se disculpaba ante mí. No me dio miedo.

—No te preocupes —le dije mirándole a la cara, viendo cómo brillaban sus ojos verdes. No le temí. E, incluso, una parte de mí pensó que era un chico guapo.

—Soy un despistado, esto de ir mirando el teléfono mientras caminas es una locura. La adicción a los móviles nos va a llevar a la extinción —bromeó. No estaba muy acostumbrada a chistes telefónicos, bueno, en general no estaba acostumbrada al teléfono móvil, seguía siendo un aparato bastante complejo para mí—. Me llamo Rodrigo. —Extendió su mano para presentarse. Yo, un poco tarde, hice lo mismo.

—Sara —le contesté, con ganas de decir algo más, pero sin palabras en la boca.

—Quizá te parezca una locura, pero, ¿te gustaría que te diera mi número de teléfono?

Me quedé un poco pensativa, había visto películas en las que había ocurrido eso cuando el chico intentaba ligar con la chica. Bueno, también había ocurrido al revés. Me di cuenta rápidamente de que estaba tratando de ligar conmigo. Yo necesitaba conocer gente, así que pensé que, quizá, podría ser divertido. Le di mi número de teléfono y le avisé de que no era muy propensa a usar el móvil, pero por alguna razón extraña, desde ese momento comencé a usarlo más. Mi tía Erika se lo tomó con mucho alarmismo, no tenía un buen concepto del amor, ni de los hombres. Supongo que, a su manera, quería protegerme.

El *enchochamiento* también lo podemos vivir las personas que padecemos alguna enfermedad o trauma. Yo me sentí así desde ese momento, porque él no me hablaba como si fuera la chica de los ojos verdes, sino como una mujer atractiva con la que se había chocado sin querer. Hablábamos durante horas todos los días, pero le ocultaba mi pasado y parte de mi presente. Ni siquiera le había dicho que tenía un hijo. Me daba miedo porque las cosas estaban fluyendo muy bien. Tras cuatro días hablando por el móvil, tuvimos la primera cita. Fuimos a un restaurante de comida asiática en Alcalá de Henares. Nos reímos, nos acariciamos y al final nos besamos. Pero no hubo nada más. Íbamos despacio y estábamos disfrutando, poco a poco, de la compañía que nos hacíamos.

—Algún día tendrás que decirle la verdad. Lo que estás haciendo es tensar una cuerda y, cuanto más te demores, más difícil será que se lo tome bien, cariño —me dijo la tía Erika.

—No quiero que se enfade. Estoy saliendo, haciendo planes, sonriendo, olvidándome del pasado, ¿no era lo que querías? —dije sintiéndome un poco incomprendida.

—¡Claro que sí, cariño! Pero nadie te ha dicho que mientas para ello. Lo que te pasó fue algo terrible, pero no es inexistente. No es algo vergonzoso, sino todo lo contrario, algo valiente, porque fuiste capaz de sobrevivir. No todas las mujeres habríamos sido capaces de aguantar las cosas que te hicieron... —me dijo.

¡Tenía razón! Debía decirle la verdad, pero la verdad era muy tediosa y compleja. Me daba miedo, me daba miedo perderle, me daba miedo que me mirara como tantas otras personas habían hecho.

Decidí dar el paso en la cuarta cita. Habíamos ido al cine a ver una película española de unas

parejas que dejan los móviles encima de la mesa y comienzan a pelearse por el contenido de los mismos. Cuando acabó la película fuimos a tomar unos gofres con Nutella y nata. No era el momento perfecto, pero fue el momento en el que me sentí capaz de hacerlo.

—¡Tengo que contarte una cosa! —le dije, muy nerviosa.

—¿Qué te pasa? —entrelazó su mano con la mía.

—Necesito contarte algo de mi pasado. Hay cosas que te he ocultado por miedo a que te alejes de mí —le dije, con ganas de llorar. El pasó su mano por mi mejilla, transmitiéndome un calor acogedor.

—Puedes contarme lo que quieras, princesa. Yo no soy un juez ni nada de eso, aunque me quedaría muy bien la toga —bromeó. Me reí discretamente. Era muy propenso, según mi tía, a chistes básicos.

Y entonces, guardé la sonrisa y le conté todo: lo de mi padre, lo de mi madre, lo de mi hijo y lo del VIH.



## ANALIZÁNDOME

—¿ERES SARITA? —me preguntó la psiquiatra.

—Sí, soy yo —le contesté, una vez más. Supongo que, en otras ocasiones, le habría dicho que era Fran, Marcos, la señora Carmen, el pequeño Adrián, o la quinta persona que, según la psiquiatra, era yo misma. ¡Menudo lío!

—Bien, ¿cómo te encuentras hoy? ¿Te gustó ver a tu hijo? ¿Estás más tranquila?

Asentí con felicidad. La doctora Elisabeth se había portado muy bien conmigo y estaba siendo muy comprensiva.

—Fue un regalo muy especial. Me reconfortó saber que estaba bien. ¿Tiene hijos? —le pregunté.

—Sí, tengo una hija de dieciséis años, y daría todo por ella. De hecho, ¿quieres... que te cuente un secreto? —me preguntó la psiquiatra.

Asentí con un gesto de confianza.

—Soy especialista en trastornos mentales por ella. También fue diagnosticada con trastorno de identidad disociativo por un trauma que vivió de pequeña. No fue tan grave como el tuyo, pero cada mente es un mundo. A veces, hasta un pequeño acto puede desorganizarlo todo. Fue entonces cuando comencé a navegar por las oscuras aguas de la mente humana para tratar de entender a mi hija y ayudarla a tener una vida normal y corriente. ¿Sabes por qué sigo ayudando a pacientes como tú? Porque mi hija consiguió tener esa vida. Las enfermedades mentales pueden tratarse, pero son muy temidas, hasta por los profesionales del gremio... Por eso quiero que sepas que puedes confiar en mí y que conmigo estás segura, yo solo quiero ayudarte. ¿Te gustaría conocer a mi hija? Si ella te cuenta su historia, lo que ocurrió, lo que le decían las voces, quizá puedas sentirte más comprendida.

Conocer a alguien que hubiera vivido mí misma agonía me parecía una idea fabulosa. Quizá, si escuchaba su historia, podría solucionar el lío mental que tenía encima.

—Gracias por hacer esto por mí. Quiero conocer a su hija y su historia. Es una buena madre, no todo el mundo habría llegado tan lejos como usted. Me ayuda y trata de calmarme. Creo que lo hace de corazón y no porque sea su trabajo. ¡Gracias, doctora Eli!

Volvió a poner esa mirada que se alejaba tanto de mi comprensión.

—Somos capaces de hacer lo que sea por las personas a las que queremos, pero por nuestros hijos aún más —me dijo mostrándome una sonrisa sutil. Y entonces, recordé lo que me dijo mi hijo sobre aquella niña. ¿Quién era? ¿Debería contárselo a la psiquiatra? Ella estaba tratando de ayudarme.

—¿Puedo contarle algo que pasó en la visita de mi hijo? —No sabía si era lo correcto, pero confiaba en la doctora. Ella asintió sin dudar.

—Mi hijo me dijo que estaba cuidando a una niña. Yo no recuerdo a ninguna niña, pero me dijo que la acabaré recordando. ¿Quién es esa niña? ¿Qué relación tiene conmigo?

Y la doctora me miró, de nuevo, con esos ojos de compasión, como sintiendo pena por mí. ¿Por qué sentía pena? Yo no quería eso, solo ordenar las piezas del puzle de mi vida. ¿Tanto pedía?

—Es cierto, no quiero engañarte, tu hijo te dijo la verdad, pero si te cuento quién es esa niña te

sentirás muy perdida. Es importante que seas tú la que ubique ese recuerdo. Además, ahora estás recordando cosas, poco a poco estás avanzando y tarde o temprano ese recuerdo se desvelará. Algo me dice que más rápido de lo que piensas. ¿Confías en mí?

—Sí —le dije un poco preocupada.

—Entonces sigue trabajando como hasta ahora, recordando a tu ritmo, valiente. Sé que pronto podrás salir de aquí. Estamos llegando al final.

¿Al final? ¿Quería decir eso que pronto podría ser libre? ¿Volver con mi hijo? Ella sabía darme fuerzas y valor. Era una buena persona, no tenía duda alguna.

—Seguiré trabajando mis recuerdos. Gracias por todo lo que ha hecho por mí. Si algún día consigo salir de este lugar, quiero que sepa que la llevaré en mi corazón. No lo olvidaré jamás.

—Y yo a ti en el mío, valiente —me dijo con la voz suave.

## DESCONFIANZA

—¿VAS A IGNORARME todo el tiempo? Sabes que no puedes hacer eso. Somos almas gemelas.

—Continué en silencio—. Vamos Sarita, sé que quieres hablar conmigo. Tienes muchas preguntas en la cabeza y yo puedo ayudarte a resolverlas.

—No confío en ti —contesté. Se extrañó al escuchar esas palabras.

—¿Desde cuándo? Creía que éramos...

—Nada. ¿Qué vamos a ser tú y yo? Nuestra relación es de locos, parezco una psicópata de esas de las películas que hablan con los muertos. Tal vez la niña del exorcista tenía trastorno de identidad disociativo —dije bastante desestabilizada. Él se rio.

—Me encanta tu sentido del humor. Ojalá hubiera sabido mantenerlo yo.

—¡Oh no! —le interrumpí—. ¿Vas a empezar ahora con tu historia? No tengo ganas de escuchar a un hombre victimizarse continuamente porque la vida fue muy dura con él. ¿Nunca te han dicho que eres muy aburrido e irritante?

La sonrisa desapareció de repente como si le hubiera hecho un corte en la cara.

—No solía hablar con la gente, así que no tuvieron la oportunidad de decirme tales elogios. Pero no todas las historias son bonitas y de película. ¿Crees que la gente es feliz y que todo el mundo se ríe y disfruta de la vida? ¡No sabes una mierda, Sarita! No todos estamos preparados para la vida. Algunos no. Y me quejaré cuanto quiera, pues las palabras son lo único que no me arrebataron.

Le miré con indiferencia.

—¡Pobrecito, el niño al que nadie quería! No haces nada de autocrítica, ¿es que acaso eras la persona perfecta? Te voy a decir algo para que te quede claro, ¡me tenías a mí! Era un bebé y no me dejaste crecer en paz. Mi madre te pidió que la dejaras ir y no te dio la gana. La mataste y después me mataste a mí, aunque de otra forma. No intentes justificar nada con tu pasado, porque eres tan culpable como los que te jodieron la vida.

—¡Yo no maté a tu madre! ¡No lo hice! ¡Fue Fran! Yo no podía... —dijo tartamudeando.

—¿No podías? Todos tenemos otras opciones. Están ahí, a nuestro alcance, pero las ignoramos. Podías haber hablado con el director del instituto, haber ido a la policía cuando eras pequeño, pero no hiciste nada, solo absorber la violencia de tu padre. Marcos, deja ya de mencionar a Fran, tú y él sois la misma persona, por mucho que quieras evitarlo.

Sus ojos se debilitaron. Pero yo estaba fuerte, decidida a acabar con todos ellos, decidida a volver con mi hijo. Y entonces, me devolvió el golpe dándome donde más me podía doler: en el corazón.

## DUDAS

—¿CREES QUE LO que te han contado es verdad? —me preguntó iluminándome con el verdor de sus ojos.

—¿A qué te refieres? —Me di cuenta de que estaba cayendo en la trampa de siempre—. ¡No! No quiero escuchar nada, he dicho que no quiero hablar contigo. Sé lo que pretendes: liarme la cabeza con tus palabras y hacerme creer otra cosa. Es lo que hacía Fran contigo y es lo que tratas de hacer ahora conmigo. ¡Reconócelo, hijo de puta!, las cosas esas tan horribles que hice fueron propiciadas por ti. ¡Tú tienes la culpa de todo!

—Sabes que siempre te estoy protegiendo. Jamás haría daño a nadie en tu nombre, a no ser que sea para defenderte. Y es lo que trato de hacer ahora, defenderte de las personas que te están engañando, ¿crees que la doctora Eli es de confianza? No te das cuenta de que te están manipulando para que les cuentes la verdad. ¡Tienes que matarla! O me temo que... ella acabará contigo.

—¿Qué verdad? —pregunté, incumpliendo mi palabra de no entrar en su juego—. ¿Matarla? ¿Estás loco?

—Míralo de este modo: tu cerebro está lleno de puertas, pero todas están cerradas e, incluso, algunas muy ocultas. Tras ellas hay información valiosa para el caso policial que hay detrás de todo esto. Y tú, poco a poco, vas a abriendo algunas puertas, revelando algunos secretos, pero todavía no les has dicho los más importantes. ¿Cómo sabes que has visto a tu hijo?

Esa pregunta me estremeció. ¿Cómo podía saber si el hombre con el que hablé era mi hijo si apenas recordaba sus primeros años de vida? Pero lo sentí, yo noté la conexión. Es algo que unos padres sienten o, al menos, eso creí. Además, pude reconocer su rostro, quizá un tanto difuso, pero era él... era él.

—¡Para ya! ¿Esa es tu manera de protegerme? Hace cinco minutos estaba ilusionada pensando que saldría de aquí y mi hijo me arroparía en sus brazos y, ahora, en cuestión de un segundo, has destruido mis ilusiones. ¿Qué clase de protección es esa? —le dije decepcionada.

—Te estoy protegiendo de las mentiras. No es bueno crear una falsa realidad. ¿No era la verdad lo que buscabas?

—¿Tú vas a hablar de falsa realidad? No tiene sentido —le recriminé.

—Ya te lo dije una vez: tienes razón, somos imaginarios, todos nosotros, pero estamos dentro de tu cerebro y todos formamos parte de ti, por tanto, somos reales. Ese hombre que vino a verte no era tu hijo. Y lo sabes perfectamente, así que deja de agarrarte a esas excusas —me dijo con seriedad.

Tenía razón, seguramente no era mi hijo, pero... ¿por qué su rostro me parecía familiar? ¿Estaban aprovechándose de mí? ¿Cuál sería ese «secreto» que tanto necesitaban descubrir? Me sentí como en un experimento: olvidada, destruida, muerta.

—¡Voy a suicidarme! —dije, muy decidida a hacerlo.

—No lo hagas, no has llegado hasta aquí para rendirte. Has dicho que la vida tiene otros caminos y que podemos elegir. Usa la verdad para forjar tu propio destino, pero no dejes que las mentiras construyan una falsa puerta, porque entonces te quedarás aquí para siempre —dijo de forma enigmática.

Pero yo solo pensaba en cómo podría suicidarme. Si mi hijo no era real y mis secretos eran tan peligrosos, ¿para qué quería seguir viviendo? Eso no era vida.

—¡Ayúdame a hacerlo! Si de verdad quieres protegerme, dime cómo puedo suicidarme. Marcos, por favor, por una vez, ¡ayúdame de verdad!

—¿No quieres saber la verdad primero? ¿Te vas a ir sin descubrir qué pasó con tu hijo, con la niña, con la bolsa de plástico, con el niño Adrián...? Hay muchas cosas que no recuerdas y, si lo haces, tal vez cambies de parecer. ¿Puedo pedirte un favor? Te juro que, si después de eso sigues queriendo quitarte la vida, te diré cómo hacerlo. Al fin y al cabo, nunca he podido resistirme a tus peticiones.

Asentí, con muchas dudas, miedos e inseguridades.

—Ponte a gritar como una loca. Haz que te lleven de nuevo a aislamiento y habla con el chico de la habitación contigua. Él tiene un mensaje importante para ti. Él te ayudará a saber quién eres realmente —me dijo.

—Pero no es real, sigue formando parte de mi mente.

—¿Otra vez? ¿Acaso no te estoy ayudando a recordar? ¿Acaso no soy yo el que te dice la verdad siempre? Confía en mí, él podrá decirte algo sobre una persona muy importante para ti.

Así que, como una posesa, comencé a golpear la puerta y a gritar con mucha locura hasta que llegaron los médicos y me desvanecí.

## AISLAMIENTO (2)

ME DESPERTÉ CON un fuerte dolor de cabeza. Al tocarla con mi mano derecha pude darme cuenta de que tenía un voluminoso chichón y sangre seca. Me había dado un fuerte golpe. También tenía el brazo amoratado. Me habían pinchado otra vez. ¿Cuánto habría estado dormida? Un par de días, seguramente. Pero rápidamente recordé para qué había ido a ese lugar. Tenía que descubrir la verdad sobre mi hijo.

—¿Marcos? ¿Sigues estando en la habitación de al lado? —pregunté, intentando ver si aquel hombre, con el mismo nombre que mi padre imaginario, seguía allí.

—¿Has tardado mucho tiempo! Pensé... que ya no ibas a venir —contestó rápidamente.

—Pero he venido, a pesar de que me engañaste. Me dijiste que estabas en la habitación 224 y no fue así.

—Bueno, no todos mis pensamientos son claros, también estoy loco, sino no estaría aquí. ¿Y si es al revés y eres tú quien forma parte de mi mente? ¿Te has planteado que puedas no ser la persona que crees que eres?

Me sentí en lo más profundo de la oscuridad. ¿Qué era real? ¿Podría tener razón? ¿Era, tal vez, otra persona? Aunque estaba claro que ese era un pensamiento absurdo.

—Sé que no es así. Eres otra de mis particiones, tal vez la más importante, o la que más me llama la atención ahora mismo. Necesito saber dónde está mi hijo y sé que tú puedes ayudarme.

—¿Ahora quieres mi ayuda? Te lo dije la primera vez que nos vimos, pero no me hiciste caso, ¿no lo recuerdas?

—No me dijiste nada, solo que eras alguien especial para mí —le contesté.

—¿Cuántas personas son especiales para ti? —volvió a preguntarme.

Entonces un pensamiento agonizante se adueñó de mí. Tanto, que no podía respirar. Tanto, que me estaba ahogando. Tanto, que...

### RECORDANDO (3)

FUE UN PROCESO difícil, el de ir adaptándome al chico que estaba conociendo, pero, sorprendentemente, no reaccionó como la mayoría. Cuando le conté quién era realmente y las cosas por las que había pasado, lejos de querer marcharse, se apegó más a mí y quiso protegerme.

—Siempre he sabido quién eras. Tu cara estuvo en todos los telediarios, en todas las cadenas de Facebook y de WhatsApp, pero quería conocerte desde mi propia perspectiva —me dijo mientras sujetaba mis manos. Yo tenía ganas de llorar, estaba emocionada.

—No todo el mundo ha querido conocerme. Tengo ilusión por disfrutar del tiempo perdido, pero a veces es muy difícil. A veces me siento muy incomprendida. La gente se cree que es fácil volver a la normalidad, pero todo esto es nuevo para mí —le dije tratando de ser sincera.

—Creo que nadie puede hacerse una idea del dolor que arrastras. Es algo tuyo. Ese dolor ha marcado la persona que eres hoy y, seguramente, marcará la persona que serás mañana, pero aprenderás a canalizarlo, a controlarlo —me dijo. Era comprensivo, era diferente al resto de personas que me habían acompañado.

—Gracias Rodrigo. Una parte de mí pensaba que esta sería la última vez que te vería. Estaba casi convencida de ello. Estar conmigo es aceptar muchas condiciones, pero tú parece romper todos los esquemas. Mi tía dice que es el karma. Después de las cosas que viví, ahora solo pueden venir buenos momentos. Ojalá no se equivoque —le dije.

—¿Qué clase de persona dejaría escapar a alguien que le gusta simplemente por las cosas malas que le han ocurrido? Si necesitas gritar por la noche, te abrazaré; si necesitas que vayamos lentos, aprenderé de las tortugas, y si tienes que tratar tu enfermedad, te recordaré cada día la hora a la que tienes que tomar la medicación. Quiero que sepas que no tengo miedo de que tengas VIH, sé perfectamente cómo funciona y sé que en tratamiento no tiene por qué haber riesgos. —Era inteligente, documentado, romántico y luchador. Desde luego, me había conquistado.

Ese día, en el restaurante, aprendí una lección de vida: no todo el mundo sale corriendo. Muchas veces tenemos esa perspectiva y ese miedo, pero la única manera de rodearnos de personas de verdad, de las que nos apoyarán y nos hablarán siempre con el corazón, es diciendo la verdad. El resto saldrá corriendo desesperadamente, como si una bomba fuera a estallar, pero los que merecen la pena perdurarán, y esas personas son a las que tenéis que cuidar y entregar vuestro tiempo, el resto solo son parásitos. Y hay muchos parásitos en la vida de la gente.

Rodrigo había sido capaz, con sus palabras, de transmitirme algo de esperanza, pero quedaba lo más difícil: cumplir con ello. Transformar las palabras en hechos es una de las tareas más complicadas en esta vida. ¿Cuántas veces hemos sido decepcionados por palabras que prometieron la Luna y no fueron capaces de traer ni una mísera sonrisa?

La tía Erika se alegró por mí al ver que la relación entre nosotros prosperaba, pero algo empezó a ir mal con ella. Me había dado cuenta de que, últimamente, descansaba mal, llegaba muy irritada del trabajo y discutía mucho por teléfono con su exmarido. Veía que en sus ojos me culpaba por haber perdido su vida, como si siguiera enamorada de él. Estaba arrepentida de haber perdido la custodia de su hijo.

Cuando me acogió en su casa, su marido no consideró apta mi presencia para el desarrollo del menor y se marchó. Tras un conflicto desagradable consiguió la custodia porque, efectivamente,

mis gritos nocturnos no eran aptos para el crecimiento de un niño. Erika se quedó responsable de mí, porque yo no tenía a dónde ir, porque ella abandonó a su hermano a su suerte y permitió que me hiciera las cosas que me hizo. No me eligió por amor, me eligió por pena. Su marido debió haber sido más comprensivo, pero todo eso le vino grande. La segunda mujer de los ojos verdes había ocultado muchos secretos y había llevado una doble vida. Quiero pensar que nunca fui la causa realmente, sino que ese matrimonio ya estaba roto. Al fin y al cabo, las personas como mi tía son esas a las que critiqué hace un momento, las que te prometen la Luna, pero no saben cómo conseguirla.

Entonces lo imprevisible ocurrió.

—Tengo que hablar contigo —me dijo esa noche. Había preparado hamburguesas y patatas con queso cheddar y beicon. Sabía que algo no iba bien, pero también sabía que iba a descubrir lo que era en breve.

—Llevas un tiempo en casa y te estás adaptando bien a la vida. Es una gran noticia el avance que has hecho durante este tiempo, por eso, creo que sería bueno que empezaras a aprender a cuidar de ti misma —me dijo con tono alegre. Como si fuera una buena noticia.

Los especialistas dijeron que, posiblemente, jamás podría ser una persona independiente, que tendría que continuar con la medicación y estar bajo supervisión de forma diaria, pues había grandes riesgos de que pudiera sufrir, de forma repentina, un brote y acabar como mi padre. Pero la tía Erika no escuchó esa parte de la conversación.

—No quiero decir que te vayas de casa. Esta casa ahora es tu hogar, pero he tomado la decisión de marcharme por un tiempo. Necesito unas vacaciones y reflexionar sobre mi futuro y sobre quién soy realmente. Sé que es algo desconcertante para ti, pero me siento perdida y también comienzo a estar mal de aquí. —Señaló su cabeza—. Te escribiré y volveré con más fuerza, ¿serás capaz de sobrevivir tú sola?

¿Qué podía decirle? Me sentía como una carga pesada. No quería que se fuera, porque me daba pánico cerrar la puerta de casa y tener que ser yo la persona adulta y responsable cuando me sentía, todavía, muy perdida, muy en el pasado, muy niña...

—Gracias por todo lo que has hecho por mí. Conseguiré convertirme en una persona normal y corriente. Sé que estoy en el camino correcto, el psicólogo me lo ha dicho muchas veces. —La tía Erika me regaló una falsa sonrisa y me dio un abrazo fuerte. Tuve ganas de llorar, pero me contuve.

Me marché a la habitación y comencé a jugar, durante un rato, con mi hijo. Se reía de forma aleatoria. Tenía los ojos verdes, pero brillaban como nunca lo habían hecho los míos. Mi hijo era feliz, aunque yo no sabía muy bien qué significaba esa palabra tan fácil de pronunciar y tan difícil de sentir.

—Pégale, no te dejes engañar por su aspecto —dijo una voz. Me giré asustada, pero no vi a nadie. Aunque no fue una voz cualquiera, era su voz. La voz de la muerte. Sentí impotencia, pánico y horror.

Al día siguiente la tía Erika ya había empaquetado todo, y un par de días más tarde se marchó. Dijo que se iba a la costa valenciana a disfrutar de un cambio de aires, pero yo sentí que me estaba abandonando y que, con su abandono, otras personas estaban decididas a entrar en la casa. La despedí sin dejar caer una lágrima, pero cuando arrancó el coche, me desplomé. Hui a mi habitación y, después de meses sin pesadillas, comencé a tener pensamientos y recuerdos horribles. Cada vez que cerraba los ojos se reproducían aquellos dramáticos e insólitos momentos. No quería, pero tampoco podía evitarlo. ¿Por qué había tenido que irse?



—Sarita, ¿quieres jugar? —volvió a decir, de forma jocosa, la voz de ese señor. Levanté la vista y ahí estaba, con una sonrisa. Con esa que daba más miedo que la de un payaso.

## MI HIJO

—¿CÓMO TE ENCUENTRAS? —preguntó la voz del hombre de la habitación contigua. —Volví en mí rápidamente. Poco a poco todas las piezas encajaban e iba descubriendo la insólita verdad.

—Eres mi hijo, ¿verdad? —le dije de forma directa, convencida de ello.

—¿Ya me recuerdas, mamá? —dijo con ironía.

—¿Por qué has dicho que te llamabas Marcos?

—Así fue como empezaste a llamarme tú. Un día era Marcos, otro día era Pedro. Yo solo era un niño perdido, y tú una loca desquiciada. —Sus palabras eran hirientes.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué te han encerrado?

—Pues por lo mismo que a ti. ¿No te das cuenta de que es un ciclo interminable? El padre de Fran fue un hijo de puta con él y se volvió un loco, luego él hizo lo mismo contigo y tú repetiste el proceso conmigo. Y aquí estamos, celda con celda, ¿pero sabes qué? Si algún día los enfermeros me dejan entrar a tu habitación te ahogaré con mis propias manos, porque a diferencia de ti, yo sé con quién tengo que pagar mi ira.

Me estremeció, ahora sí sonaba real, ahora sí sentía que estaba hablando con mi hijo.

—¿Nunca vas a poder perdonarme por lo que hice?

—¿Qué hiciste? ¿Lo recuerdas ya? —me preguntó.

Pero lo cierto es que solo recordaba la muerte de la señora Carmen y la paliza que le di ese día.

—No me acuerdo de casi nada, pero sé que te hice daño... —suspiré con el corazón roto.

—¿Daño? ¡Me arruinaste la vida! ¿Crees que la excusa del olvido te valdrá conmigo? Era un niño que quería ser como los demás, quería tener una vida normal, pero me la jodiste.

—¿Qué te hice? —Y entonces, alguien apareció a mi lado. Él siempre me protegería, por mucho que le dijera que no.

—Sarita, es suficiente. Solo quería que supieras la verdad, que ese impostor que vino a verte no era tu hijo y que la doctora Eli está tratando de engañarte. No es de fiar —me dijo Marcos.

—¿No te acuerdas de lo que pasó ese día, madre? Acababa de cumplir doce años y estabas fuera de ti, con la soga en tu mano, con el odio en tus ojos y con la niña mirando.

¿La niña? ¿La soga? ¿Qué clase de monstruo era?

—Marcos, tenías razón, la verdad me está destrozando, quiero acabar con esto, no quiero saber nada más. Me dijiste que si bajaba a hablar con el paciente de la habitación 224 me ayudarías a hacerlo. Me ayudarías a quitarme la vida. ¡Ya lo he hecho! Ya he descubierto que todo el mundo me miente y que soy la peor persona que ha existido. Ahora quiero morir.

Colocó su mano sobre la mía, abriéndola y posando sobre ella una cuchilla.

—¡Hazlo bien! Que nadie te la vea. Siento que todo termine así, créeme que jamás fue mi intención... Solo quería que fueras feliz.

—¿No vas a decir nada, madre? ¿Te has acordado ya? Algún día saldré de aquí y te ahogaré con mis manos. ¿Me oyes? ¡Te ahogaré con mis malditas manos!

Y entonces, una conocida voz apareció. Una voz sombría, oscura y cargada de ira. Se acercó a mi oído y me dijo algo terrible. Después de oírlo, guardé bien la cuchilla y tomé la decisión de no suicidarme. Al menos no sin antes hacer otra cosa.

## ÁNGEL O DEMONIO

¿QUIÉN ERA YO ahora: la víctima de un loco o una psicópata sin escrúpulos? No lo tenía claro, aunque me sentía más en la segunda categoría. Por eso ya no me importaba nada. Me había estado engañando y había jugado conmigo. Era un monstruo y los monstruos son violentos, así que iba a empezar a deshacerme de esa máscara de niña buena y a actuar acorde a la persona que era. Fran me había indicado los pasos a seguir, la psiquiatra Eli iba a darse cuenta de lo peligroso que era enfadar a un loco y tratarlo como si fuera un cero a la izquierda.

—¡No lo hagas! —me dijo la señora Carmen.

—No se meta, siga jugando al bingo, que es lo único que se le da bien —contesté de forma tajante.

—No manches tus manos de sangre, no merece la pena. Alguien quiere manipularte, pero tú no eres esa persona. Yo te conozco, niña.

—¿Quién soy entonces? Deme un motivo, señora Carmen, para que me retracte. Herí a mi hijo y la maté a usted. Y estoy segura de que he hecho otras cosas terribles. ¿Por qué pienso en esa bolsa de plástico? ¿Quién es esa niña? ¿He matado a una niña? Si soy capaz de hacer esas cosas es porque soy un monstruo, no trate de cambiar mi naturaleza. ¡Los monstruos no merecen segundas oportunidades!

—No eres un monstruo, solo estás perdida y confusa, ¿por qué no sigues recordando? Vas bien, poco a poco, desde el principio. Deja de dar saltos, deja de escuchar a las personas que tratan de confundirte. Sigue recordando desde donde lo dejaste, en orden, pues solo el orden podrá traer paz a tu mente, y estoy segura de que, tarde o temprano, sabrás la verdad y descubrirás que no es un monstruo lo que se esconde en tu interior. Es luz, es una buena persona.

—Señora Carmen, intentó protegerme y la maté. Y ahora sigue haciendo lo mismo porque es una partición de mi mente programada para ello. Como Marcos. Ambos me protegéis de mis propios demonios, pero da igual. Da igual que Fran diera la orden de mataros, porque la que lo hice fui yo. ¿No lo entiende? Estoy loca, soy una puta loca, jamás saldré de aquí porque veo personas que no son reales y nunca se marcharán de mi cabeza. Soy la mujer de los ojos verdes, la presa del loco que me arruinó la vida y no sobreviviré. De hecho, muy pronto acabaré con toda esta locura, con usted, con Marcos, con Fran, con Adrián y con la quinta persona que, según dicen, soy yo misma. Supongo que mi versión malvada, como Fran y Marcos.

Estaba histérica, perdida, más alejada de la cordura que nunca. Estaba al borde de condenar toda mi vida y, de haber sido así, no habría podido estar hoy con todos vosotros.

—No puedo deteneros, jamás nadie ha podido. Sois libres de actuar como consideréis, pero si confiáis un poco en mí, os digo que vuestros pensamientos no son correctos. No debéis comportaros como un monstruo cuando siempre habéis sido lo contrario. No podéis verlo porque estáis rodeados de oscuridad, pero poco a poco, niña, se disipará, solo necesitáis tener paciencia... Vuestro cerebro está estableciendo un orden, reajustándose a la realidad, ordenando los hechos y desvelando las verdaderas identidades que hay tras ellos.

—Confíeseme algo que me haga sentir que merece la pena seguir luchando. Una sola cosa que demuestre que no soy un monstruo.

—Tú no acabaste con mi vida, todo lo contrario, intentaste salvarla, y eso te lo prometo por lo

más sagrado del mundo, que es mi hijo —me dijo con seguridad, manteniendo sus ojos totalmente clavados en los míos. ¡Estaba diciendo la verdad!

—Solo una cosa más, ¿he matado a alguien?

Se tomó unos segundos para contestarme.

—Sí, pero no tuviste más remedio. No te quedes con eso, aguarda y desvela la niebla que oculta la verdad. No hagas tonterías y confía en mí. No intento protegerte, solo decirte la verdad.

Pero la verdad era terrible. En cualquier caso, era una asesina. Era un monstruo, y los monstruos cometen actos violentos, así que guardé la cuchilla entre mis pechos y esperé a que los médicos me llevaran con la doctora Eli. Me había engañado y se había aprovechado de mi vulnerabilidad, así que yo me aprovecharía de la suya.

## PERDIENDO EL CONTROL

—¿ERES SARA? —volvió a preguntarme.

Claro que lo era, y llevaba una cuchilla entre mis pechos. Pronto dejaría de mirarme con esos ojos de lástima. Era un monstruo y los monstruos no dan pena a nadie.

—¿Quién iba a ser si no? Fran, Marcos y el resto han ido a dar una vuelta —dije con ironía—. Me habían invitado a salir, pero estoy encerrada en este lugar. En ese momento, doctora Eli, traté de pensar por qué seguía retenida. Usted me dijo que no había hecho nada malo, entonces, ¿por qué sigo aquí como si fuera alguien peligroso?

—Veo que empiezas a hacerte preguntas. Noto en tu tono que estás enfadada, pero eso es bueno, quiere decir que estás cuestionándote la información que te damos. Es importante dudar de las personas a las que no conoces, también de las que se apegan a ti con tanta fuerza. ¿Has conseguido recordar algo más, valiente? —Sabía qué palabras decir para huir del conflicto, pero no se lo iba a poner fácil.

—Lo que trato de decir es que sé que me ha engañado. Soy una asesina y el chico que vino a verme el otro día no era mi hijo. Quiere saber algo de mi pasado y por eso está tratando de manipularme, pero no le importo nada como persona, le da igual que esté sufriendo, solo quiere llevarse una medallita por su trabajo. ¿También fue así con su hija? ¿Quería la medalla o le importaba su salud? —El tono era arisco y cada vez más alto.

—Sara, ¡te entiendo! De verdad, sé que es muy difícil venir aquí, escuchar unas cosas y al salir, a través de tus otras personalidades, oír otras. Es confuso. Yo misma lo viví con frustración cuando mi hija decía ser su padre. Pero, ¿por qué confías en ellos? Sabes que ellos son el motivo de tu estancia aquí. Estás ingresada en un hospital psiquiátrico porque tienes un grave problema de salud mental, no porque hayas hecho cosas graves. No todos los pacientes son asesinos, por mucho estigma que haya sobre eso. Simplemente, aquí podemos asegurarnos de que tu tratamiento sea más correcto. ¿Por qué dudas de mí? ¿Ellos te han dicho que soy mala para ti?

—Doctora, usted sabe hablar muy bien, supongo que le enseñaron a hacerlo, pero no soy estúpida. ¡Quiere saber algo! Por eso me hace tantas preguntas. No quiere ayudarme, quiere resolver el caso que hay detrás de mí. —Y le sonreí—. Y nadie me ha hablado mal de usted. A veces, hasta los locos podemos darnos cuenta de las cosas.

—Por supuesto que quiero resolver el caso, porque cuando lo consiga te habré ayudado y, entonces, entenderás que nunca hice nada de esto para hacerte daño, sino todo lo contrario. Pero déjame preguntarte algo, ¿por qué piensas que ese hombre no era tu hijo?

Al final conseguía llevarme a su terreno, era mucho más hábil que yo.

—Porque mi hijo está encerrado en aislamiento. ¿Creían que podrían ocultarlo?

—¿Era tu hijo con el que estuviste hablando la otra noche? Debes saber una cosa, en las celdas contiguas a la tuya no hay nadie. Tu hijo no estaba ahí, estaba aquí —señaló mi cabeza—. Has creado otra personalidad.

—Sí, él estaba ahí, su voz era real, sus emociones. La habitación 224, no intente seguir engañándome.

—Sara, valiente, ¿de verdad estás diciendo esto? La habitación 224 es tu habitación, no es ninguna celda de aislamiento. Tenemos que seguir trabajando muy duro para ordenar tus ideas,

creo que la verdad quiere salir, pero estás tan confundida que no sale de forma correcta —me dijo.

¿Por qué mi hijo mencionó la habitación 224? ¿Sería una incógnita? Volvía a sentirme muy perdida.

—El hombre que vino a verme no era mi hijo. Lo sé. ¿Por qué trata de engañarme todo el tiempo?

—Está bien, lo reconozco, ¡no era tu hijo! Trajimos a ese hombre porque queríamos ver qué reacción tenías al ver su cara, pero no tuviste la que esperábamos. ¿No pudiste reconocerlo?

Hice un gran esfuerzo por recordar. Y en ese momento, supe con toda claridad de quién se trataba.

## SECRETO REVELADO

—¿RECUERDAS ENTONCES QUIÉN era el hombre que te visitó? —Afirmé con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas.

—Era mi pareja, Rodrigo —dije.

La doctora suspiró y sonrió.

—Muy bien, Sara, ¡has recordado algo! Eso es fantástico. Tal vez no seas consciente de lo importante que es, pero has dado un paso muy grande, un paso hacia el mundo real. Queríamos comprobar si eras capaz de reconocerlo, de ver en él algo que te recordara tu vida antes de estar aquí.

—Pero él no vino por voluntad propia, ¿verdad? Se lo pidieron ustedes, lo cual quiere decir que no seguimos juntos, ¿cierto? —Estaba loca, pero había cosas que todavía podía deducir.

—Sara, lo estás haciendo muy bien, pero tenemos que ir en orden. Esto te va a sonar a cuento, pero, aunque estés aquí, hay algo que mantienes intacto y es que, a pesar de tu enfermedad, eres una persona bastante coherente. Si te digo la verdad antes de que tu cerebro la procese, tiraremos por tierra todo el camino avanzado. Sabrás todo, ya te lo he dicho en alguna ocasión, pero tenemos que trabajar poco a poco, desbloqueando los agujeros negros que hay en tu cabeza. Un día me lo agradecerás.

¿Creía que podía quedarme tranquila con eso? Estaba de los nervios, ¿dónde estaba mi hijo? ¿Qué había pasado con Rodrigo? ¿Quién era la niña? ¿Por qué la habitación 224? ¿Alguien podía pensar en mí por un momento? No quería seguir perdiendo el juicio, pero no me lo ponían nada fácil. Las lágrimas caían sin control, una vez más lo había perdido.

La psiquiatra se levantó de la silla y se acercó a mí. Apartó las lágrimas de mis ojos y me sonrió.

—¡Lo estás haciendo muy bien! ¡De verdad! He tratado con muchos pacientes como tú y estoy viendo grandes resultados. Pronto toda la información se ordenará, te sentirás libre y saldrás de aquí. Te prometo que tienes una vida esperándote fuera.

Y una parte de mí quiso creerla, pero otra seguía furiosa, recordándome continuamente que tenía la cuchilla en mi pecho. Un movimiento rápido y podría rajarle el cuello. ¡Así que lo hice! Rápidamente llevé mi mano derecha a mis pechos y cogí la cuchilla con intención de matarla, pero justo en ese momento, la mano de la señora Carmen me detuvo.

—No lo hagas, ¡no eres un monstruo!

—Sí lo soy —grité.

La psiquiatra se apartó y observó cómo interactuaba con mis personalidades.

—¡No lo eres! Así que suelta esa cuchilla y sigue escuchando a la doctora. No arruines todo el proceso por un impulso.

¿Tendría razón? ¿Estaba arruinando todo el proceso por un impulso? En ese momento sentí que la señora Carmen era como un ángel, la única de mis personalidades capaz de ayudarme a avanzar, y pensé que quizá la había creado precisamente por eso... Porque necesitaba a alguien que me protegiera del resto. Así que la escuché y dejé caer la cuchilla, bajo la decepcionada mirada de la doctora Eli. Supe que, si la doctora redactaba un informe negativo o agresivo sobre mí, las cosas irían a peor, pero ella no lo hizo. Me demostró que no tenía malas intenciones. Le

pedí perdón y supo entenderme. Estaba claro que no era la primera vez que pasaba por una situación así.

—Superaremos esto. Estoy aquí para ayudarte y no me marcharé hasta conseguirlo. Hoy ha sido una sesión muy intensa y es mejor que descansemos, pero tu cerebro ha comenzado la carrera y no va a parar hasta llegar a la meta, valiente. Y allí, justo al final, estaré esperándote —me dijo y se despidió.

¿Cómo había podido pensar en matarla? ¿Habían sido esos pensamientos los que me llevaron otras veces a cometer actos violentos? Un día más me daba miedo descubrir la clase de persona que era.



## RECORDANDO (4)

HABÍA APRENDIDO MUCHAS cosas durante la ausencia de la tía Erika: mantener una casa, comprar, atender a mi hijo. Digamos que adquirí las rutinas que ella hacía de forma constante. Había dejado mucho dinero para que pudiera mantenerme y me escribía por WhatsApp casi todos los días. Pero, aun así, era insuficiente. Si aceptó hacerse cargo de mí tendría que haber seguido a mi lado. Yo no estaba preparada para estar sola, para enfrentarme a la vida sin nadie que me protegiera, y la tía Erika había sido, durante los primeros años, mi gran escudera.

Los primeros meses los viví con bastante normalidad, pero poco a poco comencé a perderme, comencé a escuchar la voz del hombre que me había aterrorizado toda mi vida.

—Mi hermana es muy dada a irse cuando las cosas se ponen feas. ¡Es una puta sin escrúpulos! —me dijo con tono burlesco y agresivo.

—¡Cállate, por favor, cállate! ¡No quiero oírte nunca más! ¡Tú estabas muerto! —grité sin paciencia, cansada de escucharle hablar.

—Me debes la vida, soy tu creador, ¿creías que te ibas a librar de mí? Nadie puede librarse de mí. —Me di la vuelta contra la almohada, apretándola fuerte contra mis oídos y deseando que se callara.

—Sarita, me necesitas, el mundo es como una telaraña, está lleno de trampas para las personas como tú. No puedes sobrevivir sola, y ya no te queda nada... ¿Crees que ese chico, Rodrigo, aguantará a tu lado? Cuando vea la verdad, el infierno que es tu vida, tus gritos nocturnos y la depresión que te envuelve se irá corriendo. Nadie quiere vivir una vida tan oscura, tan negativa. Pregúntale a Marcos, él podrá contarte cómo es la gente, el daño que le hicieron. No podrás sobrevivir jamás por tu propia cuenta. ¡Me necesitas! ¡Me necesitas!

Su voz se reproducía constantemente, cada día más y más. Era imposible ignorarla, porque no decaía, al contrario, cogía más fuerza y se iba haciendo más real. Ese día no tomé la medicación. Fue la primera vez y sabía que no estaba bien hacerlo, pero empezaba a sentirme abandonada, desquiciada, perdida...

Rodrigo me llamó por teléfono, llevaba esquivándolo más de una semana.

—¿Cómo estás? ¿Te pasa algo conmigo? No contestas mis mensajes... ¡Estoy muy preocupado! ¿Qué podía decirle?

—Es una semana complicada. Ser madre no es fácil —contesté de forma tajante intentando excusarme.

—Te echas encima demasiadas responsabilidades, ya sabes que puedes compartirlas conmigo, no tengo ningún problema en ayudarte. Además, ahora que estás sola, podría pasar algunos días allí contigo y abrazarte por la noche para protegerte de esas pesadillas que todavía tienes, princesa.

Era tentador, romántico, protector y detallista. Era un buen hombre, pero las voces me habían advertido sobre él, sobre lo que pasaría cuando viera de cerca mi realidad. No quería que se alejara, porque realmente me había enamorado de él. Era el primer hombre que me trataba bien de verdad. Que me miraba con ilusión, que veía en mí algo más que a la pobre hija de un psicópata. Pero mi autoestima seguía muy dañada, dependiente del hombre que me arruinó la vida y al que, ahora, no podía dejar de escuchar. Aunque a pesar de todo, por alguna razón, yo era una persona

sincera.

—¡No quiero que vengas porque no estás preparado para eso! Suena bonito todo lo que dices, pero ¿cuánto aguantarás a mi lado cuando no te deje dormir por la noche? ¿Cuando mi hijo lllore sin medida? ¿Cuando tenga una crisis? No es fácil estar con una persona como yo, y no quiero perderte tan pronto —reconocí asustada, dolida, rota.

—¿Por qué tomas decisiones por mí? ¡No todos somos como tu tía! No puedes juzgarme sin antes darme una oportunidad, eso no es justo, Sara. Creo que si le diera tanta importancia a eso nunca me habría molestado en conocerte. Siempre supe quién eras y jamás te presioné para que me lo contaras. He estado a tu lado todos estos meses, ayudándote sin pedir nada a cambio, solo porque veo inocencia y verdad en tus ojos y porque estoy enamorado de ti. Creo, honestamente, que merezco, al menos, el beneficio de la duda.

Tenía razón, solo que las voces, esas malditas voces que quería dejar de oír, me confundían. Supe que debía ir al médico, hacerme una revisión, pero tuve miedo de que dijeran que me había vuelto loca, tuve miedo de que me alejaran de mi hijo y de Rodrigo, tuve miedo de volver a estar encerrada, así que no actué como debería haberlo hecho y continué ignorando las voces.

—¡Tienes razón! Te has portado conmigo mejor que nadie. Así que, si quieres venirte a casa los fines de semana y ayudarme, te lo agradeceré —dije confiada, aceptando finalmente sus peticiones, pero invadida por el miedo.

—¡Gracias, princesa! Este paso es muy importante para mí. No te decepcionaré, ¡te lo prometo!

Y yo creí en su promesa, creí en ella porque le salió del corazón. Pero, a veces, el corazón dice cosas que no puede cumplir.

La tía Erika vino una semana para comprobar que todo estaba bien. Se encontró con mi sonrisa y con mi hijo mucho más alto de lo que esperaba. Había aprendido a hablar muy bien para sus tres años y tenía un aspecto muy saludable. Se alegró por él y se pasó la semana haciendo de tía perfecta, pero solo vino para avisarme de que había encontrado trabajo allí y, además, había conocido a alguien; un hombre con el que empezar de nuevo y olvidar el mal trago del pasado. Me alegré por ella, pero sabía que, tras todo eso, lo que quería decir era que no iba a volver, al menos no de forma habitual, y que sus vacaciones iban a ser definitivas.

—¡Que se vaya a la mierda! Solo piensa en ella misma —dijo la voz de Fran. Seguía ignorándolo, haciendo como que sus pensamientos no se reproducían en los míos, pero, a veces, era muy difícil. A veces gritaba tan fuerte que tenía que obedecerle.

Como aquel día en el que por primera vez hice algo tan desleal. Cogí a mi hijo y lo bajé al sótano de la casa. Era martes, así que no había nadie más. Lo senté sobre la silla de madera mientras berreaba y comencé a gritarle y a llamarle Marcos. No sé por qué lo hacía, pero solo repetía lo que la voz quería. No le pegué, solo le gritaba cerca del oído mientras sollozaba. Lo dejé allí toda la noche y por la mañana, cuando me desperté, no recordaba dónde lo había dejado. Me volví loca buscándolo, hasta que lo encontré en el sótano, atado a la silla, con la cabeza caída. Pensé que se había muerto, pero no, solo se había quedado dormido. Lo desaté, le pregunté qué había pasado y, con los ojos asustados, me señaló. Entonces, la voz me recordó lo que había ocurrido. Y me asusté, me asusté mucho, porque me acordé de cuando era yo la niña a la que su padre maltrataba. ¿Estaba volviéndome loca? ¡Claro que sí! Mis actuaciones no eran normales. La idea de ir a una revisión volvió a surgir, pero... no quería que me alejaran de mi familia, no quería vivir de nuevo encerrada, así que, a pesar de saber que era lo correcto, dispé esos pensamientos bajo la mirada de alguien que no lograba alcanzar a reconocer.

Aun así, Rodrigo empezó a darse cuenta de que algo no estaba funcionando bien en mi cabeza, porque la voz era imparable y se reproducía en cualquier momento.

—Cállate ya y déjame en paz —supliqué llorando en el salón.

—¿Con quién hablas, Sara? —preguntó Rodrigo.

—Con nadie —dije asustada al descubrir que estaba detrás de mí.

—¿Con nadie? ¡Dile quién soy! Dile que estás hablando con tu verdadero padre. ¡Ten cojones de decir la verdad!

—Te he oído hablar con alguien, estás temblando, ¿qué te ocurre? —me dijo mientras se acercaba a mí con intención de calmarme.

—Solo he tenido un recuerdo, una crisis, ya te dije que a veces me seguían ocurriendo —mentí para salir del paso.

—¿Crees que con mentiras lo mantendrás en tu vida, idiota? ¡Tienes que decirle la verdad! Estás hablando con tu padre, díselo. Dile también que voy a sacarle esos ojos de gilipollas y me los voy a comer mientras se desangra —gritó la voz.

Presioné las manos sobre mi sien y me desvanecí. Fue entonces cuando el mal se adueñó de mí y, justo ahí, la oscuridad se abalanzó sobre la única persona que me había mirado por quien era y no por quien fui.

## ANSIEDAD

ABRÍ LOS OJOS asustada, temblando y llorando de forma desconsolada. Rodrigo había sido un hombre importante para mí. ¿Qué le había hecho? Actué como mi padre. No había sido mi personalidad, pero sí había sido yo quien lo había atacado; como Fran y Marcos, la historia se repetía. Lo único que me consolaba era saber que estaba vivo, pues había venido a visitarme haciéndose pasar por mi hijo. Aunque sabía que tenía que haber hecho algo terrible, algo que no me perdonaría jamás. Ni yo misma podía perdonarme las cosas que iba descubriendo.

La señora Carmen y la doctora Eli tenían razón, poco a poco la verdad iba siendo revelada y todo tenía más sentido, pero, entonces, justo en ese momento, un pensamiento atroz invadió mi ser: había muchas cosas que no conocía, sin embargo todas seguían un mismo patrón y, al igual que si a un número le sumas uno siempre será ese mismo número más una unidad, mis recuerdos se desvelaban siguiendo una fórmula similar. Me había costado darme cuenta de ello, pero todas mis particiones tenían algo en común: estaban muertas. La señora Carmen, el pequeño Adrián, Fran, Marcos... Eso quería decir que, si había visto a mi hijo en la habitación de aislamiento y mi hijo formaba parte de mi imaginación, eso debía de significar que estaba muerto. Las lágrimas comenzaron a caer de forma imparable, la ansiedad se extendió dentro de mí, y las ganas de morirme, esta vez más fuertes que nunca, se hicieron dueñas de todo mi cuerpo. Había sido capaz de gritarle, golpearle y dejarle durante horas desnudo y atado a una silla. Lo había asesinado yo. No había desbloqueado todavía ese recuerdo, pero no tenía ninguna duda de ello. ¿Cómo podía siquiera mirarme a los ojos? ¿Cuánta maldad tiene que haber en una madre para asesinar a su propio hijo? Estaba completamente destrozada. Aunque, en ese momento, sentí que me merecía todas las cosas horribles que me estaban ocurriendo.

—Te entiendo —me dijo.

—¿Cómo me vas a entender? —pregunté decepcionada.

—Yo también tuve que descubrir las cosas que había hecho sin ser consciente. Fue doloroso matar al amor de mi vida. Fue doloroso haber abusado de ti —me dijo Marcos.

—¿Sabes cuál es la diferencia? Que tú eres un puto ser imaginario y yo soy una persona de verdad. ¿No te das cuenta de la diferencia? Yo estoy mucho más jodida que tú, ¡yo estoy acabada! ¡Estoy acabada, joder! —grité muy fuerte.

—Quizá mi vida y mi rostro no sean reales, pero sí las cosas que yo he sentido. Las viví en el corazón de Fran, al fin y al cabo, éramos la misma persona. Ahí dentro, en su corazón, ambos éramos reales, igual que lo somos ahora en el tuyo. Tienes muchas caras Sarita, algunas son admirables, pero otras son aterradoras y, al igual que me ocurrió a mí, lo aterrador jamás dejará que vuelvas a tener una sonrisa. Hemos perdido la oportunidad de ser felices. Te advertí acerca de la verdad, pero no me escuchaste, quisiste seguir descubriéndola —me dijo.

—¡Y no me arrepiento de saberla! Tengo el corazón roto, sí, pero al menos empiezo a entender por qué estoy aquí y por qué nadie viene a verme. La verdad es una mierda, pero es incuestionable; nadie puede ir contra ella.

—En eso tienes razón. La verdad nadie puede negarla.

Enfadada, lo cogí por el cuello y lo estampé contra la pared. Como su padre hizo con su madre, como él hizo con mi madre.

—¡Dime si maté a mi hijo! —exigí. Me miró sin sentir dolor.

—¿Quieres saber la verdad más verdadera de todas? ¿La única verdad que hay detrás de todo?

—¡No lo digas! —dijo la señora Carmen. —Tiene que ir poco a poco. Marcos, si de verdad quieres protegerla déjala que lo descubra por méritos propios. Todavía tiene que darse cuenta de quién es... y tú solo tratas de engañarla porque no quieres aceptar la verdad. Nunca más volverás a ver a la persona que buscas, Marcos, ¡acéptalo!

—¿Qué verdad? ¿De qué estáis hablando? Decidme qué ha ocurrido, ¿qué verdad es esa? —Solté a Marcos y los miré de forma intermitente.

—Pero ella quiere saberlo todo, quiere conocer toda la verdad, ¿para qué seguir ocultándosela? Si no va a sobrevivir, lleva días queriéndose quitar la vida, sé cómo se siente y está muy cerca de hacerlo. Si va a morir, es mejor que sepa lo que tanto ansía saber.

—Niña, por favor, aguanta un poco más. Cuando tus pensamientos se ordenen te darás cuenta de que no fuiste tan mala, solo cometiste algunos errores, pero no eres la clase de persona que estás pensando —me dijo. Ella siempre trataba de ser comprensiva, pero estaba claro que solo quería protegerme de mí misma.

—Tienes que saberlo, tú estás tan muerta como todos nosotros. Estás muerta Sarita, así que por mucho que intentes matarte, jamás podrás conseguirlo. ¿Querías la verdad? Ahí la tienes, estás muerta, jamás llegaste a ser libre.

¿Estaba muerta? ¿Había pertenecido siempre a Fran? ¿Toda mi vida era una mentira? Ahora sí que sí, había terminado de perderme.

—¡Eres un idiota! Estaba recordando, estaba intentándolo, ahora lo has estropeado todo. —Y ante el horror, comencé a chillar de forma histérica, como cuando tenía los terrores nocturnos.

## RECORDANDO (5)

—¿ESTÁS LOCA? —me agarró con fuerza del brazo mientras la sangre goteaba de su cara. Le había hecho un corte de, al menos, cinco centímetros.

—¡Te mataré! ¡Eres un traidor! ¡Jamás podrás cuidar de Sarita! ¡Deja de prometerle cosas! Ella es mía, me pertenece —le chillaba. O, mejor dicho, le chillaba Fran.

—Eso es lo que trato de hacer, cuidar de ti, ¿no te das cuenta de que tú no eres tu padre? Desde que te conocí he tratado de ayudarte. —Intentaba calmarme mientras usaba toda su fuerza para reprimir mi agresividad—. Estás desarrollando la misma enfermedad que tu padre, ves personas que no están contigo, eres agresiva y atacas a quienes intentan cuidar de ti. Por favor, recapacita, si aún queda algo de ti, suelta el cuchillo y deja de hacer fuerza. No te pido que lo hagas por mí, pero hay gente que te necesita, hazlo por ellos. Por favor, princesa... Demuestra al mundo que el mal no tiene por qué atraer al mal, que es algo que puede destruirse si se lucha con fuerza.

»Mi madre era una prostituta y mi padre un drogadicto. Me crie en un orfanato hasta los seis años, edad a la que mi familia me adoptó. Una familia humilde. Sufrí *bullying* por culpa de gente que se creía superior a mí. Nací en la oscuridad y viví rodeado de ella, pero no dejé que entrara en mí, porque esa decisión me pertenecía. Así que, a pesar de todo, elegí ser buena persona y perdonar.

»Es importante saber perdonar a los que nos han hecho daño, ¿sabes por qué? Es la única forma de eliminar el dolor, princesa, de dejar que la oscuridad se disipe como una niebla entre la maleza, de poder ver con claridad lo que de verdad importa.

»Lamentablemente hay mucho odio en ti, odio hacia muchas personas, algunas de ellas muertas. Odias a tu tía, la culpas de todo lo que ocurrió, pero ¿no es justo! Ella era su hermana, y también fue muy difícil para ella convivir con una persona así. Se marchó y te dejó sola con él, pero ella estaba perdida. Después trató de cuidarte, renunciando a su familia, a su hijo, pero seguía afectada por su infancia, ¿crees que fue fácil para ella? Lo intentó, y eso debería ser suficiente para que, al menos, la hubieras perdonado.

»También odias a tu propio hijo porque es hijo de él. No son las voces las que te dicen que actúes así, es tu conciencia, tu voz interior, porque estás llena de oscuridad. Es solo un niño que trata de abrirse camino, de crecer sin los abusos que tú y tu padre tuvisteis. Y me odias a mí porque piensas que te voy a traicionar en cualquier momento.

»¡Pero estás equivocada conmigo! Solo un idiota seguiría aquí, con la cara partida, sujetándote los brazos para que no le mates. Solo un idiota como yo seguiría aquí queriendo ayudarte, pero es que este idiota te ama, y le encanta la mujer a la que, a veces, dejas salir cuando se te olvida todo tu pasado. Pero para encerrarlo y seguir adelante, como ya te he dicho, tienes que ser capaz de perdonar todo el mal que te hicieron. ¿Serás capaz? —Dejé caer el cuchillo, emocionada a la par que dolida por lo que había hecho. Él se dejó caer sobre mí y nos quedamos ahí, en el suelo, durante horas, abrazados y rodeados de sangre. Rodrigo era un hombre entre millones. Y yo solo pensaba en mi pasado. Una combinación casi suicida.

Lo intenté. Con todas mis fuerzas. Pero no fui capaz de perdonar. Él tenía razón: mi alma estaba corrompida, no tenía salvación alguna. La oscuridad se movía por mis venas a la misma velocidad que mi sangre. Pero tuve un acto de piedad, un último intento de, al menos, no arruinar

su vida. Le había prometido que visitaríamos al doctor, pero fue una mentira, una excusa para ganar tiempo. Fui al hospital, y allí le pedí que, por favor, me dejara entrar sola. Era violento para mí. El doctor me vio con buen aspecto y sonrió.

—¡Te veo bien, Sara! ¿Cómo llevas la medicación? —Yo sonreí con falsedad. De eso había aprendido mucho.

—¡Estoy estupendamente! No hay rastro de ellos. Eso sí, necesito que me recete más pastillas, ya casi no me quedan —le dije intentando sonar convincente.

—Me alegra mucho ver que estás tomándote esto en serio y que ya empiezas a ser una mujer independiente. ¿Cómo se encuentra tu tía Erika? —preguntó—, sigue cuidando de ti, ¿verdad? Aunque puedes pensarlo, no estás preparada para vivir sola —dijo desconfiado.

—Sí, no se preocupe, ella se ha cogido una semana de vacaciones, pero sigue vigilándome como si fuera una niña pequeña —dije con una sonrisa.

—No te enfades con ella, solo sigue las instrucciones que le dimos, todo por tu futuro. —Firmó los papeles y me los entregó.

A Rodrigo le dije que me habían cambiado la medicación. Él pensaba que estaba cumpliendo con el tratamiento, pero llevaba más de un año sin tomar las pastillas. Estaba muy preocupada por si me traicionaba y no me daba cuenta de que la que estaba traicionando su confianza era yo. Aunque como ya os digo, esa noche tuve un pequeño amago de piedad que me reventó el corazón en mil pedazos.

—¡Quiero que te vayas! —dije tras cenar.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Sara? —preguntó sorprendido.

—¡No quiero seguir contigo! He hablado con el doctor y me aconseja tiempo para mí. Aún tengo que tratar muchas cosas y es mejor hacerlo sola —mentí. Necesitaba alejarlo antes de ir a más, antes de hacerle más daño.

—¡No te creo! Sé que me estás engañando. Quieres alejarme de ti porque te da miedo hacerme daño. —Era inteligente, difícil de engañar, pero ya había tomado esa decisión. ¡No había vuelta atrás!

—¡Rodrigo, esta vez no! Lo digo de verdad. Te agradezco de corazón todo lo que has hecho por mí, pero no quiero seguir contigo y tienes que aceptar mi decisión —le contesté con mucha frialdad, llorando de forma invisible. Se levantó con las lágrimas en los ojos. Con el corazón destrozado. Me amaba y eso era innegable.

—Por favor, Sara, ¡quiero estar contigo! No quiero que tu pasado condene nuestro futuro. Puedo ayudarte con todo, no me alejes de ti —suplicó.

—¡Ya no te quiero! —dije. Eran las únicas palabras que podían terminar con él.

Recuerdo su mirada, que se petrificó ante mis ojos. Pero funcionó; recogió sus cosas, se despidió de mi hijo y se fue para siempre. Cuando la puerta sonó, subí rápidamente a la habitación y me asomé por el balcón viéndolo marchar, con las lágrimas derramándose de mis ojos. ¿Por qué era tan difícil? Pero lo hice porque sabía que no podía perdonar, no podía salir de la oscuridad, así que era cuestión de tiempo que le hiciera daño. Cogí a mi hijo, lo posé sobre mis piernas y le conté un cuento sobre una mujer de ojos verdes. Y entonces la vi, estaba ahí, mirándonos, observando cómo le contaba a mi hijo la historia de la primera vez que me violaron. Me miraba frustrada, enfadada, decepcionada. La niña estaba ahí. La niña de la que todos hablaban.

## CONFESIONES

—ME HAN DICHO que querías hablar conmigo —dijo la doctora Eli.

—¡Sí! He recordado muchas cosas esta noche. Al principio pensaba que eran pesadillas, pero no eran más que recuerdos de mi vida, de mi pasado. Me he despertado entre lágrimas, ¿alguna vez le ha pasado, doctora, que los recuerdos son tan hirientes que inconscientemente no puedes retener las lágrimas?

—Es humano sentir esas emociones. Todos somos víctimas de ellas, valiente.

¿Valiente? Siempre me llamaba así. Me hacía sentir fuerte, pero ese día no tuvo efecto, estaba sumida en una tristeza casi infinita.

—Saqué al hombre que amaba de mi vida porque quería protegerlo. ¡Me amaba de verdad! No sé muy bien qué es amar porque no tuve tiempo de aprender, pero una parte de mí, algo por dentro, me hacía sentir bien a su lado. Era sincero y era luz, nada que ver con el monstruo que me crió. Yo era oscuridad, aunque también tenía una pequeña lucecita parpadeante que intentaba hacerse grande para iluminarme, pero que siempre acababa siendo derrotada. Por eso lo alejé de mí, porque me di cuenta de que mi oscuridad era tan grande que podía absorber toda su luz. Las personas malas se alimentan de las buenas; así funciona el mundo. Lo entendí bien al despertar. Él merecía una vida mejor, al igual que todas las personas que han pasado por mis manos. Mis manos ensangrentadas.

»Creo que le doy pena porque piensa que todos los crímenes que he llevado a cabo han sido por culpa de mi enfermedad y, en cierto modo, es así. Su hija mató a alguien... ¿verdad? Por eso le doy tanta pena, por eso quiere que venga a hablar conmigo, por eso se dedica a este oficio tan vocacional. ¡Quiere limpiar su conciencia!

—Eres lista y muy racional, a pesar de todo... La mayoría se habrían vuelto locos en tu situación, pero estás razonando, estás casi anteponiéndote a los hechos de forma correcta. Sí, mi hija mató a alguien. Y ahora, mi hija es una chica libre, controlada y fuera de peligro. Ella no tuvo la culpa de lo que sucedió, al igual que tú tampoco. La mayoría de la gente no lo entenderá jamás. En los telediarios dirán tu nombre y la mayoría de familias te insultarán y hablarán pestes sobre ti. Nadie va a ponerse en tu lugar. Nadie va a entender tu parte de la historia. ¡Pero yo sí! Por eso no puedo cambiar mi forma de mirarte, porque mientras todo el mundo ve tu oscuridad, yo veo esa luz intermitente, casi sin fuerza que, a pesar de haber sido derrotada millones de veces, quiere seguir intentándolo. Aún tienes esperanza, si no ya te habrías cortado el cuello con esa cuchilla.

—¿Sabe por qué tengo esperanza? Porque aún una parte de mí quiere pensar que al final no fui tan mala como parece. Pero los indicios cada vez son más claros. Cogí a mi hijo, lo senté sobre mis piernas y comencé a contarle cómo su padre me violó, detalle a detalle, con un tono arisco y enfadado, como si él tuviera la culpa, como si él fuera Fran. —Comencé a llorar. La frustración de la verdad era como una bola gigante atascada en medio de mi garganta, sin intención de subir ni de bajar—. Creo que maté a mi hijo, por eso lo veo. Todas las personas a las que veo son fantasmas de mi mente. Aunque hay algo que no me cuadra... Marcos me dijo que estaba muerta, pero sigo aquí. Esto solo puede significar una cosa: usted forma parte de mi cabeza, es otro fantasma y, seguramente, la maté. Y creo que la niña de la que todo el mundo habla es su hija, y ella fue la que me mató a mí. ¡No tengo duda alguna de que estamos muertas!



Y de pronto, toda la cordura que había estado demostrando se vino abajo por uno de los pensamientos más dementes que tuve.

**EL LEGADO  
DE MARCOS RUIZ  
PARTE 3**

*¿Quiénes somos? ¿Lo que la gente ve de nosotros, lo que queremos que la gente vea o lo que realmente somos? ¿Cómo identificarlo? No hay una verdad absoluta, esa es la única verdad incuestionable. Todos tenemos muchas caras y no siempre nos sentimos orgullosos de nuestras acciones. Nos gusta juzgar, ese es el mayor placer del ser humano. «Yo nunca haría eso». Hipócritas, el mundo es un escenario de máscaras en el que todos intentamos sobrevivir.*

## RECORDANDO(6)

TODO COMENZÓ A empeorar en el momento en el que saqué a Rodrigo de mi vida. La soledad es así, hiriente... Llegaron unos vecinos nuevos. Mi hijo regresaba del colegio cuando la señora Carmen le saludó. Mi hijo, como comprenderéis por las circunstancias en las que vivía, pues no era, precisamente, un niño sociable. La miró sin expresión aparente y continuó su camino hasta casa. Yo observaba por la ventana. Miré a esa mujer y pensé que ojalá no me diera problemas. Hay personas a las que calas al vuelo, y yo supe que esa mujer sería peligrosa para mí.

Marcos y Fran ya no tenían ningún tipo de miedo a mostrarse. Lo hacían constantemente, a diario... Yo los había hecho reales. Mi hijo no terminaba de comprender lo que sucedía, pero sí había entendido algo: que era un secreto. Sabía lo que podía ocurrir si contaba algo en el colegio. ¡Se lo había dejado muy claro, durante muchas noches, en el sótano!

Era una mujer terrible, sin duda. Me había hecho antipática, arisca y sin ningún tipo de empatía. Solo vivía en el recuerdo, en la nítida imagen del sufrimiento, en la celda donde perdí la vida, donde me convertí en la tercera mujer de ojos verdes. Y como muchas personas parecidas a mí, decidí pagar mi dolor con la persona más inofensiva: mi hijo.

Esa noche recibí otra visita. Una inesperada. Era domingo, el reloj marcó las cuatro de la mañana y, entonces, lo escuché llorar. Bajé al portal de casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al niño.

—Me dijiste que me ibas a ayudar, que ibas a proteger a mamá de mi padre —me contestó enfadado el pequeño Adrián.

—Pero, tú y tu madre fuisteis asesinados por él...

—¡Y qué! Tú puedes vengarnos, puedes ayudarnos a que reciba su merecido. Tú sabes cómo enfrentar a un monstruo.

—Tu padre entró en prisión hace mucho tiempo. Se pudrirá allí —le dije intentando contentarle.

—¡Mi padre ya salió de la cárcel! Le viste el otro día en la televisión. Han pasado 8 años desde que ocurrió. Una buena conducta y un grupo de psiquiatras redujo su condena. Tienes que hacer justicia. ¡Tienes que matarlo! —Estaba enfurecido, y yo sentía esa furia en mí.

Era la primera vez que me planteaba matar a alguien sin necesidad de escuchar a Fran. No podía quitarme de la mente la idea de hacerlo. ¡Ese hombre merecía sufrir! ¿Quién era yo para decidir eso? No tenía coherencia alguna, no después de lo que hacía con mi hijo. Pero todo ser que me recordaba a Fran provocaba en mí un odio aplastante, y ese hombre me lo llevaba produciendo desde la noche en la que vi cómo gritaba a su mujer. Así que, al día siguiente, me puse mi mejor vestido, unos tacones, me maquillé y fui hasta su casa. Me coloqué en la esquina durante horas hasta que por fin salió. ¿Cómo se atrevía a seguir viviendo ahí? ¿No tenía conciencia?

—Perdón, ¿me puede indicar dónde está la calle Murcia? —le pregunté de forma pausada y sexy, consiguiendo atraerlo a mí.

—Está justo detrás de aquel edificio, guapa —me contestó—. No deberías ir tan sola por la calle, hay mucho hombre peligroso, y tú eres un pivón. —No le costó mucho lanzarme ficha, al fin y al cabo, los hombres como él solo pensaban con lo de abajo. Había aprendido mucho de hombres durante mi cautiverio.

—No estaría sola si el idiota de mi chico no me hubiera dejado tirada... en fin, hombres —dije entristeciendo mi rostro.

—Solo un gilipollas dejaría tirada a una mujer como tú. —Y le miré intensamente, sonrojada, con cierta tristeza aún en mis ojos, esperando a que tomara la iniciativa—. ¿Quieres tomar una copa, guapa? No sé cómo será tu novio, pero yo sé contar chistes. —Esa frase la usaba su hijo. Por muy malos que sean nuestros progenitores, no podemos evitar absorber algo de ellos.

—No sé, no nos conocemos... —fingí hacerme la dura.

—¡Pero nunca es tarde para hacerlo, guapa! —bromeó sonriéndome. Solo podía pensar en el asco que me daba ese hombre, así que le devolví la sonrisa y acepté. Yo ya no era Sarita, había dejado todo eso atrás. Ahora era mucho más peligrosa, mucho más lista y mucho más manipuladora de lo que nadie podía imaginarse. ¡Y ese hombre iba a pagar el precio de sus actos!

## LA HIJA DE LA DOCTORA

—ENTIENDES QUE DURANTE la visita de mi hija estés atada de pies y manos, ¿verdad? —me preguntó.

Asentí. Nadie dejaría a su hija en la misma habitación donde habitaba libremente un ser como yo.

El pasado se estaba esclareciendo, pero con unas durísimas consecuencias para mi presente. Mi presente se estaba destrozando. Descubrir la persona que era estaba suponiendo una ruptura con mi identidad. Tanto era así que ni siquiera sabía quién era realmente. Como ya le dije a la doctora, una parte de mí estaba segura de conocer todos los hechos, una parte de mí estaba convencida de que estaba muerta.

—No contestó a mi pregunta. Me siento como en una de esas películas en las que no paran de pasarle cosas a alguien y, de repente, al final, abre los ojos y está maniatada, con el flequillo tapándole los ojos y encerrada en una habitación con las paredes, el techo y el suelo blancos. No soy Sarita, ¿verdad? Soy otra persona y he decidido adueñarme de ella. ¡Sarita murió! Creo que todo fue una mentira, nunca llegué a salir de allí. El día en el que metí la cabeza dentro de una sogá y, de repente, por arte de magia, aparecieron mi tía y Gina, con sus ojos verdes, y me salvaron creo que fue una falsa realidad, una alucinación.. Mi padre me había hablado de ellas en numerosas ocasiones y yo soñaba con que algún día llegarían y me sacarían de allí —sonreí—. Pero no fue así, ¿verdad? ¡Me colgué de la sogá y morí sola! Nadie me encontró hasta varios días después. Dígame si estoy en lo cierto.

—Bueno... estás procesando demasiada información y sacas demasiadas conjeturas. El otro día me dijiste que mi hija te había matado, y ahora me dices que nunca saliste de aquel lugar y que te suicidaste. ¿No te das cuenta de que no tiene sentido? Hay cosas de las que dices que tienen una parte de verdad, pero sigues sin ser consciente de lo que pasó. No trates de adivinar esto como si fuera una serie de misterio, simplemente sigue navegando en tu mente hasta que te revele la verdad. Una vez la hayas visto, sabrás con exactitud quién eres y las cosas que han sucedido, valiente.

—Habláis de una niña que debo conocer y, de repente, me trae a su supuesta hija. ¡Eso sí que es extraño! Sé que esa niña y yo tenemos un vínculo, no sé todavía cuál, pero creo que es importante para entender mi pasado —le contesté.

—¡Te prometo que tú y esa niña no tenéis nada que ver! Es mi hija y solo quiero que escuches las cosas que tiene que decirte. Sara, te pierdes por momentos y eso me asusta, porque estás muy cerca de descubrirlo todo, pero tu mente está al borde del abismo. Salir ilesa será cuestión de dar un paso hacia adelante o un paso hacia atrás, el precipicio está justo ahí. Yo te doy mi mano para que no te caigas, pero tienes que confiar en mí, ¡valiente! —Volvió a convencerme, me trajo de nuevo al camino de la cordura. Ella luchaba sin cesar por mí.

Me quedé sorprendida al verla entrar. Tendría unos dieciséis años, no más. Tenía un brillo especial en su rostro, como la doctora, se notaba que era feliz. ¿Cómo había conseguido serlo después de vivir algo como lo que estaba viviendo yo?

—Hola, ¿cómo estás, Sara? —me preguntó. Su voz era dulce y su sonrisa sincera. Yo quería también poder actuar como ella, pero de verdad, sin máscaras.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Nerea. Mi madre me ha contado lo que te pasa. Lo de las voces que te hablan... —Asentí—. A mí también me pasó algo parecido cuando era pequeña. Mi madre, aunque creas que es una eminencia, no siempre se comportó con rectitud. Era drogadicta y sus compañías eran muy complicadas. Pero no te imagines a la típica adicta que vive en barrios bajos y que está todo el día tirada en la calle. Nosotras teníamos mucho dinero.

»Mi abuela tuvo suerte en la vida. Ella me cuidaba mientras mi madre acababa su carrera, a su modo, y se metía en líos. Mi abuela desapareció, de repente, nadie volvió a verla: ni la policía, ni la familia, ni los amigos... y se llevó una gran cantidad de dinero. La busqué desesperadamente por todas partes, era mi protectora, la única persona que cuidaba de mí. Pero fue inútil, nos había abandonado. Supongo que se había cansado de mi madre y de cuidar de una hija que no era suya.

»Puede parecer una tontería si lo comparas con tu historia, pero mi cabeza explotó, empecé a ver a mi abuela y comenzó a contarme cosas muy turbias sobre su vida. Me dijo que mi madre fue fruto de una violación. Nunca supe si todas esas palabras eran reales o si el odio que sentía hacia mi madre por su estilo de vida me hizo pensarlo. Todo fue a más y, de pronto, apareció mi abuelo. Una persona a la que nunca había visto. Pero no apareció de verdad, solo en mi cabeza. Me pedía que hiciera cosas terribles: ¡me dijo que la matara, que nunca sería una buena madre! ¡Que si lo hacía volvería y traería a mi abuela, y ya nunca nos separaríamos! Entonces le clavé el cuchillo en el abdomen mientras dormía, dos veces. Mi abuelo agarraba mi mano y me sonreía mientras la intentaba matar, pero cuando vi la sangre escurrirse por las mantas comencé a gritar, desesperada, ¿qué había hecho?

»Los vecinos llegaron primero, después la ambulancia y la policía. Pensaba que la había matado, pero volvió. Y me perdonó. Estuve encerrada, como tú, durante algunos años... Mi madre acabó la carrera y se especializó en salud mental. Quería ayudarme a volver, pero estaba como tú, perdida entre la realidad y la locura. Mi abuelo seguía vivo en mi mente, le veía por todos lados y siempre me pedía cosas horribles. Pero mi madre confió en mí, dejó atrás todo ese mundo y me trajo con ella.

»Luchó a fuego contra las opiniones de todo el mundo. Nadie creía que pudiera tener una vida normal, pero lo conseguí. Conseguí cerrar ese capítulo de mi vida y entender quién era realmente. Mi abuelo murió hace dos años en mi cerebro y ya no le he vuelto a ver jamás. ¡Ni espero hacerlo!

—Es una historia triste con final feliz. Te estaba escuchando y no he podido evitar identificarme con ella. No sé si yo podré recuperarme algún día, pero creo que nada de lo que está pasando es real. Dices que tu madre fue violada por un hombre... Yo fui violada por un hombre y todo el mundo habla de una niña, ¡creo que tú eres mi hija!

—¿Crees haber tenido una hija? ¿No era un niño? —Y entonces lo supe. Algo dentro de mí tuvo muy claro que mis recuerdos habían estado ocultando algo: a mi hija.

—Sí, ahora lo sé, sí tuve una hija. Eres tú, ¿verdad? —se quedó mirándome, apenada y triste.

—No sé de qué me estás hablando, pero espero que lo que te he contado te haya ayudado a coger fuerzas. Nuestra mente es un laberinto y nuestros recuerdos están perdidos en sus jardines. Encuéntralos y ordénalos. Así es como yo conseguí salir del mío —me dijo mientras se levantaba para marcharse.

—¿Volverás a venir a verme? —pregunté con los ojos tristes.

—Sí, volveré de vez en cuando, aunque espero que podamos vernos fuera de aquí, algún día...

—Algún día... —pensé mientras comenzaba a recordar toda la verdad.

## EL HOMBRE DE LA SOMBRA TRISTE

—¿MARCOS? ¡SÉ QUE eres tú! Solo tú podrías encontrarme aquí —dije con la voz dulce. Caminé sin decir nada, con pasos cortos, bajo la luz de las estrellas—. Este juego ha durado demasiado, pero ambos sabíamos que, tarde o temprano, llegaría a su fin.

Estaba sentada en la arena de aquel solar, el solar en el que comenzó todo.

—Supongo que pronto todo terminará para nosotros, Sarita. Me habría gustado que, en cierto modo, todo hubiera sido real. Quiero decir, que, en lugar de haber sido Fran, hubiera podido ser Marcos y no hacer daño a nadie. Creí en mi existencia con total firmeza, pero tú siempre has sido más inteligente que nosotros. Solo alguien como tú podía cuestionar la naturaleza de su existencia. ¿Me odias?

—¡No! Sería fácil culparte de todas mis desgracias, pero estaría engañándome a mí misma, porque sé que no podías controlar tus actos. Eres una persona enferma y abandonada; y cuando se juntan ambas tragedias el resultado puede ser caótico: los héroes se convierten en villanos y los villanos en héroes. Debieron ayudarte cuando eras un niño, pero todo el mundo prefirió darte la espalda. La oscuridad es como una bola que va rodando sobre su propia esencia haciéndose cada vez más grande, más peligrosa y más mortal. Alguien debía haberla erradicado, pero la dejaron hacerse tan grande que te perdiste en ella. A veces es difícil ver en la luz, pero ver en la oscuridad es como caminar directamente hacia las puertas del infierno. No elegiste ser un psicópata, te convirtieron en eso. Cada pequeña decisión se sumaba, como la gota que poco a poco va llenando un vaso hasta desbordarlo. El agua comenzó a verterse sobre tu cordura y acabaste perdiendo el juicio.

—Pero tú has sabido recoger el agua e introducirla de nuevo en el vaso. Siempre fuiste más especial que nosotros, más pura. Desde que saliste de aquel sitio, una pequeña mancha en tus ojos comenzó a extenderse por todo tu cuerpo. Era la marca del legado, de la identidad, de tu origen, pero tú luchaste contra ella como una leona. Luchaste mucho más de lo que nosotros lo hicimos. ¡Casi lo consigues! ¡Casi te salvaste de caer en la oscuridad! Pero finalmente también fuiste cegada. Yo siempre estuve ahí, viéndolo todo. ¡Ojalá hubiera podido ayudarte!

—¿Qué es lo que viste? Esta será la última vez que nos reunamos, quizá es momento de contar toda la verdad.

—Te terminaste de perder aquella noche; fue tu punto de desconexión. Te habías arreglado con un vestido rojo escotado y era la primera vez que salías de Madrid. Te habías ido con ese hombre a Galicia a pasar el fin de semana. Ese hombre al que odiabas. Tenías el recuerdo constante del pequeño Adrián en tu mente y esa mota de oscuridad que se ubicaba en tus ojos crecía como la bola que mencionaste. ¡Era imparable! Tu cordura se disipaba y las voces sonaban cada vez más altas. El pequeño Adrián te chillaba, una y otra vez, para que lo hicieras.

»Fuisteis a una playa en pleno invierno. No había nadie más que vosotros. Os estabais besando tumbados en la arena. Ese hombre era un auténtico asesino y tú estabas a punto de serlo también. La oscuridad se abría paso, incluso se reía en tu cabeza, también en la mía. No quería que lo hicieras, ¡no quería que te convirtieras en eso! Conocía esa sensación y vivir con ella era horrible, deprimente. Pero no podía pararte porque Fran y el pequeño Adrián eran mucho más fuertes que yo. Aun así, estaba ahí, alentándote a que le dejaras en paz. Trataba de decirte que matarlo no iba

a hacerte sentir mejor; pero no me escuchaste. Lo mataste sin parpadear. Lo arrastraste hasta el maletero del coche y volviste a casa. Lo dejaste en el arcón del sótano como hizo Fran con tu madre. Si había alguna posibilidad de salvarte, murió esa noche. Los delirios se adueñaron más aún de ti y tu familia sufrió las consecuencias duramente.

—Así que mi primera víctima fue el padre de Adrián —dije desolada por la historia que había contado sobre mí.

—Sí, fue la primera, pero querías mucho más. Quizá con ese hombre tenías una excusa para haberlo hecho, era un asesino... pero ya no sabías distinguir el bien del mal, y eso te llevó a cometer injusticias. Con cada una de ellas ibas perdiendo un trozo más de ti hasta que no quedaba nada. Te perdiste tanto como nosotros, y en esa oscuridad solo había una solución posible.

—¡La muerte! —dije, teniendo claro que solo mi final podría poner fin al legado de Marcos Ruiz.

—Ojalá hubiera habido otro modo, otra solución para ti, pero solo las personas reales podrían haberte ayudado. Algunas, de hecho, lo intentaron.

Pensé en Rodrigo. Él lo intentó con todas sus fuerzas.

—¡Me quiso de verdad! Tuve la oportunidad de estar con un hombre que me quería y lo jodí todo. —Comencé a llorar—. Aparté a una persona de mi lado, acabé con la vida de no sé cuánta gente y arruiné la de mi hijo. ¡Ojalá hubiera muerto cuando intenté colgarme! Todos habríamos sido mucho más felices.

—Simplemente no habríamos sido, Sarita —dijo Marcos—. Al menos a él no le hiciste daño. Me escuchaste. Te supliqué que lo dejaras ir, ¿sabes por qué? Porque yo no fui capaz de hacerlo con tu madre, y quería que ese hombre tuviera una oportunidad. Era bueno como Abigail, honrado y con un corazón gentil. No lo mataste y eso es mucho más de lo que nosotros podemos decir. Por una vez, pudiste ser más fuerte que tus fantasmas.

—Casi lo he recordado todo, ¿verdad? Bueno, quizá falta lo peor, cómo fue mi final, si es que realmente hubo un final...

—¡Siempre hay un final! Ya has hablado con todas las personas que podían ayudarte y tienes todas las piezas. Ahora tienes toda la verdad en ti, solo tienes que volver al principio, ordenar bien las cosas y recordar quién eres realmente —me dijo—. Mi función aquí ha terminado. Nacimos en este solar, nuestro mundo, y aquí terminaremos para siempre. Siento mucho todo lo que has vivido por mi culpa, nadie merece una pesadilla tan tenebrosa como en la que has estado sumida. Espero que algún día puedas perdonarme. A pesar de todo, para mí siempre serás Sarita, la tercera mujer de los ojos verdes. —Y poco a poco, comenzamos a desaparecer, esta vez para siempre.

El legado de Marcos Ruiz llega a su final y los fantasmas vuelven a sus castillos, a encerrarse entre el polvo, ¡esta vez para siempre!

—¿Eres Sara? —preguntó la doctora Eli.

—No —respondí.



## LA NIÑA

—¿PODRÍAS DECIRME TU nombre? —preguntó la doctora Eli.

Comencé a sofocarme y a hiperventilar. Nada de lo que veía tenía sentido. ¿Qué estaba haciendo ahí? Mis recuerdos daban vueltas como en una pesadilla, salvo que todo parecía muy real. Varios médicos me suministraron rápidamente un calmante y me llevaron a la habitación 224. Tenía la sensación de ser la primera vez que la veía. Paredes, suelo y techos blancos y una cama pegada a la pared era lo único que podía distinguir en aquel lugar. No había nadie más. Me dejaron tumbada sobre la cama, casi dormida, con los ojos desbordados de lágrimas y la mente de recuerdos.

Me violó cuando tenía siete años. Entró en la habitación, cogió el coche con el que estaba jugando y lo reventó contra la pared. Después me arrastró de la cabeza hasta la cama y comenzó a quitar mis ropas. Y entró en mí. ¿Sabes lo que es eso para una niña? ¿Te imaginas que alguien lo hiciera contigo?

Los recuerdos dolían tanto que intentaba huir de ellos. La cruda verdad rebotaba contra mis heridas en un viaje sin retorno.

—¿Estás bien? Escucho muchos gritos en tu casa, si algo va mal me lo puedes contar —decía la señora Carmen—. No tenéis que aguantar que os traten mal. Ni que os golpeen.

Estaba temblando en el rellano de casa, con lágrimas en los ojos.

—¡Andrea, entra a casa! Señora Carmen, yo me encargaré de mis hijos, gracias por su amabilidad —dijo mi madre.

La señora Carmen siempre había estado husmeando, con la tentación de coger el teléfono y llamar a la policía, pero sentía pena por mi madre.

Supongo que muchos de vosotros estaréis muy desorientados en este momento, pero al principio de mi intervención os dije que os iba a contar la historia tal y como la viví, para que pudierais empatizar con una persona que padece una enfermedad mental. No he venido hasta este seminario para contaros una historia agradable ni para que penséis que los problemas de salud mental se solucionan en un abrir y cerrar de ojos. Todos vosotros sois futuros profesionales de la medicina, muchos os especializaréis en salud mental, y tenéis que saber que nuestro trabajo es crítico y que no todos tenemos la virtud de poder tratar con personas que, como yo, padecen graves problemas en su mente.

Esa mañana, al despertar, al despedir a Marcos para siempre, me encontré con la verdad. Una terrible verdad para mí. Había nadado entre recuerdos confusos que me conducían al abismo. Pero por fin, tras el consejo de la señora Carmen y la seguridad de la mirada de la doctora Eli, cambié el rumbo de mi nado y conseguí dirigirme hacia la ruta correcta.

Yo nunca fui Sarita, ¡solo creí serlo!

## EL NACIMIENTO

LA TÍA ERIKA se pasó todo el tiempo junto a mi madre. Fue una decisión arriesgada la de continuar con el embarazo. Nadie pensó que mi madre tendría el valor para dar a luz a un hijo de ese hombre, y mucho menos para tener mellizos, pero no quería dejarnos atrás. Confiaba en darnos una buena vida y la tía Erika prometió ayudarla siempre. Así que con pesadillas, sobreesfuerzos y mucho miedo nos dio la oportunidad de nacer. Primero llegó al mundo mi hermano Pedro. Después llegué yo, con unos ojos mucho más verdes, con unos ojos mucho más brillantes, con unos ojos que le recordaban, continuamente, lo que había sufrido.

Y allí, en ese hospital, comenzó mi historia, mi verdadera historia.

## LA MARCHA DE LA TÍA ÉRIKA

TODO IBA BIEN para nosotros. Estábamos creciendo rodeados de amor y de felicidad. Nuestra madre había sanado, aparentemente, todos sus traumas. Pero cuando la tía Erika decidió marcharse, todo cambió. La sombra de sus demonios apareció de repente y se abalanzó sobre nosotros. Al principio era leve y contenida, aunque extraña, pero la podíamos soportar. Nos gritaba, cambiaba nuestros nombres y nos contaba algunas cosas horribles que le ocurrieron. Apenas teníamos tres años, así que, como podréis comprender, casi no entendíamos nada de lo que decía. Cuando venía Rodrigo la situación se calmaba. Él sabía apaciguar su carácter y se portaba muy bien con nosotros. Era una persona de esas que dejan huella. Pero la oscuridad siguió creciendo y ni Rodrigo pudo con ella, así que, en un acto de piedad por parte de nuestra madre, lo sacó de su vida y de la nuestra. Él se fue de la oscuridad, pero, entonces, nosotros teníamos que cubrir su parte. Fue ahí cuando dio un cambio más radical. Las historias sobre su vida encerrada comenzaron a ser más horribles y su voz más acusadora. Decía que yo era Sarita, la mujer de los ojos verdes, y pellizcaba las yemas de mis dedos mientras me humillaba. A mi hermano lo llevaba al sótano y le golpeaba con una soga. Había perdido el juicio y nosotros no sabíamos qué hacer. ¡Nos daba miedo!

Conoció a ese hombre, al padre de Adrián, lo engatusó y después lo mató. Llegó con el coche al apartamento y nos metió en él a gritos. Condujo a toda velocidad hasta llegar a Madrid y luego vimos cómo sacaba el cadáver del coche con la ayuda de una carretilla y lo bajaba al sótano. Nos hizo mirar. Nos hizo ver la sangre seca y el rostro muerto. Y de nuevo, me dijo que yo era Sarita, la mujer de ojos verdes, y que ese crimen lo había cometido yo.

La señora Carmen había escuchado gritos y había visto cómo nuestro comportamiento no atendía al usual de unos niños de doce años. Mi hermano y yo éramos diferentes; habíamos aprendido a pasar desapercibidos, aunque la señora Carmen nos veía muy bien.

—¡Podéis venir a casa, allí no os hará daño! —nos dijo un día al volver del colegio.

—No podemos, ¡ella siempre nos encontrará! —contestó mi hermano.

—¡Cállate! ¡No hables de madre! ¡No digas nada! —dije alterada. Me daba pánico, era lo que más temía del mundo.

—¡La teméis como si fuera un monstruo!

Mi hermano tenía los ojos llorosos.

—Es un monstruo.

—¡Vámonos! Como nos vea nos vamos a arrepentir.

Esa noche madre estaba muy cansada, pero Pedro la despertó en varias ocasiones o, al menos, eso decía ella. Lo bajó al sótano y le pegó una brutal paliza. Se oía hasta en la calle. Yo abrí la puerta y salí corriendo para buscar a la señora Carmen. Le traje a casa para ayudarnos, pero le pedí que no llamara a la policía. Entró e intentó dialogar con mi madre, le dio un ultimátum y, entonces, cogió el cuchillo y se lo clavó. La mató instantáneamente, delante de mí. Y me lo volvió a decir, ¡tú eres Sarita, la mujer de los ojos verdes! ¡Y tú has cometido este crimen! Sentí que yo había matado a la señora Carmen. Bajó el cuerpo hasta el sótano, igual que hizo con aquel hombre al que aún conservaba congelado en el arcón, y lo metió junto a él. Mi hermano también lo vio. No es fácil vivir algo así. Es inimaginable para la gran mayoría de la gente, pero son situaciones que

nunca se olvidan, por muchos años que pasen.

## HERIDAS

UNA HERIDA ES la primera consecuencia de un golpe. Se puede manifestar en forma de hematomas, sangre o un simple rasguño, pero no todas se ven a simple vista. Las heridas del alma son las más peligrosas, porque están ahí, pero casi nadie puede verlas. La doctora Eli las identificó rápidamente.

—¿Has recordado ya todo lo que ocurrió, valiente? —me preguntó con esos ojos clavados en mí. Ahora podía entender su mirada. ¿Cómo iba a mirarme si no?

Me había pasado llorando los últimos días, sin ganas de hablar.

—Sí, no quería que pasara nada de esto —balbuceé con una capacidad comunicativa mucho más limitada. Ya no hablaba como Sara.

—No tienes que preocuparte por nada, ¡estás exenta de toda culpa! Eres una niña muy fuerte y has sobrevivido a cosas inimaginables.

No había sido fácil para la doctora trabajar conmigo, una niña de doce años que se comportaba como un adulto.

Había sido un caso impactante a nivel social, con comentarios y noticias de toda índole. Nadie era capaz de explicarse cómo podía comportarme así, cómo había adquirido un vocabulario y una forma de hablar impensable para alguien de mi edad. Pero mi madre se encargó de convertirme en ella. «Eres la chica de los ojos verdes». Todos los días, a todas horas, las mismas palabras, las mismas historias, aprendí toda su vida y la hice mía. Abandoné mi realidad para entrar en la suya. Me perdí siendo solo una niña y me encontré en un lugar al que no pertenecía. Creí que todo me había ocurrido a mí: las violaciones, los golpes, los abusos; y después creí que yo había sido la asesina de todas las personas a las que mató mi madre.

—¿Eres una niña muy fuerte y valiente! ¡VALIENTE! El primer día que te vi, hablando como si fueras tu madre, temí que estuvieses demasiado perdida, aunque pronto me di cuenta de que habías construido una barrera para protegerte, para proteger a la niña de lo que pasó el día que ingresaste aquí. Pero Andrea, tienes una vida por delante, ahora quizá no entiendas muy bien nada y estés completamente en *shock*, pero has vuelto a tu realidad, y eso ya nadie te lo quitará —me dijo la doctora con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué pasará conmigo ahora? —le pregunté.

—Hay muchos trámites y evaluaciones por delante, pero pronto saldrás de aquí. ¡Hay una persona esperándote!

—¿Una persona esperándome? Mi familia está muerta, no queda nadie para mí. Mi madre nos advirtió de que si íbamos a la policía algún día nos llevarían a un orfanato. Luego nos dijo que con lo raros que éramos nadie iba a querer adoptarnos. ¡Nos metió mucho miedo sobre cualquier idea!

—Sí, lo sé, sé que tu madre os trató mal y rompió vuestro espíritu, lo hirió. Pero hasta las heridas más profundas acaban cerrándose y dejando de doler, convirtiéndose simplemente en cicatrices que te recuerdan la persona que eres.

—Habría preferido no tener que recordar nada —dije bastante afectada.

—Lo sé, todos preferimos que nos ocurran cosas buenas, pero estás ante el comienzo de una vida nueva, con unas oportunidades totalmente diferentes. Hoy es como si hubieras vuelto a nacer,

valiente. —Hablabamuy bien, sabía tranquilizarme.

—¡No quiero ir a un orfanato!

—No vas a ir a un orfanato. No todo el mundo es malo. Hay personas que tienen bondad en su corazón y, justamente, hay alguien dispuesto a cuidar de ti. ¿Quieres hablar con él?

Asentí.

## LA LUZ QUE NUNCA SE APAGÓ

—¿CÓMO ESTÁS? —me preguntó.

Era él. Siempre se había preocupado por nosotros, nos había hecho reír y, cuando estaba en casa, mi madre se portaba de otro modo. Nunca pensé que casi nueve años después de marcharse fuera capaz de volver para cumplir su promesa.

—No lo sé. Tengo miedo. No puedo dejar de pensar en ellos...

—Pasaré, todo quedará atrás. No debí haberme marchado nunca, pero tu madre no quería que estuviera cerca; ojalá hubiera sabido que estaba tan mal.

—¡Nadie podía saberlo! Has venido hasta aquí después de todo para cumplir tu promesa, para hacer de padre.

—Os dije a tu hermano y a ti que os cuidaría como un padre. Os fallé, pero quiero que sepas que estaré a tu lado hasta el final. Cuando todo esto termine, quedarás bajo mi custodia y visitaremos a la doctora durante el tiempo que considere. No va a ocurrir de nuevo, ¡tú no vas a tener una vida como la de tu madre! —me aseguró.

Era un hombre bueno, eso era innegable. Cualquiera otro habría desaparecido con el paso tiempo, pero él seguía ahí, después de todo. No se atrevió a decírmelo jamás, pero seguía amándola como el primer día. Si ella se hubiera quedado y hubiera confiado un poco más en él, todo habría sido diferente, porque Rodrigo no era de los hombres que prometen cosas que no pueden cumplir, sino que era de los que luchan hasta el final. No pudo salvar a mi madre, ¡pero me salvó a mí!

—Ella te quiso también, nos lo dijo muchas veces. Te sacó de su vida porque temía hacerte daño —le confesé. Él se llevó las manos a los ojos y se apartó las lágrimas.

—Había algo en ella, una luz muy pequeñita, pero estaba ahí. Quise revivirla, pero no supe hacerlo bien.

—No es fácil encender una luz entre tanta oscuridad —dijo la doctora Eli mientras entraba a la sala—. También quiero tener unas sesiones contigo. Debes expulsar el sentimiento de culpabilidad, pues tú tampoco eres responsable de las cosas que ocurrieron.

—Lo sé. Una parte de mí está segura de ello, pero hay algo irracional que me hace sentirme mal, como si me hubiera rendido a la primera de cambio. Si hubiera aguantado un poco más... ¡Ella lo merecía!

—¡Aguantaste lo que tenías que aguantar! Nuestra salud mental es primordial y, si decae, no podemos ayudar a nadie. Ella no murió por tu culpa, ni por la tuya, Andrea, ella murió por una serie de negligencias. Pero eso concierne a los médicos y al resto de las personas involucradas. Tu madre, después de lo que vivió, debería haber tenido una supervisión diaria. Pero la gente se lavó las manos muy rápido cuando empezaron a verla bien. Y ese es el principal error con las personas que padecen estas enfermedades tan horribles. Pero es algo que no pasará contigo, ¡de eso ya me encargaré yo!

Me emocioné, nunca nadie me había transmitido tanto cariño. No pude evitar darles un abrazo a ambos, y ellos también se emocionaron, lo pude sentir. Fue un abrazo real, como los que me daba con mi pobre hermanito.

## LA LOCURA

—INTENTAS ALZAR EL vuelo y tus piernas tiemblan al son de tus pensamientos, que siguen encadenados a aquellos oscuros momentos. No puedes evitar recordar todo cuanto has vivido, no puedes evitar recordar que siempre fuiste presa de sus abusos. Duele, duele demasiado, y gritas desesperada con ganas de vomitar el dolor que, punzante, se clava en tus entrañas. Es imposible volver, él te mató antes de que pudieras abrir los ojos. Te arrebató el derecho a ser feliz y, ahora, tiempo después, no puedes evitar cometer los mismos errores. No eres oscuridad, pero la sientes emanar de tu interior, hierve y quema como el aceite vertido sobre la piel desnuda, como el fuego ardiendo sobre quien solo quiere soñar. Eres solamente el reflejo del veneno que infectó tu sangre cuando solo querías coger las riendas de una vida que acabó por salirse de las carreteras más oscuras del infierno. Eras, eres y siempre serás la tercera mujer de los ojos verdes, tristes y de coco —me dijo en aquella ocasión. Mi madre estaba loca. Había volcado su historia en mí, como si de algún modo yo fuera ella. No podía entender por qué, ni hasta dónde quería llegar con todo eso, pero cada día me sentía más perdida, confusa, diferente...

—¡Déjala en paz! ¡Estamos cansados de esta mierda de vida! —chilló mi hermano tratando de protegerme.

—Tú no deberías haber nacido. Eres hijo del demonio, del mal, ¡eres como tu padre! ¡No debiste haber venido al mundo, Marcos! —dijo sumida en la locura.

—Me llamo Pedro y no tengo nada que ver con él. Y ella se llama Andrea y no tiene nada que ver contigo. Criticas a nuestro padre, pero tú eres mucho peor que él.

Se acercó a mi hermano con el rostro cargado de ira y lo agarró del brazo con tanta fuerza que parecía que iba a partirle el hueso. Lo arrastró, como siempre, hasta el sótano y comenzó a golpearle. Ese día no lo presencié, pero sí escuché sus gritos. Era imposible ignorarlo. ¡Ojalá hubiera podido protegerlo como él me protegió a mí!



## LA ÚLTIMA CONVERSACIÓN

—¿CÓMO TE ENCUENTRAS, Andrea? —me preguntó la psiquiatra con una sonrisa, como siempre.

—Tengo pesadillas. Me cuesta olvidar lo que pasó...

—Es un proceso que llevará su tiempo, pero lo superarás. Eres la chica más valiente que he conocido. —Sabía transmitir fuerza. Y eso era lo que necesitaba.

—Gracias por haberme ayudado tanto, doctora. Usted, la señora Carmen y Rodrigo habéis sido como ángeles para mí. Supongo que, a pesar de todo, tengo suerte; otras personas están solas y no tienen la opción de contar con gente que les dé cariño—dije. Hablaba con mucha madurez. Me habían robado la niñez.

—Y seguiré ayudando a todos cuantos pueda, luchando para acabar con los estigmas de las enfermedades mentales. La sociedad es peligrosa y a veces mata sin darse cuenta. Eres todo un ejemplo de valía, una superviviente. ¿Puedo preguntarte algo? —Asentí con una sonrisa discreta —. ¿Los has vuelto a ver? —Me quedé reflexiva.

—No. Ellos no volverán nunca más. Tuve un sueño en el que Marcos y Sarita se despedían, justo en el sitio en el que nacieron. ¡Fue un adiós definitivo! Supongo que la historia de esta locura se cierra ahí. Se acabó el legado de Marcos Ruiz.

—¡No! Ahora tú eres su legado, pero esta vez su legado tendrá un valor positivo. Según he podido conocer en las conversaciones en las que hablaba él, siempre quiso el bien, aunque nunca llegó a conseguirlo. Tú representas ese bien y, si alguna vez tienes hijos, estoy segura de que serán buenas personas. Hay algo innato en ti que me hace creer eso. ¡Tu legado tendrá un final de cuento!

—Su mirada me dio mucha fuerza, era como si fuera algo más que mi psiquiatra —le dije.

—Eras una niña de doce años. Tú no te dabas cuenta, pero se me partía el corazón al verte comportarte así, como si fueras una mujer adulta. ¡Me recordabas a mi hija! Todo cuanto quería era rescatar a la niña.

—La niña murió hace mucho tiempo, pero le doy las gracias por haberlo intentado. Al menos me ha salvado, aunque ahora tengo que aprender a vivir con estas pesadillas.

—¿Recuerdas todo lo que pasó?

Mis ojos se entristecieron, sumidos en el recuerdo de aquella noche. La noche que lo cambió todo. ¡La noche que jamás podré olvidar!

## LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO

MI HERMANO Y yo llegamos del instituto sobre las tres de la tarde. Mi madre, como muchos días, estaba tumbada en la cama. No había comida preparada, así que mi hermano abrió el frigorífico y cocinó unos huevos y patatas. No era la primera vez, siempre trataba de cuidar de mí. Era un niño bueno, a pesar de todo el daño sufrido. Él se resistía a aceptar esa realidad.

—Algún día todo cambiará. Yo te protegeré, hermana —me decía siempre.

Aunque, con el paso del tiempo, su voz decaía y ya no sonaba tan convincente. Ojalá hubiera sabido ayudarlo, ayudarnos mejor. Pero solo era una niña perdida, desamparada y con una identidad dubitativa. El cerebro es como un ordenador, a veces, cuando almacenamos archivos sin ordenar, no sabemos dónde está cada uno, aunque sabemos que están ahí, en algún lugar. Crecer con ese tipo de maltrato desordenaba mis pensamientos, se esparcían por carpetas imaginarias hasta el punto de no encontrarlos.

—¡Eres Andrea, mi hermana! ¡Tú no eres Sarita! ¡Tú no eres la mujer de los ojos verdes y yo no soy Marcos Ruiz! —decía convincente mi hermano.

Lo idolatraba. A pesar de todo, siempre tenía la cabeza en su sitio, sus ideas ordenadas. A pesar del dolor, de los abusos, ¡seguía adelante! A mí, madre no me pegó nunca con la soga, solo me hacía soportar conversaciones complicadas: siempre la historia de su vida, la historia que quería convertir en la mía. Estaba destruida, exprimida por el oscuro recuerdo del maltrato sufrido, era como una rosa que quiso florecer, pero que se marchitó en el intento. La odiábamos. La odiábamos con todas nuestras fuerzas, pero nos daba pena; era nuestra madre. Cuando nos contaba esas terribles historias, no podíamos dejar de sentir lástima.

Después de comer, sonó el teléfono. Nosotros no lo cogíamos, nos lo había prohibido, pero siguió sonando. Mi hermano lo descolgó, arriesgándose a sufrir las consecuencias de tal acto. Era mucho más valiente que yo, y quizá por eso pasó lo que pasó.

—¿Sí? —preguntó asustado, vigilando que mi madre no bajara las escaleras.

Perdonad si me pongo algo nerviosa al contaros esta última parte de la historia. Dicen que el paso de los años nos hace duros y fuertes, pero creedme que hay recuerdos que duelen tanto como el primer día, recuerdos que jamás podréis arrancar de vuestros pensamientos, recuerdos que marcarán el rumbo de vuestras vidas y os recordarán siempre la persona que sois y las cosas que hicisteis para sobrevivir.

—Soy la tía Erika, ¿cómo estáis monstruitos?

—Hola, bien —dijo de forma cortante.

—No suenas muy convincente, ¿dónde está vuestra madre? No responde a mis mensajes —preguntó.

—¡No está en casa! —mintió con la voz temblando.

—Pedro, ¿qué pasa? ¿Por qué estás temblando?

—No puedo decírtelo, se enfadará.

—¡Cállate, no digas nada! —dije preocupada.

—¿Dónde está vuestra madre?, ¿qué está pasando? —Me acerqué rápidamente al teléfono y lo colgué, muy asustada.

—¡No puedes hablar de madre con nadie! Nos lo prohibió. Si descubren lo que pasa nos

separarán. ¡Y no quiero que me separen de ti! —dije con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Nadie podrá separarnos! Nací minutos antes que tú, soy tu hermano mayor y siempre te voy a proteger. —Y me abrazó, y yo a él, como un koala. Me sentí protegida, querida, pero le fallé. Le fallé y jamás podré perdonármelo.

Por suerte, madre no se despertó en esa ocasión. Pasamos el resto de la tarde viendo la televisión y, en algunos momentos, observando a la gente jugar desde la ventana. No nos dejaba salir de casa más que para ir a clase. Para la mayoría éramos unos extraños. Nadie nos hablaba, aunque tampoco trataban de humillarnos, simplemente, éramos invisibles. Pero ellos brillaban todo el tiempo: con sus familias felices, sus animales, sus fotos en redes sociales, sus salidas; eran totalmente diferentes a nosotros.

—¿Quieres ir al cine? —preguntó mi hermano.

—¿Al cine? ¿Nosotros? ¿Cómo vamos a ir? Madre no nos deja salir de casa.

—Sabes que duerme hasta la noche, se ha tomado esas pastillas extrañas...

—Si nos descubre se enfadará mucho —le dije asustada.

—Sabes que se enfadará igualmente... Hagamos lo que hagamos, se enfadará. —Tenía razón, así que, por una vez, dejé atrás la cobardía y fuimos al cine.

Vimos la película del hombre invisible y fantaseamos con la posibilidad de tener un traje para hacernos invisibles y escondernos de madre. Todos nuestros pensamientos se basaban en ella. Nos había atormentado tanto que, sin darnos cuenta, la habíamos convertido en un Dios. No podíamos alejarnos sin empezar a sentir que obrábamos mal. ¡Fue uno de los momentos más especiales de mi vida! Quizá suene absurdo, pero me sentí libre por primera vez. Mi hermano y yo nos reímos y, por un momento, no fuimos aquellos niños extraños. Pero todo se fue al garete. Las consecuencias de lo que habíamos hecho estaban a punto de pasarnos factura. ¡Y no estábamos preparados para ello!

—¿Dónde habéis estado? Me teníais preocupada... —dijo sentada en la escalera con una tila entre sus manos y los ojos rojos e idos.

—Ha sido culpa mía —dijo mi hermano, como siempre, dando la cara—. Fuimos al cine. Fue idea mía. —Mi madre tiró la taza con la tila al suelo, manchando el parqué y haciéndola añicos.

—¿Por qué me haces esto, Sarita? Ya te he contado muchas veces las horribles cosas que podría hacerte este cruel y sanguinario bastardo. Marcos no es una buena compañía para ti, ¡es un inútil y despreciable ser que no merece respirar el mismo aire que nosotras! ¿Por qué me haces sufrir tanto...? Soy tu madre y solo trato de protegerte. No tienes ni idea de las cosas horribles que podría hacerte. —Lloraba su locura. Estaba peor que nunca.

—No se llama Marcos, y yo no soy Sarita. ¡Deja de llamarnos así! Necesitas ayuda mamá, necesitas que te traten —me atreví a hablar por primera vez.

—No lo entiendes, no eres capaz de verlo, eres solo una niña pequeña que se deja engañar por sus mentiras. Pero este ser es un monstruo, jamás podrá protegerte porque en su interior solo hay odio y oscuridad. Tratará de persuadirte, de ponerte en mi contra y, después, te violará y te matará. ¡Tú eres Sarita, la mujer de los ojos verdes, y no puedes escapar de tu pasado! No podemos perdonar a este energúmeno violento. Hay que actuar y no me habéis dejado otra alternativa. —Se levantó de la escalera y se acercó a él. Mi hermano se quedó firme, mirándola, aguantando el miedo. Cuando llegó a él, lo agarró del cabello y lo arrastró hasta las escaleras del sótano. Pedro se resistía, canalizando el dolor en pequeños gritos. Después lo empujó escaleras abajo y cayó rodando, dejando un rastro de sangre por todas ellas.

—¡Baja tú también! —me ordenó, pero mientras gritaba a mi hermano había cogido algo entre

mis manos. Nunca imaginé ser capaz de tener un pensamiento así, pero todos podemos tomar decisiones drásticas en momentos críticos.

Bajé las escaleras sigilosamente. Corrí hasta mi hermano que estaba en el suelo, herido, con la pierna rota, gimiendo de dolor y rodeado de su propia sangre. ¡Yo no podía protegerle, no podía ayudarlo! Mi corazón estaba roto y lleno de dolor. Ninguno merecíamos ese final, pero sabía que mi madre no nos dejaría salir del sótano. Pronto acompañaríamos al resto de cadáveres en el arcón.

A pesar de las heridas, madre lo cogió sin cuidado y lo ató a la silla de siempre. Sus gritos eran desgarradores, casi podía sentir su dolor.

—Es mejor así, Sarita, es mejor que lo matemos ahora, ¡juntas! Solo de esta forma podremos evitar que te haga daño. Los hombres como él son monstruos para las mujeres como nosotras. Tenemos que acabar con su vida, ¡no merece más oportunidades!

—Mamá, por favor, no le hagas daño. Él se ha portado bien conmigo, la culpa de ir al cine fue mía. Se lo dije yo, por favor, tienes que escucharme, nosotros somos tus hijos, no tenemos nada que ver con lo que pasó con nuestro padre. ¡Por favor, mamá! Por favor, no lo mates, te juro que a partir de ahora haremos todo lo que quieras, pero por favor, dale una oportunidad, déjale vivir. — Estaba histérica, no podía aceptar lo que iba a hacer. No quería que pasara, no quería despedirme para siempre de mi hermano.

—Algún día me lo agradecerás, solo trato de protegerte.

Cogió una bolsa de plástico y cubrió su cabeza con ella. La estrujó con sus manos tan fuerte que se quedó amarrada a su rostro. Los suspiros de mi hermano ahogándose estaban matándome por dentro.

—¡Por favor, mamá déjalo! Por favor, no ha hecho nada malo, no tiene nada que ver con Marcos, ¡por favor, por favor, por favor! —Estaba temblando, con la ansiedad invadiendo todo mi ser. Con la imagen nítida de mi hermano ahogándose ante mis ojos. Con el sonido de sus bastos suspiros torturándome los oídos. Viendo cómo la bolsa quedaba amarrada a su cara.

—¡Por favor, no tiene nada que ver con esto! ¡Por favor, mamá! —Estaba sollozando.

Jamás había sentido tanto dolor en mi vida, así que no pude evitar pensar en ello, en hacerlo, en usar la navaja que llevaba oculta bajo mi camisa. Fue rápido, me levanté velozmente, sin pensar, y me coloqué tras ella. La saqué tan rápido como pude y comencé a clavársela por la espalda. Una y otra vez, una y otra vez... una y otra vez...

Gritaba histérica mientras clavaba la navaja en su cuerpo, sin pensar en lo que estaba haciendo. Se giró y miró a mis ojos antes de caer al suelo.

—Solo quería protegerte, solo quería protegerte... Ojalá hubiera podido tener otra vida, ojalá hubiera sido una buena madre... Ojalá Erika se hubiera quedado... Ojalá Rodrigo y yo hubiéramos podido tener una historia... Pero Sarita, debes saber que a ti nunca te habría hecho daño... nunc... — No pudo terminar esa última palabra. La había matado. Mis manos estaban manchadas de sangre. Rápidamente quité la bolsa que cubría el rostro de mi hermano, pero no sirvió de nada, lo había matado. Me senté en el suelo del sótano con mis doce añitos, llena de sangre, viendo cómo mi familia había muerto, hasta que llegó la tía Erika, después la policía y después la ambulancia. Pero lo que no sabían es que yo también había muerto en ese lugar, y para siempre.

## ABRE LOS OJOS

«ABRE LOS OJOS». Sonaba una voz extraña y desconocida. Brotaba de mi interior y quería darme la oportunidad de renacer, pero yo no escuchaba, me había rendido y no quería rendir cuentas; pobre niña de ojos verdes que se marchaba a otro lugar. Pobre niña que había vivido cama a cama con la muerte.

«Abre los ojos». Sonaba una voz, ya no tan extraña y ya no tan desconocida. Quizá era la voz de mi madre, quizá la de mi hermano. Creo que podían ser ellos, porque empecé a sentir que volvía en mí. Solo mi familia podría transmitirme ese mensaje. Solo mi hermano podría hacerme volver.

—¡Tienes que ser fuerte, hermana! Ahora tendrás una oportunidad nueva de ser feliz.

—¿Cómo? No he podido protegerte.

—Has hecho todo lo que has podido, no dejes que la oscuridad gane la batalla. Tú y yo siempre fuimos más que eso. Vive por mí y enorgullécete siempre.

Y entonces, abrí los ojos y la voz se marchó de nuevo; feliz, supongo, porque había vuelto a la vida. Pero no del modo que él quería. Mi mirada lucía una mezcla de tonalidades y emociones que expresaban miles de sentimientos. Estaba viva, era un hecho, pero había algo en mi mirada. Un pequeño punto que resplandecía entre la oscuridad, que clamaba venganza y poder, que gritaba maldiciones y que me alejaba mucho de mi verdadera identidad.

No había despertado una niña, tampoco una mujer; había despertado el dolor. Y es que, cuando todo lo que tienes duele, no hay cabida para las buenas intenciones, y ese pequeño punto lo sabía muy bien. Sabía con certeza que, poco a poco, se apoderaría de mí hasta conseguir convertirme en lo que nunca imaginé ser, en lo que siempre más temí: mi madre.

—¿Con quién hablo? —preguntó la doctora.

—Con Sarita, ¿con quién iba a hablar si no?

## CERRANDO EL SEMINARIO

—LAS PERSONAS CON enfermedades mentales somos víctimas de la exclusión social. Durante mi vida he conocido a muchos locos abandonados por su propia familia. Enfermedades leves que fueron intensificándose por culpa del olvido y la falta de cariño. Nuestro cerebro es muy complicado, pero, a veces, nuestra lucha y el cariño de los seres queridos puede ayudarnos a volver. Mi nombre es Andrea Ruiz y estuve durante dos años internada en un hospital psiquiátrico. Durante un tiempo creí ser mi madre y padecer su enfermedad. De hecho, en cierto modo la padecí. Además, soy seropositiva desde mi nacimiento, en tratamiento y con carga viral indetectable. Tuve suerte de dar con las personas indicadas, porque casi nadie apostó nada por mí. Pensaron que pasaría el resto de mis días encerrada en un centro. La mayoría de los psiquiatras le dijeron a la doctora Eli que no perdiera el tiempo conmigo, que era una causa perdida y otros necesitaban de su atención; pero ella tuvo fe y consiguió salvarme. Cuando Rodrigo se hizo con mi custodia, hubo muchas personas que le dijeron que era un idiota por meterse en un lío así, que cuidar de alguien como yo sería peor que una tortura, pero tampoco escuchó. Tuvo fe en mí, en su promesa, y tuve una adolescencia grandiosa. Siempre seguí una revisión pautada y específica, con una medicación precisa y exitosa. Y todo ello, junto con el cariño de esas personas, hizo que mi vida se elevara y no decayera como la de tantos otros. Años después, la hija de la doctora y yo comenzamos una relación. Hoy puedo decir que soy una persona felizmente casada, con dos niñas preciosas, un trabajo estable y una vida llena de oportunidades. Nada habría sido posible con el veredicto inicial de algunos médicos, ni con los consejos de los amigos de Rodrigo. La fe en las personas puede mover montañas y hacer milagros. No quiero decir, ni mucho menos, que las enfermedades mentales sean un juego o algo fácil de tratar, pero de lo que sí estoy segura es de que nadie, por muy dura que sea su enfermedad, merece ser abandonado. Así que, por favor, recordad siempre estas palabras cuando veáis a alguien sufriendo. El dolor nos afecta a todos y es la principal causa de la locura. Nadie se enfadará con nosotros por ser amables y regalar una dulce sonrisa.

## EPÍLOGO

ANDREA DEPOSITA LAS flores sobre la tumba de la señora Carmen. Había sido su ángel protector durante aquellos días infernales en los que se sentía atrapada en el cuerpo de su madre. Ella la había ayudado a seguir el camino correcto, a no cometer ninguna locura y, sobre todo, a mantenerse viva. Por eso siempre acude, a pesar de no creer en un más allá, a llevarle flores. Es su forma de darle las gracias. Recuerda con gratitud las muestras de afecto y la protección que siempre le brindó. «Ojalá hubiera podido ayudarla, ojalá hubiera podido salvarla de morir».

No lejos de allí, también está la tumba del pequeño Adrián. Todos los fantasmas de su pasado están encerrados en el mismo lugar, aquel en el que, definitivamente, habían perecido para siempre.

Tras unos minutos con la señora Carmen sigue su recorrido hasta la tumba del niño, repite el proceso y deja unas flores mientras recuerda las historias que le contó su madre sobre él.

Unos metros más adelante vuelve a depositar un par de rosas sobre la tumba de su padre, el monstruo que marcó la vida de su familia. Siente pena por él, porque sabe que en ningún momento actuó de forma meditada. Era un loco y lo dejaron crecer. Recuerda las cosas que hizo y lo injusta que fue la sociedad con él, dándole cruelmente la espalda.

Tras un rato recordando y sumida en la nostalgia de aquel pasado aterrador, se posiciona sobre la tumba de su hermano, su pequeño hermano. No puede evitar recordar ese traumático momento en el que su madre lo estaba ahogando con la bolsa de plástico mientras ella miraba aterrada. Hay momentos que se quedan para siempre, por muy malos y dolorosos que sean. Andrea había aprendido a hacer de ese dolor un escudo y un aprendizaje.

Finalmente se posiciona frente a la tumba de su madre, la persona que le dio la vida y a la cual mató. Recuerda cómo le clavó la navaja con todas sus fuerzas, en repetidas ocasiones y por todo su cuerpo. Su madre la miró decepcionada, y esa mirada fue mucho más hiriente que el cuchillo. El charco de sangre y su hermano muerto con una bolsa de plástico alrededor de su cabeza fueron la gota que colmó el vaso. La niña colapsó y su mente se inhibió, pero, por suerte, consiguió volver.

—Siempre hablaré bien de ti —dice mientras deposita las últimas rosas.

—Eres una persona muy especial —dice la voz de la doctora Eli. Andrea sonríe.

—No soy especial, solo quiero pensar que podemos ponernos en el lugar de los demás —contesta mientras se inclina.

—Desde que te vi aquel día, una niña asustada que hablaba como una persona adulta, supe que habías tenido que pasar por algo muy duro. Pensé que no conseguiríamos salvarte, pero luchaste mucho para volver, valiente —contesta mientras se acerca a la tumba de Sara.

—Fue tu mirada. Nunca terminé de entender muy bien por qué sentías tanta pena por alguien a quien no conocías. Pero tus ojos me daban fuerza, te sentía muy cerca, como si fueras una persona cercana a mí —dice Andrea.

—A veces necesitamos mostrar nuestras emociones para ayudar a los demás. Me conmovió verte así, nunca había visto a una chiquilla tan joven comportarse como tú. Por eso luché porque consiguieras volver. Y mírate, no te ha ido tan mal, ahora somos familia —bromea.

—Sí, ahora tú, tu hija y mis niñas sois mi familia. —Le devuelve la sonrisa—. Bueno, se está

haciendo tarde, debo volver a casa o tu hija se enfadará, le prometí que hoy cocinaba yo. Lleva cuidado por aquí, hay muchos hoyos abiertos y el sol se está escondiendo. —Andrea se despide de la doctora Eli.

—Sí, ¡no tardaré! Solo un par de tumbas más y habré cumplido con mi visita.

La doctora Eli continúa caminando hasta adentrarse casi al final del cementerio. Sus ojos se han petrificado y ya no luce el brillo de siempre. Se agacha y deposita unas flores sobre una tumba que parece generarle algo de miedo. Y es justo ahí cuando alguien la golpea con mucha fuerza y pierde el conocimiento.

—¿Dónde estoy? —pregunta algo desconcertada.

—Donde tendrías que haber estado los últimos cuarenta años —dice una voz enfadada.

—Al final has dado conmigo. Te conozco, sabía perfectamente que me acabarías encontrando —contesta.

—Te vi hablando con esa chica, con Andrea, ¿no se te remueve un poco la conciencia?

—Hice todo lo posible por ayudarla y cumplí con mi cometido, no tengo por qué sentirme mal — responde la psiquiatra.

—¡Tenía derecho a saber la verdad! ¡Toda la verdad! Todos merecemos saberla, pero tú eres especialista en contar solo lo que te interesa.

—¡Iba a decírselo! Pero me di cuenta de que ella era feliz así. La verdad era irrelevante, ¿qué podía cambiar? Además, mi hija y ella comenzaron una relación, decir la verdad lo habría destruido todo... —se excusa.

—Ella tenía derecho a saber que tú eres su tía. La mirabas con esos ojos porque te sentías responsable de ella. ¿Cómo se tomaría que hubieras sabido de su existencia y no hubieras hecho nada por ayudarla? Preferías estar drogándote y perdiendo el tiempo. La salvaste, ¡pero no con la verdad!

—Es algo que no te incumbe. Me has traído aquí para matarme, ¿a qué esperas? —Sube el tono. La voz comienza a reírse.

—¿Crees que va a ser tan rápido? ¡No doctora! Me he tomado muchos años para poder tenerte conmigo. Me cobraré mi venganza lentamente, con agonía. ¿Cuál es tu ojo favorito? —dice mientras saca una navaja de lo más afilada.



**EL LEGADO  
DE MARCOS RUIZ**

**JULIO MARÍN GARCÍA**